

LOS SUEÑOS PERDIDOS



JHARNA

Alberto Mateos Miranda



LOS SUEÑOS PERDIDOS

ALBERTO MATEOS MIRANDA

Ceuta, noviembre 2018.

© Del texto: Alberto Mateos Miranda.

© De las fotografías: Archivo familia Mateos Miranda.

© De la edición: Alberto Mateos Miranda.

Depósito Legal: CE - 48 -2018

Impresión y Maquetación: Papel de Aguas, S.l. Ceuta.

Quedan reservados todos los derechos:

Esta obra no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada, ni tramitada por, sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea oral, manual, mediático, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo de su autor, Alberto Mateos Miranda.

Portada: María José Ayora.

*A Milagros, Antonio, Ana Mari,
Pedro Pablo, Lucía y Pedro, mis padres, mis
hermanos y mis hijos. Mi pasado, mi pre-
sente y mi futuro.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1.- Como un rayo que cae y marca tu vida	13
2.- Empezando a aprender con Chopo	15
3.- Siembra, riega... algo crecerá	19
4.- ¿Has probado alguna vez el sabor de una almendra amarga? .	23
5.- No importa si te caes, pero levántate	27
6.- ¿Existe el genio de la lámpara? A veces, sí	31
7.- Disco, caminatas y escenarios	35
8.- Un local lúgubre y una noche traviesa	39
9.- Vuela, niño... vuela y déjate llevar	45
10.- Ni poetas, ni Nueva York	53
11.- Tiemblan los pilares del Pilar	57
12.- Pisando tablas se hace camino	61
13.- De Málaga a Madrid, en busca de aventuras	65
14.- Crónica de una marcha anunciada	75
15.- Un cuarteto bajo la sombra de Ramsés	77
16.- Cara o cruz	81
17.- A trabajar que el Molar mola	89
18.- Todo lo que sube, baja	101
LAS CANCIONES	108
YO, MÍ, ME, CONMIGO	139



INARNA

PRÓLOGO

Para empezar, me gustaría decir que mi relación con los Tharna comienza incluso antes de que fueran tal. Siendo todavía Chopo, un grupo que se podría catalogar como rock urbano influenciado por el sonido de grupos como Asfalto y Topo. Entonces ya acudía a verlos ensayar a un local sito en una destartalada y algo desvencijada casa ubicada en las cercanías de los baños árabes. Casa donde retumbaban el suelo y las paredes, amenazando con caerse cuando el grupo comenzaba con sus ensayos. Fue en esa casa donde, además de empezar a tomar contacto con la música rock, tuve lo que con el tiempo comprendí que fue un auténtico privilegio, que no es otro que poder ver tocar a una verdadera leyenda del rock caballa y nacional. Tuve la suerte de ver tocar con Chopo a Pepe Alba con su icónica guitarra Gibson Les Paul negra. Y eso es algo que llevaré grabado en mi recuerdo de forma imperecedera.

Hablando ya de los Tharna, tengo que resaltar que han sido y, en cierta forma siguen siendo, al menos para mí, la mejor banda de rock norteafricana de la historia, respetando, por supuesto, a otras numerosas bandas que las ha habido y, además, muy buenas en el contexto del rock caballa. Me gustaría justificar esta opinión y lo hago fijándome en dos aspectos del grupo: la profesionalidad que

atesoraban, sin haber llegado a ser profesionales en realidad y, por supuesto, en su talento musical. Profesionalidad que se reflejaba en la seriedad con la que enfrentaban sus ensayos, en esas largas caminatas, ya legendarias, para ir a su local que algunas veces, se encontraba en la otra punta de la ciudad, sin faltar jamás. Lloviera, tronase o cayera un sol de justicia, allá iban los Tharna con sus vaqueros elásticos y sus greñas al viento, en el coche de San Fernando.

Y por otro lado, como ya he mencionado, su talento musical. Al hablar del talento musical de Tharna, me gustaría hacer referencia a todos los miembros del grupo, pues todos aportaron algo. Antonio Bravo a las teclas, Damián Ríos a la batería, Antonio Ruiz, que ocupó su lugar más tarde, José Fajardo que, con sus primeras aportaciones musicales dio lugar a verdaderos himnos del grupo como *Pobre diablo* y Tato Díaz que, con su juventud y empuje, otorgó al grupo una nueva frescura. Pero, por encima de todo, a la hora de hablar de talento, me gustaría hacer mención al triunvirato musical formado por Gabriel León, Alberto Mateos e Iñaqui León. Estas fueron las tres patas musicales que sustentaban el talento de la banda. Gabriel, con su maestría con el bajo, patente todavía, 30 años después, en el disco *La invasión*, con su perfeccionismo innato que le caracteriza en todo lo que hace, que se plasmaba en los ensayos, montando las canciones y a la hora de enfrentar las actuaciones. Alberto Mateos con su prodigioso oído. Parece que lo estoy viendo con su agenda en la mano y detrás del telón negro de Tharna, en el local de la curva del plátano, gritando: “ahora, un La menor y entramos en el estribillo”, y su capacidad para dotar de lírica las canciones del grupo, que es algo más que meter simplemente la letra. Y, por último, Iñaqui León, lo dejo en último lugar a posta, puesto que, para mí, Iñaqui ha sido el mejor guitarrista que ha parido esta tierra norteafricana y, en su momento, sin lugar a dudas, uno de los mejores guitarras del panorama musical patrio. Como prueba de esto, perdona que te pise la anécdota, Alberto, el libro recoge lo ocurrido con el legendario guitarrista Lele Laina, a

la sazón, componente de los grupos Asfalto y Topo, mencionados antes y como durante la grabación del álbum *La invasión*, en los estudios del frontman de Asfalto, Julio Castejón, en El Molar, Lele Laina abrió la puerta del estudio diciendo: “¿Dónde está ese guitarrista de Ceuta que nunca se equivoca?”. Y ofreciéndole a Iñaqui cualquiera de sus fabulosas guitarras de su amplia panoplia, para terminar el disco.

Además, la mayoría de las canciones de Tharna tenían como germen, un dibujo o riff de la guitarra de Iñaqui que, después, eran pasadas por el tamiz de Gabriel y Alberto.

Los grandes guitarristas no son esos que se limitan a cabalgar, con vertiginosas escalas, por el mástil de su guitarra. Para mí, los grandes guitarras son aquellos que, cuando oyes una sola nota de su instrumento, ya sabes de quién se trata. Y esa magia, sin lugar a dudas, la poseía y la sigue poseyendo Iñaqui entre sus dedos.

Por último, me gustaría volver al libro que tienes entre tus manos para decirte que no habla sólo de música. Habla de la música y de la vida, y de cómo el grupo Tharna llenó y, en cierta forma, sigue llenando con su música la vida de las personas que aparecemos en él. Y, posiblemente, llene también la vida de muchas personas que no aparecen en sus páginas.

Para ello, Alberto utiliza una de las armas más fantásticas y potentes que tiene la música, que no es otra que su capacidad de evocación, es decir, la capacidad que la música posee de, sólo con un arpegio, con unas notas, retrotraernos en el tiempo. Así que, agarrémonos fuerte a la cola del tiempo y preparémonos para volver a esas noches en el Revellín, esas noches de la Semana de la Juventud, ese concurso del Ceuta rock 86, esas fantásticas actuaciones de Tharna con Luz Casal o con Sangre Azul, o preparémonos para volver a cualquiera de los locales de ensayo que tuvo la banda. Y a tantos y tantos otros momentos que quedan recogidos en el libro y en nuestra memoria.

Tengo que decir que muchas de las palabras que se recogen en este prólogo, no fueron pensadas para aparecer en ningún libro, puesto que fueron pensadas, en principio, para formar parte de la presentación de esa tan esperada y nunca realizada vuelta de Tharna a los escenarios. Pero bueno, nos podrán quitar el futuro, incluso, el presente. Pero el pasado no. Ese nos pertenece y nunca, nadie, jamás, nos lo podrá arrebatarnos.

Así que, permitidme la licencia de acabar este prólogo con las palabras con que terminaba esa supuesta presentación que jamás se produjo, y dice así: "Porque esta noche no es una noche más, porque esta noche, como el viento que llega a través del mar, nadie parará la invasión de los sueños perdidos. Esta noche no es una noche más, porque esta noche... esta noche toca Tharna.

José Luis Santana García

1.- COMO UN RAYO QUE CAE Y MARCA TU VIDA

Yo no tuve la suerte de nacer en Ceuta, pero me considero afortunado por ser de Puente Mayorga. En realidad, es una barriada de San Roque junto al mar pero, para mí, es mi pueblo. Con seis años me trajeron a mi otra tierra y aquí me quedé.

No importa por qué pero en 1976, con trece años, hice las maletas y volví a cruzar el charco. Volví a mi pueblo. Por eso no me iba a una tierra desconocida en busca de aventuras, aunque bien es cierto que las encontré.

Me iba a vivir una temporada con mi hermana Ana Mari y mi cuñado Pepe, aunque bien podría decir mi hermano Pepe porque siempre se portó como tal. Volví al Puente.

Allí conocí a chavales de mi edad que empezaban a descubrir a The Beatles. Con varias cintas de cassette, se inventaron un mundo mágico en torno a aquella banda y soñaban con ser como ellos. Me aceptaron y comencé a apasionarme con aquellas canciones que tanto me aportaron. Y me enganché a ese grupo. Siempre he dicho que soy quien soy y estoy donde estoy gracias a The Beatles.

Empecé a escuchar música. No sólo a los de Liverpool. Descubrí todo un mundo nuevo con Cat Stevens, Steve Wonder, Elton Jonh, Pink Floyd, Deep Purple, Led Zeppelin... entre otros y, cómo no, Triana, un regalo de la vida para toda la Humanidad.

En una casa junto a la playa ensayaba un grupo de rock, Kaos. Eran muy mayores para mí, yo sólo tenía trece años y nunca hablé con ellos pero cada tarde que ensayaban me sentaba junto a una ventana y los escuchaba tocar, justo lo que luego hicieron conmigo otros chavales en Ceuta años después. Luego te lo cuento. En Kaos tocaban los hermanos Sorroche que, curiosamente, eran de Ceuta. Un día los vi tocar en directo en la plaza de toros de San Roque, donde años más tarde lo haría yo también. Telonearon a Triana y fue una noche mágica. Para mí fue la primera experiencia importante en cuanto a música en directo, amén de las veces que me apoyaba en el escenario, en las verbenas de Zurrón, para pasarme toda la noche viendo y escuchando a Los Barones. Soñaba con hacer lo mismo algún día.

Conocí a gente que tocaba la guitarra y quise aprender. La verdad, nunca fui ambicioso con el instrumento pero tenía la habilidad de componer canciones con cuatro acordes y tres ritmos. La primera canción que aprendí a tocar fue *El rock del cocodrilo* de Elton Jonh, aparte de *Smoke on the water* de Deep Purple que todos hacíamos al coger una guitarra. El cocodrilo era lo más fácil con esos acordes que iban desde el do Mayor hasta el sol 7^a, pasando por el la menor y el re menor.

Mi primera guitarra me la compró mi padre en un bazar de Hadú que se llamaba El Tesoro Escondido. Mi cabreo fue grande. Era, lo que se dice, una “cuchara de palo”. Yo quería algo mejor. Mi padre, sensato, me dijo: “empieza con esta y demuéstreme que la vas a utilizar y bien. Si lo haces, te prometo que te compro la acústica que quieres”. Acepté la propuesta y, al poco tiempo, cumplió su promesa. Gracias, papá.

Todo esto fue lo que me empujó a componer canciones y a cantarlas y así me hice cantautor.

Y de vuelta a Ceuta. Regresé con el veneno en las venas. Quería hacer música.

2.- EMPEZANDO A APRENDER CON CHOPO

Yo conocía al grupo Chopo. Era amigo de Fernando Galán y conocía a los demás. De vez en cuando iba a algún ensayo. Hacían, sobre todo, versiones. Entre su repertorio tenían temas de Guadalquivir, Cai, Iceberg... Eso demostraba que eran chavales que trabajaban duro y que iban en serio. Sólo ellos podían hacer versiones de esas bandas. Pero no tenían identidad, les faltaba personalidad.

Cuando Fernando Galán dejó el grupo, como caído del cielo, apareció Pepe Alba que volvía a Ceuta de Madrid, donde vivió algunos años, con su guitarra Gibson Les Paul negra, *con largo pelo y ganas de tocar*. Se unió a Chopo. Iñaki empezó a descubrir un mundo nuevo con las seis cuerdas. Tomó a Pepe como maestro y aprendió tanto que decidió no cantar más, prefería centrarse en la guitarra. Fue el momento en que empezaron a plantearse la necesidad de un vocalista.

Cuando Iñaki y Gabriel me invitaron a formar parte del grupo, en un principio me extrañó. Yo en aquel tiempo hacía mis canciones y actuaba de vez en cuando, pero nunca pensé que me llamarían para eso. Y yo, que siempre fui amante del riesgo y que disfrutaba con retos difíciles, acepté.

Llegué a Chopo y necesité un tiempo para adaptarme a la banda, aprenderme las canciones y, sobre todo, intentar encajar la voz de un chaval de veinte años que lo único que había hecho hasta entonces fue sentarse en el filo de su cama con su guitarra y hacer canciones o cantar en alguna chirigota, a una música más veterana que yo. Pero empecé tomádomelo en serio, tal como ellos y dispuesto a ganarme mi sitio por derecho. De esa forma, conseguí el respeto de todos.

Nuestro local era único. En la Plaza Galea había una casa de dos plantas en ruinas. Había muchas habitaciones y los fines de semana, Miguel Torres, el batería y custodio de las llaves, organizaba fiestas que, a veces, eran buenas y divertidas.

Cuando nos presentamos en el Festival de Primavera, en 1984, fue para mí la experiencia más fuerte, junto con el descubrimiento del sexo, que viví en mi juventud. Yo había cantado en público, pero con mi guitarra, haciendo mis canciones o con la chirigota en Carnaval. Pero salir al escenario por primera vez con mi banda, Chopo, y cantando rock fue algo muy especial. Me sentí un privilegiado. En aquel tiempo, Chopo era un grupo respetado, aceptado, pero no muy aclamado por la juventud rockera de Ceuta. Era el gran momento de Parking que, algunos años atrás, irrumpió en el panorama musical de Ceuta dando un golpe en la mesa y gritando: “¡los rockeros estamos aquí!”. Con la llegada de Manolo Márquez, Enrique Lepiani se descolgó la guitarra y la lió.

Nosotros éramos conscientes de todo aquello, pero pensábamos que podíamos tener nuestro sitio también. De todas formas, comenzábamos a darnos cuenta de que había que empezar a espabillarse. Por eso nos pusimos en marcha y compusimos la canción que marcaría un nuevo camino, *El hombre solitario*.

La Semana de la Juventud de 1984 fue el principio de muchas cosas. Se celebró por primera vez en el cuartel del Revellín (la primera, 83, se celebró en la Caseta Popular de la Gran Vía).

Hubo concurso nacional de Rock, con dos bandas de la península, Ago de Córdoba y los sevillanos Mu; y dos de Ceuta, Parking y Chopo.

La noche aquella, antes de tocar, fue muy estresante para nosotros. Pepe Alba no aparecía. El Revellín estaba a rebosar. Mucha expectación. Todos los grupos en backstage y nosotros sin Pepe. Tocábamos los segundos y cuando presentaron a los Mu y comenzaron a tocar, empezamos a darnos cuenta de que no llegaría. Terminó Mu su actuación y nos tocaba a nosotros que, en la medida de lo que pudimos, nos hicimos los remolones para alargar el tiempo. La organización empezó a presionarnos para que subiéramos al escenario y no tuvimos más remedio que hacerlo sin él. Pero, mientras Iñaki y Gabriel preparaban los cables y ya listos para empezar, apareció con su Les Paul, se enchufó rápidamente y comenzó la actuación. Luego nos contó que se había pegado más de una hora en la puerta porque no lo dejaban entrar. A juicio de la organización, llevaba una pinta muy rara y creían que lo único que quería era entrar sin pagar. Él les explicaba que era músico y que tenía que tocar pero lo miraban de arriba abajo y no tragaban. Lo hicieron a última hora. Faltó el canto de un duro.

Chopo empezó a aburrirse. Miguel con sus historias, Pepe con sus problemas... Iñaki, Gabriel y yo, hartos de ver cosas que no nos gustaban.

Un día, Pepe se fue. Sin despedirse. Y ahí cambió todo. Necesitábamos darle un giro a la situación. Sabíamos que para eso, debíamos desprendernos de Miguel y eso suponía, aparte de quedarnos sin batería, perder el local de ensayo. Tampoco estábamos dispuestos a seguir con él, simplemente, por tener un sitio donde ensayar.

En realidad, Iñaki, Gabriel y yo también queríamos desprendernos de Antonio Bravo, el teclista. No era nada personal pero empezábamos a sentir que Chopo debía cambiar de rumbo, de estilo, de

todo. El propio Pepe nos lo decía: “estos dos sobran”. Y, la verdad, en un principio, no entraba en nuestros planes contar con teclados para el nuevo proyecto. En todo caso, otra guitarra.

En ese momento aparece Damián Ríos, con el que teníamos mucha relación y quien nos puso en bandeja una salida y una oportunidad para seguir creyendo en los nuevos planes.

La situación se presentaba así: Parking, como ya sabes, grupo pionero del rock duro ceutí a principios de los 80, se había desmembrado temporalmente aunque, quizás, con esto empezara el principio del fin... maldito fin. Enrique Lepiani, vocalista, y Luismi de Juan, bajista, se fueron a Madrid a estudiar. Sin voz y sin bajo, Parking estuvo mucho tiempo inactivo.

3.- SIEMBRA, RIEGA... ALGO CRECERÁ

Damián Ríos, batería de Parking, necesitaba tocar. Él conocía nuestra situación y sabía que habíamos prescindido de Miguel Torres o, más bien, que habíamos acabado con Chopo para hacer una nueva banda. Damián sabía que queríamos tomar otro rumbo y se ofreció a tocar con nosotros. De todas formas, desde un principio nos dejó claro que él era el batería de Parking, ese era su grupo, aunque desmembrado temporalmente, y eso tenía prioridad para él. Y así lo aceptamos.

Aquello fue muy importante para nosotros porque él era buen músico y tenía más experiencia en el mundo del Rock. Además, tenía local de ensayo, el garaje de la calle Molino. Todo iba bien. No tuvimos más remedio que seguir contando con Antonio Bravo e incluir teclas en el nuevo proyecto. Y eso fue, simplemente, porque Antonio era cuñado de Damián, entraba en el paquete.

En la calle Molino empezó a fraguarse Tharna y, allí mismo, empezó a soldarse el triángulo Iñaki, Gabriel y yo. Bien es cierto que hubo un tiempo en que Gabriel y Damián tuvieron un vínculo muy especial aunque, a decir verdad, los demás que veíamos y escuchábamos, no detectamos tanta conexión. Más bien era otra cosa.

Estábamos ilusionados. Por fin íbamos a romper cadenas, las que nosotros mismos nos pusimos. Por fin haríamos lo que de verdad queríamos.

Cuando un grupo de chavales decide que es el momento de ponerle nombre a su banda, a su grupo, ocurren muchas cosas. Sobre todo, se empiezan a poner los cimientos de un proyecto, de una aventura. Interiormente, todos buscábamos ese nombre que nos identificara, que sonara bien y que al pronunciarlo ante los compañeros, todos dijéramos: “¡sí, ese... me gusta!”.

Y estuvimos un tiempo trasladándonos al local de Damián, en la calle Molino y empezando a tocar sin encontrar un nombre para nuestro grupo. Todos aportábamos lo que se nos ocurría pero si alguno no mostraba un cierto grado de satisfacción, esa opción iba inmediatamente al cubo de la basura. Todos sabíamos que ese asunto era de consenso puro y duro, como no podía ser de otra forma.

En aquel tiempo, yo tenía una cinta de video betamax con la presentación del disco de Asfalto *Más que una intención* y tras el video había grabada una película de animación, *Heavy metal* que, por cierto, nada tenía que ver con ese estilo de música, salvo en ciertos momentos de su banda sonora. En cierto pasaje de la película aparece un personaje llamado Tharna (al menos, así lo transcribimos nosotros). Era una especie de diosa que, montada sobre un ser volador, *su fiel guerrero*, acudió a la llamada de su pueblo que la necesitaba ante una invasión que estaba soportando. La vimos muchas veces. No sé cómo ni a quién se le ocurrió decir: “Tharna, la de la película”. Y así fue. En ese momento empezó todo. Empezó la invasión.

Y nos pusimos a trabajar sabiendo que ya, aunque pocos lo supieran, éramos los Tharna. Y empezamos a componer nuevos temas, empezaron a fluir las ideas y me puse a escribir canciones que ahora sólo están en mi memoria. Y recuerdo muchas cosas. Recuerdo que Damián, que venía con la experiencia y la solidez que le dio Parking, empezó a aportar nuevos ritmos y nosotros a reciclarlos, a ponernos las pilas y a estar a la altura.

Y así, trabajando diariamente, componiendo, escribiendo y encerrados en aquel garaje de la calle Molino, por fin, Tharna se pre-

sentó en la Semana de la Juventud de 1985. Aquel año no hubo concurso, sólo conciertos.

La verdad, no fue el debut que hubiésemos deseado. El grupo estaba en plena metamorfosis y, a pesar de que en el escenario todo salió bien, nos dimos cuenta de que no era la transformación que queríamos.

Pero en diciembre nos surge la posibilidad de telonear a Danza Invisible en la carpa que se instalaba junto al Revellín, lo que hoy es el auditorio y la Plaza Nelson Mandela.

Aquella noche, verdaderamente, nació Tharna. Nos presentamos con otra imagen, otra música, otra actitud.

Nos quedaba mucho camino por recorrer pero aquel momento nos hizo entender muchas cosas.

El Ayuntamiento organizó un festival con varios grupos locales de Ceuta y, cerrando cartel, Danza Invisible. Como era de esperar, la carpa estaba abarrotada. Toda la juventud de Ceuta estaba allí. Era una buena oportunidad y no la desperdiciamos. Nos pusimos mallas, subimos el pie al monitor, miramos al público a los ojos, encendimos bengalas y renacimos o, más bien, nacimos.

Salimos muy satisfechos de aquel concierto y, sobre todo, muy motivados. La verdad, los temas que habíamos compuesto no eran de gran calidad, aunque sí es cierto que esa música empezaba a mostrar ciertos rasgos que, posteriormente, le darían a Tharna su sello, su personalidad. La imagen del grupo y su actitud en el escenario cambiaron de la noche a la mañana. Sí, salimos muy satisfechos de aquello y sólo queríamos ensayar, componer, tocar.

Estoy seguro que no ha habido nunca un músico que haya andado tanto para ir a ensayar como nosotros. Con Chopo era todo llano, estábamos en la Marina. El nuevo local estaba en el Recinto sur y ahí empezaron las largas caminatas diarias de ida y vuelta desde y hasta el Mixto, mi segundo barrio, que era donde quedábamos.

Y así, metidos en un garaje, empezamos a soñar, a mirar más allá. Escuchábamos mucha música y aprendíamos de cada disco que pasaba por nuestras manos.

Después de nuestra actuación en la carpa del Revellín, nos llamaron una tarde de la Concejalía de Juventud. El jefe de estudios del Instituto del Pilar de Tetuán estaba en Ceuta buscando un grupo y nos avisaron por si nos interesaba hablar con él. Quedamos en el Vicentino y nos invitó a merendar. Se llamaba Carmelo. Era un tipo muy agradable y enseguida conectamos con él. Celebraban una semana cultural en el centro educativo español y querían un grupo de rock para una fiesta. Nos ofreció cien mil pesetas. Créeme, un dineral por aquel entonces. Nunca habíamos cobrado esa cantidad de dinero. Rápidamente aceptamos.

Tal día a tal hora nos vemos en la aduana. Hablamos con Manolo Alba que aportó el equipo de sonido aunque él no vino. En su lugar nos acompañó Pedro Ramírez, guitarrista del mítico grupo Barones.

Ese día, a esa hora, estaba Carmelo gestionando la entrada de una furgoneta cargada con un equipo de sonido a Marruecos. Ningún problema. Cuando instalamos el equipo en el salón de actos, nos invitó a comer en la Casa de España de Tetuán. No faltó de nada.

Dimos nuestro concierto a un público muy agradecido, muy respetuoso y muy divertido, aunque a su manera. Todos sentados en las butacas. Pero lo disfrutamos y fue una experiencia muy bonita. Con lo que le pagamos a Manolo Alba no ganamos tanto para nosotros pero nos dio igual. Lo pasamos muy bien y fue toda una experiencia, y única.

Pasaron más cosas pero sin ninguna importancia.

4.- ¿HAS PROBADO ALGUNA VEZ EL SABOR DE UNA ALMENDRA AMARGA?

Nosotros queríamos triunfar. Pero para nosotros, triunfar no era convertirnos en esas estrellas del Rock que nos habían enseñado lo poco que sabíamos en ese momento a base de aguja en vinilos y de “play” en cassettes... ¡vaya pretensión!. Nosotros siempre fuimos muy trabajadores y muy humildes. Sólo queríamos ser músicos, una banda de rock. Sólo pretendíamos tocar, difundir nuestra música y, si de eso podíamos vivir, hacerlo. En la actualidad hay muchas posibilidades de difundir tu música. Internet, redes sociales y todo eso de ahora hacen que cualquiera, en cualquier momento y en cualquier lugar del mundo pueda escuchar y ver lo que haces. En los años 80 no había nada de eso. En realidad, no había nada en cuanto a expectativas de cara a poder vivir de lo que hacías, de poder hacer que tus canciones las escuchara otro público haciéndolo desde una ciudad como Ceuta, tan aislada cultural y geográficamente.

Aun así, nuestra ilusión fue siempre esa, salir de esta ciudad, en el norte de África, con el mar en medio, hacernos una banda nacional, fichar con algún sello discográfico con el que producir y editar nuestros trabajos y salir de gira. Confiábamos en nosotros. Queríamos ser músicos rockeros, vivir de eso y disfrutar de la vida. Eso era lo que queríamos.

Una vez vino a Ceuta un empresario de sonido, un tal Osuna, con su equipo para la actuación de algún artista. Damián lo conocía. Creo que era amigo de su abuelo. Todos conocimos a ese empresario que, al cabo de un tiempo, ofreció trabajo en Madrid a Damián y a Gabriel. Todo perfecto.

El plan era el siguiente: Damián y Gabriel se iban a trabajar a Madrid con la ilusión de encontrar una cierta estabilidad que permitiera que fuera Iñaki el siguiente en hacer la maleta y rumbo a la capital. Iñaki encontraría trabajo y ya estarían los tres. Ya podrían tocar. El siguiente hubiera sido yo. Y yo, la verdad, estaba estudiando Magisterio y, en principio, no pretendía tirar por tierra tantos años de esfuerzo por conseguir terminar mi carrera. Aunque también es cierto que hubiera estado dispuesto a dar el salto cuando ellos se estabilizaran y todavía contaran conmigo...quién sabe.

Damián y Gabriel no terminaron viviendo bien en Madrid. Incluso hubo momentos en los que pasaron hambre y frío. Alguna vez, Milagros, una gran amiga de Tharna, haciendo un gran esfuerzo, mandó algún dinero para apoyar un poco.

Todos sabíamos que los comienzos iban a ser duros. Aun así, empezamos a proyectar el salto de Iñaki. Le tocaba a él y lo acompañamos todos y todas. Él se quedaría y yo me volvería.

Cuando llegamos a Madrid empezamos a notar que el ambiente no era familiar, se respiraba una cierta tensión. Pasaron cosas que pudieron alterar un poco la situación, pero también se notaba que había otros motivos ajenos a Iñaki y a mí. Por eso, ante esa situación, cogimos nuestras guitarras acústicas y nos fuimos a la calle a cantar. Así desconectábamos y, a la vez, intentábamos ganar algún dinero. Queríamos apartarnos de tanta discordia y, aunque nuestra inclinación era manifiesta, buscábamos la forma de mantenernos al margen de todo. Descubrimos la manera de que la gente, al menos, nos mirara al pasar y nos dejara alguna moneda.

Al final, el grupo se rompió. Por un lado, Damián, Antonio y M^a. Jesús. Por otro, Gabriel y Gloria. Iñaki y yo nos fuimos, como era lógico, con Gabriel... inclinación manifiesta.

Fueron unos días muy tensos en la casa, los dos grupos se evitaban. Estábamos casi todo el día fuera, deambulando por Madrid, conociendo Madrid. No disponíamos de mucho dinero. Comíamos en los sitios más baratos y cenábamos bocatas de calamares con cerveza en la Plaza Mayor.

Una tarde, Iñaki y yo nos perdimos con las guitarras y nos pusimos a tocar en la calle Preciados. Estábamos tocando *La Plaza vieja*, una vieja canción. Pasaba mucha gente y de vez en cuando, alguien dejaba una moneda. Otros se paraban, nos miraban, nos escuchaban y se iban sin dejar nada. Pasaron dos señoras muy elegantes, muy guapas y muy inteligentes (por algo se pararon a escucharnos). Frente a nosotros, sonreían mientras tocábamos la canción. De pronto se me ocurrió, siguiendo la melodía, improvisar una letra y, mirando a las dos señoras, empecé a cantar algo así como: "buenas tardes, señoras. Permítanme decirles que son ustedes muy hermosas... bla, bla, bla... y si son ustedes tan amables de dejarnos una moneda, se lo agradeceremos". Rieron y una de ellas puso un billete de quinientas en la funda de la guitarra y se fueron. Eso sí, volviendo las miradas cada cinco pasos. Iñaki era muy guapo.

Cuando vimos el billete azul, nos miramos y le dije: "estos dos acordes en este ritmo". Y empecé a cantar improvisando una letra a quien pasaba personalizando el saludo, adulando a la "víctima" y diciéndoles lo que querían escuchar. Pasaba un señor con abrigo y bigote y nosotros lo saludábamos cantándole a su abrigo y a su bigote. El señor miraba, yo le cantaba, él se paraba y, al final, soltaba algo. Billeto azul, sólo hubo uno pero te puedo decir que aquella fórmula funcionó y la gente a la que le cantábamos soltaba algo. Así comíamos los dos en restaurantes baratos pero nos reconfortaba pagar con dinero ganado en la calle cantando.

5.- NO IMPORTA SI TE CAES, PERO LEVÁNTATE

Yo, que pensaba que volvería solo, regresé con Iñaki. Gabriel también se vino, terminando así el sueño de Madrid y derrumbándose todos los castillos de arena que tan rápidamente construimos.

Es curioso como la relación entre algunas personas puede deteriorarse en tan poco tiempo. Puede que sea cierto ese refrán que dice: *Cuando la miseria entra por la puerta, el amor sale por la ventana.*

Damián y Gabriel no estaban bien. Quizás las necesidades que pasaron pudieron influir en las ganas de resistir en Madrid. Quizás, al llegar otras personas allegadas a ellos, llámense novias, intentaron “competir” por ser la reina del castillo durante esos días. Eso deterioró aún más la situación. Yo cumplí y me vine. Los demás se rindieron y volvieron.

Ahora sí estábamos solos los tres a finales de abril de 1986. No teníamos nada. Había que recomponerlo todo y *comenzar de nuevo la invasión*. Algo positivo tuvo todo esto, por fin nos libramos de las teclas. Necesitábamos otro guitarrista y alguien que se encargara de la batería. La cosa no pintaba bien. Lo del guitarrista lo tuvimos claro desde un principio. Una tarde, en mi barrio, Zurrón, hablamos con él. Le propusimos formar parte de la banda y le con-

tamos nuestros objetivos. A partir de ese momento, Tharna dejó de ser tres y empezó a ser cuatro. José Antonio Fajardo Moreno se incorporó al grupo.

La batería era otro asunto. Era muy difícil, casi imposible, encontrar a alguien que pudiera aportarnos lo que necesitábamos.

En esta situación, de pronto, surge la noticia, la gran noticia. El Ayuntamiento vuelve a organizar un concurso nacional de Rock en la Semana de la Juventud. El premio, la grabación de un single y grandes expectativas de promoción del mismo. Era nuestra gran oportunidad pero, después de todo lo que pasó, el grupo roto, sin batería, sin local... no lo teníamos fácil.

Recordamos el concierto que hicimos con Danza Invisible y a un chaval que tocaba la batería en algún grupo local. Era lo más parecido a lo que necesitábamos y, de esa forma, invitamos a Antonio Ruiz Lázaro a formar parte del grupo y participar en la aventura de reconstruir una banda en tres meses con el objetivo de ganar el concurso.

Ya estábamos los cinco. Ahora tocaba trabajar duro. Pasamos por muchos locales y, como antes te conté, hicimos muchísimos kilómetros caminando diariamente para ir a ensayar.

Fajardo empezó a traer ideas de las cuales, casi todas se convirtieron en canciones. Empezamos, prácticamente, sin ningún material. Queríamos romper con el pasado y hacer un nuevo Tharna. Sólo se salvó *El hombre solitario* de Chopo. Una tarde, Fajardo nos enseñó un arpegio que nos gustó. Recuerdo que él siguió desarrollando la idea y los demás colaboramos en la construcción del tema. Yo cogí mi papel y mi bolígrafo y, al cabo de un rato, nació *Pobre diablo*.

Eso ya era Tharna. Todo empezaba a parecerse a lo que teníamos proyectado.

Y empezamos a componer nuevas canciones. Fue un verano de mucho trabajo, de muchas ilusiones. Conforme pasaban los días, el proyecto de la Semana de la Juventud de 1986 iba cogiendo forma, consolidándose el Concurso Nacional de Rock, CeutaRock'86. Pusimos todas nuestras ilusiones en ese certamen. Trabajamos muy duro y, por fin, llegó septiembre.

Tendríamos veinte minutos de actuación para presentar cuatro temas inéditos y elegimos *Pobre diablo*, *Sueños perdidos* y *Silencio*. Añadimos *El hombre solitario*.

6.- ¿EXISTE EL GENIO DE LA LÁMPARA?.A VECES, SÍ

25 de septiembre de 1986. Una de las noches más importantes de mi vida. Un premio al esfuerzo, al tesón, al coraje, a la ilusión de conseguir un sueño que, quizás ese día, se hiciera realidad.

CeutaRock´86, el concurso, nuestro concurso, la llave que podría abrirnos alguna puerta. Cuatro bandas jugándose la grabación de un disco, la gloria. Psicosis de Madrid, Ago de Córdoba y dos grupos ceutíes, Leyenda Negra y Tharna.

En el jurado, entre otros, José Antonio Abellán, presentador del Gran Musical y Joaquín Luqui, prestigioso comentarista y crítico musical que prometió que los ganadores serían invitados al programa Tocata, un espacio musical de RTVE con una gran audiencia. Por otra parte, Abellán aseguró que los ganadores serían invitados al Gran Musical que se celebraba ese año en Ceuta y que tenía una enorme repercusión a nivel nacional. Al final, ni Tocata ni Gran Musical.

Leyenda Negra era un grupo de reciente formación. No sé realmente si antes del concurso habían tocado alguna vez. Tharna llevaba varios conciertos poniendo su telón negro con el anagrama del grupo. Era algo que se había hecho habitual en nuestras ac-

tuaciones. Ese día, por supuesto, lo llevamos. Daniel, director de Sonosur, una empresa de sonido de prestigio, de gran calidad y con quien nosotros habíamos tocado en alguna otra ocasión, era un tío serio, áspero, pero sabía con quien hablaba y trataba en cada momento y conocía muy bien su oficio. Leyenda Negra se presentó también con su telón para desplegarlo en su actuación. Tenían todo el derecho. En un principio, no pensábamos que hubiera problema para que Leyenda tuviera el suyo y nosotros el nuestro, pero no fue así, Daniel nos dijo que no había medios técnicos para tener dos telones en dos actuaciones distintas. No se podía quitar uno y poner otro. Lo más que se podía hacer era poner uno, taparlo con una tela negra y, en el momento de la actuación, destaparlo. Problema. Eran las cinco de la tarde y hablamos con ellos en el Revellín. Al final quedamos en que ninguno pondría telón, “ni pa ti, ni pa mí”. Y eso nos jodió mucho pero aceptamos la situación.

Nos fuimos a darnos una ducha y volvimos a las nueve de la noche. Cuando entramos en el Revellín, vimos la cosa más ridícula que pudimos encontrarnos. En el escenario, al lado derecho, mal colgado de un tablero, estaba el telón de Leyenda Negra. Faltaron a su palabra, no cumplieron el trato.

El cartel era para mearse. Como no le cabía al “artista” todo el nombre en la sábana, las letras, conforme se iban sucediendo para completar el rótulo, iban menguando con el temor de que alguna no llegara a caber. Horrible. Era tanta la tensión que teníamos encima que, después del mosqueo repentino, todo se nos olvidó y nos concentramos en lo nuestro. Tocábamos los últimos pero permanecimos toda la noche detrás del escenario sin ver a los demás grupos. Allí precisamente me encontré con el cantante de Leyenda a punto de salir al escenario.

-Bonito cartel, felicita al autor -le dije-.

Me miró mal...jeje. Vi de pronto que llevaba algo en la mano, un objeto cilíndrico parecido al testigo de una carrera de relevo.

- ¿Eso qué es? –le pregunté.

- Esto es una bengala del Ejército. Es la caña. Cuando salga al escenario voy a pegar un salto desde aquí y, en el aire, voy a encenderla. Se va a producir un efecto alucinante. La gente va a flipar.

Se lo comenté a los demás y, aunque estábamos enclaustrados detrás del escenario, no nos quisimos perder el salto y la bengala.

Empezaron los primeros compases de Leyenda en directo y, de pronto, efectivamente, vimos al cantante volando con la bengala en la mano pero sin encender. Cayó con un pie en el escenario y en ese momento clavó la pierna en un tablero, hasta la ingle, rompiendo parte del tablado. Se quedó por un momento con la pierna entera dentro del boquete. Afortunadamente, la bengala no se encendió, ni él se hizo demasiado daño. Siguió cantando.

Con el ridículo cartel mal colgado a un lado del escenario que tuvimos que soportar los demás grupos que tocamos esa noche y la entrada a lo “Capitán América” del cantante, Leyenda Negra estaba bordando la noche. Faltaba la guinda. Eran las tres de la mañana y seguíamos en los camerinos hablando con José Luis Jiménez y los demás chavales de Topo cuando pegaron en la puerta y de pronto vimos aparecer un palo muy largo con una sábana blanca enrollada. Tras eso, la cara de Fede Algarte, bajista de Leyenda, que, todavía con sus mallas gris plomo, nos pedía permiso para entrar y dejar allí el gran telón de letras menguantes de su grupo. Supongo que nunca más volvieron a por él.

Otra cosa importante de aquella noche fue la actuación de quien cerraba, Topo. Nosotros bebimos mucho de Topo y aprendimos mucho de ellos. ¿Quién nos iba a decir que los íbamos a conocer como lo hicimos?. Aunque, en realidad, sólo a José Luis Jiménez. Al verdadero Topo lo conocimos años más tarde.

Ganamos el concurso. Tharna ganó el CeutaRock´86.

Esa noche me di cuenta de muchas cosas, viví muchas cosas, aprendí muchas cosas. Una de ellas fue saber agradecer a ciertas personas todo lo que hacían por nosotros. Pensé en Milagros, esa amiga del grupo que alguna vez mandó dinero a Madrid para paliar un poco las necesidades de Damián y Gabriel, esa amiga que cuando pedimos un préstamo para comprar un pequeño equipo de sonido nos avaló sin condiciones (esas cosas no se deben olvidar nunca), esa amiga que no se perdía un concierto nuestro y que cruzó el Estrecho para apoyarnos cuando tocamos en la plaza de toros de San Roque, esa amiga que esa noche lloró de felicidad y de orgullo. Milagros esa vieja amiga de Tharna, especial. Milagros, mi madre. Pensé en Mariló, la que siempre me apoyó y estuvo a mi lado, la que soportaba mis ausencias por ensayos, viajes y más ensayos. Pensé en el grupo y reconozco que una noche como esa, con la euforia del momento, vi como se abría una puerta, un camino a una vida que, a pesar de nuestra juventud, se nos planteaba dichosa, de acuerdo con nuestros objetivos. Pensé muchas más cosas.

El apoyo de nuestro público fue fundamental. Esa noche fue la noche del Rock caballa. Ya anteriormente lo logró Parking, en 1984. Pero ese año, 1986, era de Tharna. Esa noche de euforia, de morbo, de tensión y de pasión, sentí a mi público, nos sentimos queridos. Esa noche no vimos a nadie con las manos en los bolsillos apoyado en un pilar y mirando de reojo. Esa noche no los vimos. Esa noche los sentimos, os sentimos.

7.- DISCO, CAMINATAS Y ESCENARIOS

Trabajamos mucho y, al fin, llegó el día de ir a grabar el disco, nuestro premio. Viajamos a Málaga el grupo y nos acompañaron dos chavales, Juan José Díaz y Francisco Marruecos, dos amigos nuestros que no querían perderse la experiencia de entrar en un estudio de grabación y presenciar la producción de un disco. Juanjo, más tarde, pasó a formar parte de Tharna haciéndose cargo de la batería y el Marruecos fundó con otros compañeros Espino. Hay tantas anécdotas de ese viaje que sería para dedicarle otro libro.

Nos instalamos en una pensión en la calle Larios. Todos en la misma habitación. Y nos fuimos al estudio. Tuboescape Record, sello discográfico que nos producía el single, grababa en un estudio malagueño metido en un sótano en una calle cualquiera.

Salvador Colón era el típico tío chungo, el típico julandrón, el típico farsante que en la década de los 80 se metió en el mundo de la producción musical dispuesto a buitrear todo lo que pudiera. No sé cómo llegó a tener buena relación con la Concejalía de Juventud de Ceuta y se hizo el productor de los discos que grabaron los gru-

pos premiados. Lo conocimos la noche del concurso. Llevaba una pinta entre Diango y Fernando Estesio en "*Los bingüeros*". Abrazos, felicitaciones... "nos vemos pronto en Málaga, chicos. Vamos a grabar un pedazo de disco". Eso fue lo que nos dijo la noche que ganamos el concurso. Imagínate. Todo era una lluvia de sensaciones, alucinante. Ya no lo vimos más. Fuimos a grabar y él no apareció. Volvimos a Ceuta y un día nos llamaron de la Concejalía. Era urgente. Cuando llegamos nos mostraron un contrato con la discográfica Tuboescape Record por tres años para grabar un álbum por año. ¿Qué hacemos?, ¿será verdad?. Como cualquiera hubiera hecho, cerramos los ojos y firmamos. Había que arriesgarse.

Habíamos aceptado y firmado un contrato con una discográfica de mierda por tres años. ¿Sería verdad que grabaríamos tres álbumes, con sus respectivas promociones y lo demás?. Pero teníamos que hacerlo.

Nada, no pasó nada. Evidente, ¿no?.

Decidimos incluir en el disco *Sueños perdidos* en la cara A y *Pobre diablo* en la B.

Nos reímos mucho, fuimos felices. Felices en Pedregalejo, en el coche de caballo, colocados en la habitación, grabando. Fue un gran viaje y una interesante experiencia en un estudio de grabación. Nuestra primera vez.

Ahora llegaba el momento de tomarse la cosa en serio. En ese tiempo, como chavales ingenuos que éramos, nos creímos todas las promesas que nos hicieron. La participación en el programa de TV, *Tocata*, no llegó. Pero seguíamos trabajando y componiendo.

Tuvimos la gran suerte de conseguir un local que nunca hubiéramos imaginado en la mansión que luego fue la sala de fiestas "El Sarao". Teníamos un bungalow para nosotros y montamos el equipo en el salón. Allí no molestábamos a nadie. En realidad, nunca molestamos y teníamos plena libertad para entrar y salir.

Fueron muchos meses de ensayos diarios, caminando hasta el local, subiendo y bajando la cuesta del pantano día a día, a las cuatro de la tarde, en verano. Imagínatelo. Todos los días.

José Fajardo estaba lleno de ideas, siempre deseando aportar motivos para nuevos temas. Siempre nos mostraba nuevos arpeggios, nuevos riffs y, en un principio, casi todas sus ideas acababan siendo canción.

Un día nos llamaron de la Concejalía para que fuéramos rápidamente porque tenían algo importante que decirnos. Cuando llegamos, nos encontramos con cuatro cajas que habían llegado para nosotros. Eran los discos. La emoción que sentimos cuando abrimos la primera caja y vimos nuestros singles no se puede describir. Cuando llegué a casa y se lo enseñé a Milagros, me abrazó y, orgullosa, me mojó el cuello con sus lágrimas.

Poner por primera vez la aguja en un vinilo grabado por ti y escucharte en un disco, con veintitrés años, es una de las experiencias más bonitas que una persona puede vivir en su vida. Y yo la viví.

Llegó el momento de dejar ese local que tanto nos hizo disfrutar, pese a las caminatas, rodeado de árboles, donde algunas noches dormimos borrachos y donde vivimos grandes momentos. En ese local se fraguaron grandes conciertos. Recuerdo con picardía el que dimos en el patio interior del instituto Siete Colinas. Era una fiesta privada. No tenía nada que ver con nuestra música. Yo intenté que lo entendieran los organizadores pero se empeñaron y al final pasó lo que les advertí. Cuando los chavales heavys de Ceuta se enteraron que tocábamos, fueron todos al instituto pero se encontraron la puerta cerrada. Se enfadaron tanto que se empezaron a calentar y terminaron liándola. Ante tal situación la organización optó por lo más sensato, abrir la puerta. Menos mal. Ese concierto sin ellos hubiera sido una tortura.

Otro que se fraguó en ese local fue el que dimos en el barrio de Los Rosales. Fue algo único. Nunca se hizo antes ni se volvió a

hacer. La Asociación de Vecinos de Los Rosales, con motivo de sus fiestas de verano y por mediación de Manolo de la Cruz, contrató a Tharna. Lo disfrutamos mucho. La afición, como siempre, “okupó” la barriada y entre todos hicimos que el Rock fuera el rey de Los Rosales y la Pantera esa noche. En plena actuación vimos como un cuerpo volaba hacia arriba. Era Enrique Villena, Quique Sagitario que intentaba atrapar la Luna. Lo mantearon como a Sancho Panza. Casi la atrapa.

Ninguno de estos conciertos ni los siguientes hubieran sido posibles sin la ayuda de Rafa Tineo. Con su furgoneta pudimos transportar todo el equipo y en algunas ocasiones también nos servía de camerino. Pero eso no fue lo único que Rafa hizo por nosotros. En realidad, siempre estuvo ahí.

No quiero olvidarme del concierto que hicimos en el pub Zodiac. En un sótano de treinta metros cuadrados, para veinte personas. Pero no nos importó. En un principio, nos lo tomamos como un ensayo y así fue y así lo disfrutamos. Lo peor vino después, a la hora de recoger el equipo.

Un día nos echaron y nos quedamos sin local.

8.- UN LOCAL LÚGUBRE Y UNA NOCHE TRAVIESA

Maldita mudanza. Conseguimos otro local. Vaya tela. Pasamos de vivir en plena naturaleza, rodeados de árboles, a meternos en una casa antigua, cerrada a cal y canto, con muebles viejos y todo lleno de polvo, muy oscura, muy fea, incómoda y llena de botellas de whisky vacías. Típica de cualquier novela de Stephen King. Sólo faltaba una vieja en silla de ruedas.

Pero no nos importó. Íbamos a lo que íbamos, a trabajar. Y eso hicimos, machacando temas, componiendo otros nuevos como *Imagen real*, *Estarás en mí* o *Trampa infernal*, la canción que le dedicamos a nuestro maestro, Pepe Alba.

También íbamos todos los días caminando hasta el Recinto para pegarnos tres horas de ensayo. No quiero hablar más de ese sitio.

Una tarde de finales de octubre, nuestro batería, Antonio Ruiz, nos comentó que conocía a alguien, íntimo amigo del director del hotel Malabata de Tánger. Nos comentó también que ese director estaba buscando un grupo para actuar en Nochevieja en el hotel y que, como su amigo sabía que tocaba en uno, le habló al direc-

tor del Malabata de nosotros por si quería contratarnos (evidentemente, el amigo de Antonio, un tal F.A., no sabía qué tipo de música hacíamos).

F.A. nos dijo que fuéramos a Tánger para hablar con su amigo, el director del hotel, que nos esperaba para hacernos una oferta muy interesante.

Nosotros, en un principio, extrañados, pensamos que no encajaba que el director del Malabata de Tánger quisiera una banda de rock como nosotros para una Nochevieja. También nos dio por pensar que quizás quisiera una actuación, aparte de la orquesta que amenizaba la noche, de un grupo de rock para romper la monotonía.

Ante la duda, fuimos a Tánger en busca del hotel para hablar con su director y aclarar el tema.

Hacía una tarde de perros. Unos nubarrones negros venían de poniente, precisamente, hacia donde nos dirigíamos. En el coche que conducía Antonio, fuimos también Iñaki, Gabriel y yo. Caía la noche en la carretera de la Mujer Muerta. Curvas y chaparrón. Oscuridad total. Llegamos al Malabata. Nadie hablaba español, sólo el director. Entramos y nos recibió alguien uniformado que nos dijo en francés: “el director ya tiene conocimiento de vuestra llegada y os ruega que paséis a la discoteca y toméis una copa mientras él se reúne con vosotros”. En ese momento aparece él. Superelegante, supereducado, superguapo y, encima, hablaba español.

Nos llevó a la discoteca y, tomando una primera copa en la barra, nos trató con mucho respeto y educación. Después de decirnos que teníamos barra libre en todo el hotel, buen chaval, nos comentó lo siguiente:

-Ya sé que venís de parte de mi gran amigo F.A. que para mí es mi hermano. Él me ha dicho que vosotros sois un grupo musical que funciona muy bien en Ceuta y que, posiblemente, seáis lo que estoy buscando. Yo necesito una orquesta para una fiesta de

Nochevieja digna de este gran hotel a la que van a asistir gente importante, rica y de muchos países y un ministro marroquí. En definitiva, lo que yo necesito es música internacional, samba, salsa, disco... en fin, si sois músicos, sabéis a lo que me refiero -y tanto...-. Según el presupuesto del que dispongo, os puedo pagar trescientas cincuenta mil pesetas. No sé si es una cantidad que se corresponde con vuestro caché -estamos hablando del año 87, un pastón-.

Se nos rompieron todos los esquemas. Teníamos la esperanza de que F.A. conociera la música que hacíamos y que nos hubiera recomendado para un concierto de rock. Ahí nos dimos cuenta... no sabía nada.

Gabriel y yo nos miramos. En aquel tiempo teníamos una conexión especial, con una mirada nos entendíamos... y asentimos. Sin pensarlo, sin ver los contras, sin ver lo profundo que era el vacío, empujé a Tharna al abismo contestando, con toda la poca vergüenza del mundo:

- Ha dado usted con la orquesta ideal. Nosotros haremos el repertorio que necesita para esa noche y le puedo asegurar que ha acertado al elegirnos para amenizar una velada tan importante en este lujoso hotel. -¡Toma ya!-

- Estupendo -dijo él-, tomamos una copa y ahora vamos a mi despacho y firmamos el contrato que ya tengo redactado.

Nos tomamos una copa y otra y otra... Mientras veíamos el panorama que había, no sólo en la discoteca, sino en todo el hotel, Antonio pronunció la frase mágica:

- Es tarde y hace muy mala noche. Debemos irnos porque la vuelta a Ceuta va a ser dura con la que está cayendo.

Y de pronto, a punto de firmar un contrato suicida, dijo el director:

-Tranquilos, no tenéis que volver a Ceuta. Esta noche sois mis invitados, dormís en el hotel. Ahora os pasáis por Recepción para

que os den dos habitaciones. Por supuesto, podéis pasar ahora a cenar y mañana a desayunar.

Algún rayo divino cayó para que añadiera:

- Bueno, como os quedáis a dormir, el contrato lo firmamos mañana. Cuando desayunéis, os espero en mi despacho y dejamos el tema listo para el 31 de diciembre que vendréis para pasar una noche estupenda.

Fuimos a Recepción para que nos dieran las habitaciones y, claro, nos pidieron los pasaportes para registrarnos. El recepcionista nos dijo: “dejadme aquí los pasaportes para anotar vuestros datos y os pasáis luego o mañana a recogerlos”. Vale, sin problemas... en principio.

Nos fuimos a las habitaciones, nos instalamos (por decir algo, no llevábamos equipaje) y bajamos a cenar. Después de la cena, con barra libre, volvimos a la discoteca donde había de todo... sí, de todo, pero no para nosotros. Sólo teníamos licencia para beber y comer. Después de unas copas más, estábamos cansados y nos fuimos a las habitaciones, que eran dos, pero antes de dormir nos reunimos los cuatro en una. Con la tranquilidad y la paz de las cuatro paredes, y ya más sosegados, pensamos, recapacitamos, valoramos, sopesamos y le dimos mil vueltas a la situación y, al final, dijimos: “joder, ¿qué hemos hecho?”.

Sin darnos cuenta, nos habíamos metido en un buen lío. Nosotros, Tharna, que queríamos salir de Ceuta, que pretendíamos hacernos una banda nacional, que soñábamos con vivir del Rock, nos habíamos comprometido a que, en dos meses, debíamos tener un repertorio verbenero (con todos mis respetos) para tocar en un hotel de lujo de Tánger una Nochevieja, para estar cinco o seis horas tocando canciones para que un público selecto y un ministro marroquí bailaran.

Menuda movida, los cuatro en la habitación pensando en el lío en el que nos habíamos metido. Y menos mal que nos quedamos

esa noche a dormir y habíamos dejado la firma del contrato para el día siguiente. No quiero pensar qué hubiera pasado si hubiésemos vuelto a Ceuta con el contrato firmado. Pero había otro problema, los pasaportes estaban en Recepción y el director nos dijo que a la mañana siguiente, después del desayuno, nos esperaba en su despacho para firmar.

Y nosotros, a las cinco de la mañana, en una habitación del hotel Malabata, lamentándonos de lo que habíamos hecho. Me tocó transmitir serenidad y les prometí que saldríamos de esa. Y salimos.

Intentamos dormir un rato y por la mañana, sin pasaportes, nos fuimos a desayunar con mucha tranquilidad. Todos los empleados del hotel nos miraban y nos trataban con mucha simpatía y respeto sabiendo que éramos músicos invitados del señor director.

Desayunamos muy bien y, tras la caída de un camarero con una bandeja de pasteles delante nuestra, les dije a los tres: “salid tranquilamente del hotel, subid al coche, arrancad y ponedlo en dirección a la salida”.

Eso hicieron. Yo me dirigí a Recepción con mucha sangre fría y le pedí al recepcionista nuestros pasaportes. El mismo me dijo que el director nos esperaba en su despacho para firmar el contrato de Nochevieja. Maldito contrato. Yo le respondí que sí, que yo era el manager del grupo y lo firmaría enseguida pero teníamos mucha prisa por llegar a Ceuta y mis compañeros me esperaban en el coche mientras yo firmaba. Cuando me dio los pasaportes, en vez de dirigirme al despacho del director, me encaminé hacia la puerta de salida donde me esperaban con el coche arrancado y mirando hacia la carretera. El recepcionista me llamó pero no le hice caso y me metí en el coche. Salimos derrapando de allí rumbo a Ceuta sin contrato, sin Nochevieja pero con una noche en el Malabata por la cara.

9.- VUELA, NIÑO...VUELA Y DÉJATE LLEVAR

La presencia de Antonio empezó a ser insufrible. No voy a aprovechar esta oportunidad para poner de relieve la personalidad, la forma de actuar, la bipolaridad, los traumas infantiles y los problemas psicológicos de esta persona. Fueron muchas cosas pero eso, mejor se queda para nosotros. Lo que verdaderamente importa es que necesitábamos desprendernos de él. Tuve que ser yo el que llegó un día al ensayo, recogí mi micro y mi cable, simbólicamente, y dije: "o él o yo". Y así fue como nos desprendimos de un lastre.

Nos quedamos sin batería, en Ceuta, donde apenas había. Con ganas de trabajar, con ilusión, con fuerza pero... sin batería.

Hablando, pensando, discutiendo y valorando, optamos por arriesgarnos y empezar de nuevo con un chaval de 16 años, con muy poca experiencia, casi ninguna, con pocos recursos pero con fuerza, con las ideas claras y con valor para aceptar el reto. Nunca lo dijo pero sé que aquello, además de satisfacción, le produjo mucho miedo. Y no era para menos. Pocos meses antes se ponía a pie de escenario en nuestros conciertos. Incluso, como sabes, nos acompañó a Málaga a vivir la experiencia de la grabación de nues-

tro primer disco. Y ahora, de pronto, se encargaba de la batería de Tharna. Y así fue como Juan José Díaz García, Tato, entró a formar parte de nosotros. Tato se convirtió en el batería de Tharna. Tenía un reto difícil, tocar con Iñaki, Gabriel y Fajardo y eso había que sudarlo. Aun así, su fuerza y su valor lo hicieron estar a la altura.

Afortunadamente, Juan, su padre, que era un hombre bueno y que en un principio se negaba a dejar a su hijo tan joven en manos de cuatro melenudos rockeros, después de una charla conmigo, decidió permitirle tocar con nosotros. Gracias don Juan.

El mejor local de Ceuta lo tenía un grupo que no hizo buen uso de él. Era un local del Ayuntamiento en el Paseo Colón, justo en la que en otros tiempos fue llamada la “curva del plátano”. A ese grupo, José María Portillo, que en aquel entonces era concejal de Juventud, le quitó las llaves del local. Al parecer, tuvo noticias de que allí se hacían muchas cosas menos música. El local se quedó vacío y nosotros estábamos a punto de perder el nuestro aunque, a decir verdad, estábamos deseando. Salir de la casa del Recinto se hizo una necesidad.

Debatimos sobre la posibilidad de hablar con Portillo y solicitarle el local de Colón pero, después de haber “expulsado” de allí a otro grupo, la cosa se ponía difícil para que nos lo concediera a nosotros. Aun así, había que intentarlo. Necesitábamos un local, ese local.

Con el “no” por delante, pero con diplomacia y, por qué no, un poco de teatro, le expuse a Portillo la necesidad que teníamos de ese sitio para seguir trabajando. Él nos conocía y sabía que éramos gente seria. Por fin pude convencerlo y lo conseguimos. El local de Colón, el de la curva del plátano, era nuestro.

Así que estrenamos batería y local. Cuando nos dieron las llaves y entramos por primera vez, parecíamos una familia que estrena casa. Ilusionados, nos pusimos en marcha y empezamos la mudan-

za. El esfuerzo fue grande porque teníamos que bajar escaleras con todo el equipo. Un equipo que, aparte del individual, constaba de unos grandes altavoces muy pesados que le compramos al dueño de la discoteca Whisky a gogó cuando cerró el negocio, ese equipo con el que tocamos en el instituto Siete Colinas y en Los Rosales, entre otros. Pesado como el plomo.

Lo dispusimos todo como si estuviéramos en un escenario. Montamos la batería sobre tarima y guitarras y bajo, tal como se situaban en cualquier actuación. Eso y el esfuerzo que cada día realizábamos tocando, hacía que cada ensayo fuera, en realidad, un concierto.

El telón negro con el anagrama de Tharna que usábamos en las actuaciones sirvió para habilitar una pequeña estancia que se convirtió en el rincón de la inspiración.

Teníamos una forma muy peculiar de componer. Eran los guitarristas, Iñaki León y José Fajardo los que, normalmente, aportaban una primera idea. En un principio, Fajardo aportaba casi todo, algún riff, un arpegio... Si nos gustaba a los demás, comenzábamos entre todos a montar la canción. Primero, los cimientos con el ritmo de batería de Tato que las propias guitarras pedían. Gabriel aportaba los pilares con ese bajo tan característico de nuestra música, tan contundente y tan bueno. Iñaki y Fajardo iban levantando tabiques con las guitarras buscando siempre darle identidad a la canción, darle un color, una señal y darme a mí la luz que debía encenderse para que yo entrara en el rincón de la inspiración, cerrara los ojos y esperara mientras ellos repetían una y otra vez la misma rueda de compases inyectándome eso, inspiración, para aportar el tejado.

Llegaba. Siempre llegaba. Cuando el bolígrafo empezaba a deslizarse por el papel, la canción comenzaba poco a poco a tener alma, a ser ella misma. La estructura de las canciones, una vez puestos los cimientos, los pilares y los tabiques, la plasmaba la letra. Según iba escribiendo, yo ya conocía su vertebración. Sabía en qué mo-

mento debía haber un cambio o llegaba el estribillo. Me lo decían las propias frases que iba escribiendo.

Los arreglos posteriores eran más propios de Iñaki, Fajardo y Gabriel aunque yo también aportaba mucho. Eso lo saben pocos. Ellos siempre tenían las mejores ideas, los mejores solos y el mejor sello de Tharna para todos los temas.

Y en cualquier momento, cuando más saturados estaban los músicos de repetir una y otra vez los patrones para que yo fuera construyendo la letra y dándole vida a la canción, con parsimonia, seriedad y miedo, salía del rincón de la inspiración con el folio en la mano. Silencio, miradas y mucha expectación y, lo que antes eran simples compases rítmicos acompañados de acordes y alguna melodía, se convertían en canción cuando la voz se sumaba a la música con melodía y letra, con su lírica.

Así nacían las canciones de Tharna.

Iñaki empezó a abrir horizontes escuchando grandes bandas nacionales e internacionales que en esa época producían mucha música. Sintió cierta atracción por la forma de tocar de George Lynch, guitarrista de Dokken y lo estudió a fondo. Comenzó a interesarse por las distintas técnicas de los mejores guitarristas y a aplicarlas en su trabajo con el grupo, aunque nunca perdió su esencia ni su personalidad. Se lo tomó en serio y eso, junto con su talento, le hizo fuerte y seguro con la guitarra. Iñaki empezaba a mostrarnos nuevas ideas, nuevos ritmos. Abría otra senda, la de estar al día, la de la frescura, la del nuevo Rock.

Fajardo seguía produciendo ideas pero eran demasiadas (cada día traía cuatro o cinco nuevas para cuatro o cinco nuevos temas). De tantas propuestas, era lógico que algunas no gustaran. Iñaki, por su parte, empezó a traer bocetos de posibles canciones. A Gabriel y a mí nos gustaban casi todos porque Iñaki se estaba actualizando, escuchaba mucha música y se renovaba. Quizás, Fajardo se fue

quedando, a mi entender, un poco pobre de recursos, anticuado y, la verdad, me duele decir que empezamos a rechazar casi todas las propuestas que aportaba. Nunca hubo otra razón que querer lo mejor para el grupo, para nuestra música.

Las puertas del local siempre estuvieron abiertas para todo el mundo, para todo el que quisiera estar allí con nosotros y disfrutar con un ensayo que, como antes te dije, eran verdaderos conciertos, excepto cuando componíamos. Esos ensayos eran una tortura para quien venía a vernos, aunque sé que algunos amigos disfrutaban también viviendo el nacimiento de una nueva canción.

Por nuestra casa pasó todo el que quiso. Teníamos buenos amigos que eran asiduos. Chavales que nos veían con ojos de admiración, con mucho respeto. Algunos de ellos, ahora son músicos, como Javier Albarracín, Kubalita, que un día de ensayo (todos los días eran de ensayo) tiró una piedra a la ventana y subí por si había alguien. Estaba él, un niño. Lo miré y le dije: “entra”. Desde ese día se hizo uno más. O Mamé Agustín que fue uno de nuestros primeros seguidores. Siempre estuvo a nuestro lado. El pequeño grandullón que llegaba, se sentaba y escuchaba. Aprendía... yo creo que de todo. Nada malo. Conocí a su madre antes que a él y él conoció a Mariló antes que a mí. Una noche salí a abrirle la puerta a Rafa Tineo (joder, siempre me tocaba a mí abrir la puerta) y lo vi apoyado en la muralla, como al Kubalita.

-¿Qué haces?-

- Aquí, escuchando.

- Entra.

- Es tarde y mi madre me espera.

- Llámala y dile que estás conmigo.

- Vale.

Y así fue como entró ese día en el local de Tharna. Ya no lo abandonó. Ni a nosotros.

Juan Miguel López, el Juanmi, no se perdía un ensayo. Venía todos los días y poco a poco empezó a mostrar su lado rítmico. Amaba la batería como instrumento y en alguna ocasión nos mostró sus dotes. Cuando echamos a Antonio del grupo, se le pasó por la cabeza que podría llegar a ser nuestro batería, aunque nunca lo dijo. Cuando se subía a la tarima de Tato y cogía las baquetas, mostraba un cierto talento que, de haber seguido tocando, se hubiera convertido en un excelente músico. Aparte de eso, era uno más de la familia y disfrutaba cada día en el local y en los conciertos de la banda.

Compartíamos el sótano con el Club de Esgrima de Ceuta que entrenaban a diario pero antes que nosotros. Si no recuerdo mal, de allí salió una esgrimista ceutí olímpica. Bruce Dickinson hubiera flipado...ensayo y esgrima juntos.

Pasaron cosas. Algunas rozaron el surrealismo.

En el piso de arriba había un centro educativo, lo que siempre se llamó Educación de Adultos. Por las tardes, muchos estudiantes asistían a clase. Eso no nos afectaba. Nuestro local estaba en un piso más abajo y ensayábamos cuando terminaban las clases y estaba todo cerrado. Una noche de ensayo, entre canción y canción, escuchamos pasos en el piso de arriba. Sabíamos que nadie podía entrar si no era con llave y también sabíamos que las llaves, sólo las teníamos nosotros. Pero era evidente que alguien había entrado. Teníamos cuchillos, pero de cocina, los usábamos para pelar fruta, y los cogimos. También, algún que otro garrote. No para agredir a nadie, simplemente era para defendernos en caso de que fueran "visitantes hostiles". Vete tú a saber.

Decidimos ir todos a ver quién estaba arriba. Iñaki iba el primero y miró por debajo de la puerta que separaba los dos pisos.

Cuando se fijó, vio cuatro pies con sus respectivas piernas andando sigilosamente y con el detalle de que eran dos pantalones del mismo color. Él pensó que eran verdes y gritó: “¡son dos pistolas!”, o sea, dos soldados. Yo, extrañado, miré por la rendija y pude comprobar que no eran soldados y que los pantalones no eran verdes, sino color café con leche. Me di cuenta de que era la Policía y grité: “¡es la pasma!”. De pronto, todos bajamos corriendo a dejar los cuchillos de pelar fruta y los garrotes, en estampida, escalera abajo, formando un gran escándalo. Evidentemente, los policías nos habían escuchado y era lógico que pensarán: “hay un grupo de gente que sale corriendo, luego no están haciendo nada bueno”. Llegamos abajo sin saber qué hacer. Lo primero era esconder los cuchillos de pelar fruta y los garrotes. Lo que no se podía esconder era el humo y el olor a yerba.

Subimos otra vez y abrí la puerta. De pronto, me encontré a dos policías cincuentones y barrigones (lo siento, es la verdad) apuntándome, a dos metros de distancia, con las pistolas en el pecho. Las manos les temblaban. Me miraban asustados con el cañón de las armas delante de mí. Levanté las manos (lo aprendí de las películas) y les dije: “tranquilos que no hemos entrado. Somos músicos y estamos ensayando en el piso de abajo. Nos hemos asustado y por eso hemos corrido”.

En un principio, no se lo creían pero no me quedaba otra que intentar tranquilizarlos. Un policía dijo: “salid todos con las manos en alto”. Seguían encañonándome y les seguían temblando las manos con las pistolas apuntando a mi pecho. Yo insistía: “por favor, bajen las armas. Somos un grupo de música que viene todos los días a ensayar”. Poco a poco se fueron tranquilizando y nos sacaron fuera. En la curva del plátano había un coche de policía con las luces azules, de noche, encendidas. Ya en la calle, nos bombardearon con preguntas. Yo intentaba contarles lo que pasaba. Ellos nos decían que había sonado la alarma del centro educativo y se encontraron la puerta abierta. Yo, explicándole que no teníamos nada que ver

con todo eso, que teníamos nuestras llaves. Por fortuna, Ricardo, un chaval que venía a los ensayos, les dijo que su padre era inspector de policía y que, por favor, le dejaran llamarle. Al rato, el padre se presentó y se aclaró todo. Mientras tanto, los coches pasaban y veían a los Tharna con la Policía. Pensarían de todo.

Pasaron más cosas. Pasó de todo. Nada malo.

10.- NI POETAS, NI NUEVA YORK

Había que hacer algo con el disco. No nos podíamos quedar en Ceuta repartiendo singles y terminar ahí esta aventura. Sabíamos muy bien que nuestro objetivo era difundirlo y en ese momento, todos nuestros planes se centraban en Madrid. Era cuando, de verdad, empezaba lo bueno. Pero teníamos un problema, ¿cómo nos moveríamos en la capital para promocionar el disco?. Sabíamos que había emisoras que tenían programas de heavy y buscamos en la guía telefónica de Madrid algunos números que, quizás, podrían darnos alguna información. En realidad, era lo único que llevábamos, algunos números de teléfono, todo lo que teníamos para movernos por la capital y pedir un ratito en alguna emisora para contar quien era Tharna y que escucharan *Sueños perdidos* y *Pobre diablo*.

No podíamos ir todos. No había dinero. Quizás dos se podrían apañar. Fuimos Gabriel y yo. Al llegar a Chamartín, hice una llamada de teléfono y me dejé olvidada en la cabina la agenda con los pocos contactos que teníamos para promocionar el single. Lo perdimos todo.

Gabriel y yo, recién llegados, en la estación, sin contactos, con ochenta discos y... a ver qué hacíamos.

Al final, no fue tan mal. Sabíamos que Juan Pablo Ordúñez, el Pirata, trabajaba en la COPE. Sabíamos que dirigía un programa, *Emisión Pirata*, y sabíamos también cuando lo emitía. Fuimos a buscar al Pirata.

Una hora y media antes de la emisión del programa estábamos en la puerta de la emisora. Era una gran avenida, un bulevar con jardines y bancos en medio de la calzada. Nos instalamos en el banco más próximo a la puerta de la emisora con la vista puesta en todo el que pasaba por esa acera. No conocíamos al Pirata, pero sabíamos que tenía el pelo largo y que era cojo. No era mala referencia. Los dos de guardia por si llegaba alguien con ese perfil. Y, por fin, llegó. Era él, no podía ser otro. Las greñas y la cojera lo delataron.

En ese momento pensamos: no tenemos nada, sólo este disco, estamos en Madrid solos, nuestra única oportunidad es que nos escuche, al menos, en la puerta de la emisora. La verdad, nos la jugábamos. Si el Pirata pasaba de nosotros, no teníamos nada más que hacer en Madrid.

Nos acercamos a él y lo abordamos en plena calle. Yo sabía que ese momento era crucial y tenía que ganarme al Pirata como fuera. Le entré de frente.

-Perdona -le dije-. Este es Gabriel y yo soy Alberto. Somos componentes de Tharna, un grupo de rock de Ceuta -ahí le cambió la cara-. Hace unos meses ganamos el CeutaRock'86 y tenemos un disco. Estamos en Madrid intentando promocionarlo y hemos venido haciendo un gran esfuerzo con cuatro duros. Ahora mismo, no tenemos otra opción. Sólo queremos darte uno de nuestros discos por si tienes la ocasión de presentarlo en alguno de tus programas.

El Pirata nos miró y dijo:

-¿De verdad habéis venido desde Ceuta con cuatro duros para presentar un disco de rock?.

- Sí.

Se quedó callado, nos miró de arriba abajo y nos dijo: “venid conmigo”.

Subimos a la emisora con él. Lo primero que hizo fue poner el single en un plato y escucharlo. No dijo nada. Sólo habló para decirnos: “voy a empezar presentando algunos discos y entro con vosotros”.

Fue una gran entrevista. Nos preguntó de todo y pudimos contarles a los madrileños quien era Tharna y qué queríamos hacer.

Después del programa recibimos muchas llamadas en el estudio. Algunas eran de oyentes que les había gustado y otras eran de locutores de emisoras que emitían programas de rock y que querían quedar con nosotros para presentar el disco en su espacio.

El Pirata se portó muy bien con nosotros, nos trató con mucho respeto y nos dio más de lo que esperábamos y, aparte de eso, nos abrió puertas.

Uno de los locutores de un programa de heavy nos llamó antes de abandonar la COPE. Fue Miguel Jiménez, un chaval que se interesó por lo que había escuchado y quiso conocernos. Perdí la agenda pero una nueva se iba enriqueciendo sola. Quedamos con él y nos pareció un buen chaval. Fuimos a su emisora invitados para hacer un programa con nosotros. Desde aquel momento estuvo a nuestro lado y nos acompañó por Madrid. Nos llevaba a todas las emisoras que mostraban interés por nosotros y el disco de Tharna sonó en toda la capital.

Nos faltaba sonar en la SER. Sabíamos que Mariano García tenía un programa importante que se escuchaba, prácticamente, en toda la provincia. Después del éxito obtenido con el Pirata, abordándolo en plena calle, decidimos hacer lo mismo con Mariano aunque, esta vez nos vinimos arriba y subimos a la emisora en Gran Vía.

Un recepcionista de la radio nos cerró el paso preguntándonos si teníamos alguna cita. Le contestamos que buscábamos a Mariano García porque nos había invitado a su programa -mentira-. Él revisó el parte de visitas y no le constaba que Mariano hubiera citado a ningún invitado a su programa ese día. Lógicamente, no nos dejó pasar pero eso, en vez de cerrarnos una puerta, nos la abrió. Sabíamos que llegaría y, además, sin entrevistas ni invitados. Decidimos esperarlo en la misma puerta del ascensor de donde sabíamos que tendría que salir. Y salió. Lo abordamos como al Pirata. Le contamos quienes éramos y qué nos traía por allí, nos hizo pasar y participar en su programa con una larga entrevista y con la presentación de las dos canciones del disco. Tharna volvió a sonar en Madrid, en todo Madrid.

Misión cumplida.

11.- TIEMBLAN LOS PILARES DEL PILAR

En dos meses, Tato, con mucho esfuerzo por parte de todos, se puso al día con las canciones del grupo. Muchas horas de ensayo, muchas ganas y muchas ilusiones.

Una mañana cualquiera recibimos una llamada de nuestro amigo Carmelo, jefe de estudios del Instituto del Pilar, de Tetuán. De nuevo quería contar con nosotros para cerrar las jornadas de fiesta que cada año celebraban con motivo del 12 de octubre, día de su Patrona. Qué buena ocasión para que Tato se estrenara con la banda. Mucha menos presión que si hubiera sido en Ceuta durante una Semana de la Juventud. Era el momento ideal para él y para el grupo, lo que nos haría ver si la maquinaria volvía a estar a punto.

Montamos nuestro equipo en la furgoneta del que siempre estaba a nuestro lado, Rafa Tineo. En aquel tiempo compró un vehículo que le permitiera buscarse la vida haciendo portes y trabajó para Galo transportando muebles. Siempre fue un buscavida.

Después de todos los trámites en la aduana marroquí (todo el equipo debía ser declarado e inspeccionado antes de cruzar la frontera), rumbo a Tetuán.

Esta vez vinieron con nosotros algunos amigos que no querían perderse el debut de Tato. Entre ellos, Paco Ponce que, si bien no era muy asiduo a los ensayos, era amigo mío y ese día se apuntó a la aventura.

Carmelo, siempre atento y amable con nosotros e intentando desde el primer momento que nuestra estancia fuera lo más agradable posible, puso a nuestra disposición a un grupo de chavales, alumnos del instituto, para ayudarnos a descargar la furgoneta y montar el equipo en el escenario. Aquello fue una bendición del cielo. La furgoneta estaba en las pistas deportivas, el salón de actos quedaba bastante lejos. Nosotros lamentándonos de lo que nos quedaba por descargar, montar, tocar, desmontar, volver a cargar, llegar a Ceuta, descargar y montar el equipo en el local. Iba a ser el infierno. Y de pronto viene Carmelo con diez o doce chavales dispuestos a descargar, montar y luego... ya veríamos.

Ya más tranquilos y viendo cómo los chavales se convertían en nuestros pipas, montamos un previo detrás del escenario con alcohol y humo que, casi, rozó el escándalo. Para tranquilidad de todos, Tato, que era menor de edad, ni alcohol ni humo.

Después de la presentación que nos hizo Paco Ponce (a la mierda Mariscal Romero), salimos al escenario. Todo bien.

Primer tema. Los chicos de pie, bailando y disfrutando y las chicas, disfrutando también pero sentadas. Raro pero no pasa nada, seguimos.

Segundo tema. Las chicas de pie, bailando y disfrutando y los chicos, disfrutando también pero sentados. Un poquito más raro pero seguimos.

Tercer tema. Sí, es lo que piensas, chicos arriba y chicas sentadas. No tuve más remedio que dirigirme a todos y a todas y decirles:

-A ver, chavales, ¿por qué hacéis eso?, ¿por qué no lo hacéis todos juntos?. Eso no tiene nada de malo. Todos tenemos derecho

a expresarnos y disfrutar como queramos. Por favor, hagámoslo todos juntos. ¡Arribaaaa...!.

Y en ese momento, se levantaron las chicas y sonaron los primeros compases de *Una noche más* y todo el mundo en el salón de actos se puso a saltar y gritar. Flipante. Por un momento, chicos y chicas marroquíes, que no habían compartido nunca ese tipo de sensaciones, dejaron de ser quienes eran y se dejaron llevar por la música, por la magia del Rock. Y yo miré sus ojos. Y en sus ojos vi satisfacción y libertad.

Fue un momento mágico, pero efímero. Cuando terminó la canción, el director del centro llegó agitado y con cara de terror advirtiéndonos que, de seguir el público bailando y saltando así, el edificio se vendría abajo. Ciertamente, la construcción era vieja. Casi me atrevería a decir que de tiempos del Protectorado. Y era verdad lo que decía, el instituto temblaba y los pilares del Pilar se resentían. No tuvimos más remedio que terminar el concierto con el público sentado aunque, aun así, disfrutamos todos porque la conexión que mantuvimos anteriormente siguió latente a pesar del imperativo arquitectónico.

Fin del concierto. Todo el mundo contento, disfrutamos todos. Tato se estrenó y cumplió. Un público atípico pero genial, sincero. La vez que más colocados nos subimos a un escenario. Nunca volvimos a hacerlo... lo de colocarnos tanto. Las chicas, pidiendo autógrafos y los chicos dispuestos a echar una mano para desmontar y cargar. ¡Genial, nos cargan la furgoneta!. Nos vamos. El negro, un acompañante, se queda sin plaza en los coches donde volvíamos todos a Ceuta y Rafa le hace un hueco en la furgoneta, entre los altavoces. Llegamos a la frontera. La furgoneta cargada con el equipo de sonido y de nuevo, el papeleo. Un policía marroquí abre la puerta de atrás y ve al negro metido entre los altavoces. El policía marroquí piensa que estamos traficando con inmigrantes. Sale el negro, con su pasaporte en la mano, pero se líá el follón. El ne-

gro es musulmán, ceutí y español. Aun así, el policía marroquí nos retiene. Pero nuestro amigo Carmelo no nos dejó solos ni al final. Desde Tetuán, ya tarde, nos siguió con su coche que tenía matrícula diplomática. Trajo consigo toda la documentación que acreditaba quiénes éramos y el motivo de toda la movida. Todo estaba en regla. Por fin volvimos a Ceuta.

Lo dicho, Tato confirmó su alternativa con oreja y rabo.

12.- PISANDO TABLAS SE HACE EL CAMINO

No eran tiempos en Ceuta en que las bandas locales pudieran tocar en muchas ocasiones. Ahora, un poco más. En realidad, todos nos preparábamos para el Festival de Primavera y para la Semana de la Juventud. Todo un año trabajando para dos conciertos. Y, a pesar de eso, nosotros tuvimos la oportunidad de tocar más veces. Y no es que lo hiciéramos en locales privados. En aquel tiempo, en Ceuta, no había un local donde tocar. Prácticamente, todo se hacía en el Revellín y organizado por el Ayuntamiento. Pero algunos cuerpos del Ejército, conscientes de la música que hacíamos, no como el del Malabata y su amigo F. A., nos contrataron para las fiestas de sus respectivas Patronas. Nos contrató el cuerpo de Regulares para un concierto en el Revellín para la tropa, aunque fue a puertas abiertas. Recuerdo que hablé con el capitán Arturo y le dije que conocíamos a un grupo nuevo, de gente joven que iba a abrir fuego -musicalmente hablando-. Era una nueva banda de heavy de Ceuta cuyos miembros, prácticamente niños todavía, estaban preparados para presentarse al público que aquella noche llenaba el Revellín.

Así fue como Carlos, Emilio, Pepe y Chico, los Sheilan, de la mano de Tharna, empezaron su no corta andadura.

También nos contrató el cuerpo de Artillería para un concierto. Esta vez fue en el salón de actos del I.E.S. Siete Colinas. Fue algo distinto, atípico. No estaba nuestro público y el que había estaba sentado. No fue razón para no sentirnos a gusto y aprendimos de la experiencia. Eso sí, sonamos muy bien en aquel local cerrado.

Pero con toda seguridad, el más extraordinario fue el concierto que dimos para la tropa y algunos amigos en la fortaleza del Hacho. Un sargento llamado Juan Carlos Sánchez, que conocía a Tharna, nos contrató para actuar con motivo de, como siempre, la fiesta de la Patrona.

Llegamos por la mañana y montamos el equipo. Palizón. Llegó el mediodía, todo montado. Comimos allí con la tropa. Como era fiesta, menú especial, hasta langostinos. Creo que nos quedamos allí hasta la hora del concierto. En la parte de fuera, todo lleno de tiendas de campaña, perfectamente alineadas, simulando casetas de la feria. Cada una con su barra y su música. Pero en el momento del concierto, se apagó la música, se cerraron las casetas y todos a ver a Tharna. La primera vez que tocábamos y no veíamos ni una chica, todos hombres. Conciertazo en el Hacho. Al terminar, nos pasamos por el "ferial castrense". Nos agradó mucho que todos quisieran invitarnos a su caseta por lo que no tuvimos más remedio que hacer un "vía crucis" visitándolas todas. ¿Qué cómo acabamos?. La pillamos gorda, más que en Tetuán, pero esta vez fue después de tocar.

También tocamos en la Plaza Vieja. Esta vez fue a través del Ayuntamiento, no recuerdo a razón de qué se organizó aquello, pero dimos un concierto allí. Estaba tan cerca de nuestro local de ensayo que fue nuestro camerino. Nos preparamos y cruzamos el paseo Colón con los instrumentos encima y directos al escenario. Si te soy sincero, de aquel concierto recuerdo muy poco aunque

sé que nunca lo hemos pasado mal en un escenario. La fiesta vino después en el local, con todos nuestros amigos.

A Gabriel, había veces que le picaba el gusanillo y le apetecía coger el micro. Poca gente recuerda que más de una vez, en directo, yo me colgué su bajo y él cantó algunas canciones de Asfalto y Topo como *Es nuestro momento* o *Mis amigos dónde estarán*.

Por aquellos tiempos, teníamos conocimiento de que en Algeciras había una banda de Rock con nuestras mismas ambiciones y objetivos, Shalom. No recuerdo de qué manera, las concejalías de Juventud de ambas ciudades se pusieron de acuerdo para unir los dos grupos en sendos conciertos en Algeciras y Ceuta. La idea nos pareció genial. Y fue así como tuvimos la oportunidad de tocar en la plaza de toros de Algeciras en un festival de la comarca del Campo de Gibraltar en el que participaron Shalom y Sekuaces, de Algeciras; Castellar in rock, de Castellar y Tharna de Ceuta. Fuera de cartel incluyeron también un grupo de Gibraltar.

La experiencia fue extraordinaria. Nunca pensé que pudiéramos llegar a tocar en una plaza de toros, aunque no fue la última. La actuación fue accidentada. Hay que decir que la organización fue nefasta. Lo peor, un apagón en plena actuación. Estuvimos veinte minutos en el escenario esperando que volviera la electricidad. Volvió. Seguimos. Bartolo Martínez, amigo nuestro de Ceuta que nos acogió en su casa, sufrió al día siguiente un ataque de meningitis cuando ya nos habíamos ido y se quedó solo. Todo fue un susto.

Y volvimos a la península, a otra plaza de toros. Un amigo de la infancia que por aquel entonces era concejal del Ayuntamiento de San Roque, José Antonio Ledesma, nos contrató para un concierto. Aquella vez fuimos con nuestro equipo, con Manolo Alba. También tocaban otros grupos sanroqueños y nosotros cerrábamos cartel. El ambiente era fenomenal, fue una gran actuación y la disfrutamos.

Después de tocar la primera canción, miré hacia el público de la primera fila y vi apoyada en el escenario a Milagros. Todos, cuan-

do la vimos, nos sorprendimos. Sin darme cuenta de que tenía el micro en la mano y cerca de la boca le dije: “¿tú qué haces aquí?”. Sonó en toda la plaza. Me dirigí al público diciéndoles que, de pronto, me había encontrado a mi madre con el puño en alto, junto a mi hermana Ana Mari, mi cuñado Pepe y mis sobrinas Milagros y Graciela, delante del escenario. Se llevó la ovación más grande y calurosa de la noche. Sin decirme nada, había embarcado por la tarde y se presentó en el concierto para sorpresa de todos. Milagros era así, te sorprendía cuando menos te lo esperabas.

Y llegó el momento de corresponder con Algeciras. Y vinieron los Shalom. En el Revellín hicimos un buen concierto y ellos también, ganándose esa noche al público ceutí. Fue una fantástica velada. Todos contentos, las bandas y el público

13.- DE MÁLAGA A MADRID, EN BUSCA DE AVENTURAS

Y día tras día, trabajando en el local, preparando la Semana de la Juventud de 1987. Nos hizo mucha ilusión la noticia que nos dieron en la concejalía. El sábado, día más fuerte de la semana grande, tocábamos en el Revellín junto a Luz Casal, bueno, delante de ella. El cuartel, lleno a rebosar. Gran actuación. La banda, totalmente consolidada y mostrando gran solidez en cada concierto.

Un día cualquiera recibimos una invitación del estudio de Málaga donde grabamos el single. Manolo Ramírez, el técnico de sonido que nos grabó, había comprado el estudio y lo había renovado. Nos invitaba a la inauguración y fuimos Gabriel y yo. Fiesta en el estudio, ambiente cutre para nosotros. Los dos, con nuestras pintas raras, entre tanta gente más rara todavía. Así lo veíamos los dos. Pero había bebida y comida. Lo pasamos mejor cuando nos fuimos de marcha por Málaga que en la fiesta del estudio.

De todas formas, nosotros llevábamos un tiempo planteándonos volver a grabar, si no un disco (no había dinero para tanto proyecto), al menos una buena maqueta. Por otra parte, éramos conscientes de la pésima producción que tuvo el disco que grabamos

allí y de la escasa calidad del sonido. Sin embargo, al ver la ilusión de Ramírez en el nuevo proyecto, pensamos que el estudio iba a tomar otro rumbo y empezaría a hacer buenos trabajos. Eso decía él. Pensamos mal. Pero fuimos.

Cuando volvimos a Ceuta, decidimos ir a Málaga a grabar una maqueta con tres temas: *Una noche más*, *Todo es distinto* y *A dónde vas*.

Estaba todo planeado: meternos por la mañana en el estudio, darnos el palizón para grabar y mezclar los tres temas (el estudio cobraba por horas), editar trescientas copias en cintas cassettes y coger el primer autocar para Madrid a intentarlo de nuevo. Todo a contrarreloj. Fajardo se volvió a Ceuta cuando terminamos la grabación. De madrugada, Iñaki, Tato, Gabriel y yo pudimos coger un autocar rumbo a Madrid.

Por aquel entonces, mi amigo Pedro Fajardo trabajaba de cocinero en el Albergue Juvenil de la Casa de Campo y nos alojamos allí. La verdad, era un sitio bonito y tranquilo y en aquella época del año, primavera, la estancia se nos hizo placentera. El único inconveniente de aquel sitio era su lejanía con el centro de Madrid aunque el metro lo solucionaba... excepto de madrugada.

Nos instalamos los cuatro en una habitación que se convirtió en nuestro cuartel general donde planificamos todo el calendario para la promoción de la maqueta.

Comíamos allí y en más de una ocasión que llegábamos tarde, Pedro Fajardo, que terminaba su jornada laboral, se quedaba algún tiempo más para hacernos algo de cenar. Llegábamos con hambre y nos hacía unas tortillas exquisitas. Gracias, Pedro.

Nos pilló de lleno San Isidro y Madrid estaba de fiesta. Justo al lado del Albergue, en un recinto de conciertos llamado el Rockódromo, tuvimos la oportunidad de disfrutar de tres grandes noches con Joe Cocker, teloneado por nuestra amiga Luz Casal y con chaparrón incluido, Judas Priest, teloneados por Bonfire y

un festival con Rosendo, dos bandas de rock rusas, Black Coffee y Autograph, y Sangre Azul. Lo disfrutamos mucho.

Madrid era todo y a la vez no era nada. Tan pronto nos hacía pensar que podría ser como un hada madrina que nos concediera el gran deseo, como nos transformaba en unos intrusos en un mundo que no conocíamos y que, a veces, parecía estar vetado a forasteros. Madrid tenía ese sabor agrídulce que oscila entre el placer y el dolor, la caricia y la bofetada, la rosa y la espina. Pero había que volver y allí estábamos.

Esta vez no pasó como la primera, no perdí la agenda. Llevábamos todos los contactos y trescientas cintas cassettes. Nuestro objetivo era que los rockeros madrileños volvieran a escuchar las nuevas canciones de Tharna, un grupo ceutí de chavales dispuestos a todo para abrirse camino en el panorama nacional. Qué difícil, qué ingenuos, pero... qué bonito fue.

En el centro de Madrid, cuando terminábamos la jornada de promoción, siempre nos íbamos a una zona, cerca de Atocha, en el barrio de Huertas. Nos gustaba ir por allí. Por la mañana era un barrio típico madrileño, con su carnicería, su frutería, sus vecinos por las calles, sus repartidores de bombonas, sus vendedores de lotería, sus mendigos... pero por la noche, todo se transformaba, siempre había buen ambiente con locales muy dispares entre sí, muy distintos en cuanto a imagen, música, clientes... los unos de los otros. Y todos juntos, en el mismo callejón.

Contactamos con nuestro amigo Miguel Jiménez, aquel chaval que nos ayudó tanto a movernos por Madrid y por emisoras de barrio, como la suya, cuando fuimos a promocionar el single.

Pero además, volvimos a ver a Juan Pablo Ordúñez, el Pirata, que nos volvió a recibir con cariño y afecto. Nos dedicó un amplio espacio en su programa, *Emisión Pirata*, con entrevista muy amena, divertida y seria a la vez. Te hacía estar cómodo en el estudio.

Mientras se emitían los temas de la maqueta, hablamos en antena sobre el trabajo presentado, sobre los problemas que tenía una banda de rock al otro lado del Estrecho (en aquel tiempo, insisto, no existía Internet) y, sobre todo, de nuestros proyectos, nuestras ambiciones.

Gran reencuentro con el Pirata, gran tipo.

Visitamos numerosas emisoras de barrio, radios clandestinas que duraban poco pero, mientras las localizaba la Policía y las cerraba, daban mucha caña y tenían sus adeptos, según la zona que te pillara en Madrid. Nos sorprendían siempre las llamadas al programa de gente que lo escuchaba para mostrarnos su simpatía por Tharna y desearnos mucha suerte para llegar un día a tocar en la capital. Allí estarían... decían.

Volvimos a la SER. Mariano García nos volvió a recibir en Gran Vía. Mariano, pese a su fama de fantasma y de "travieso" en estos negocios, gozaba de muy buena audiencia. A diferencia de las emisoras de barrio, con muy poca cobertura, su emisión abarcaba todo Madrid.

También volvió a portarse muy correctamente con nosotros. Grata entrevista con la audición de la maqueta y llamadas de oyentes mostrando su satisfacción por lo que oían. Satisfechos, nosotros.

Cuando terminó el programa, ya estábamos despidiéndonos y agradeciendo al personal el trato tan agradable del que habíamos disfrutado, cuando sonó el teléfono. El ayudante de Mariano descolgó y, tras el "diga", dos segundos y puso una cara de asombro que a todos nos llamó la atención. Seguidamente, con esa expresión nos miró. Cejas levantadas, ojos totalmente abiertos y la boca como la de un chimpancé diciendo: "¡uuuuuhhhh...!. Miró a Mariano diciendo: "Es Darío". Mariano tardó poco en poner la misma expresión que su ayudante. Nosotros nos miramos preguntándonos: "¿qué le pasa a esta gente?". Habló con el tal Darío unos segundos y colgó. Salió de la cabina con cara muy seria:

- Chavales - nos dijo- esto que os ha pasado ahora mismo no le ha sucedido a ningún grupo de los cientos y cientos que han pasado por mi programa. Acaba de llamar Darío McBryan.

¿Quién coño era ese?. Nos puso al corriente y nos contó que era el productor ejecutivo (manager de toda la vida) de Sangre Azul, un grupo madrileño que por aquel entonces estaba en la cresta de la ola. Un tipo peculiar pero que, cuando apostaba por alguna banda, se entregaba y la hacía tocar por toda España y, además, aseguraba una buena producción en los discos. Lo que buscábamos.

- Estáis de enhorabuena -nos dijo-. Este tipo no se anda con rodeos. Le he dicho que ahora lo llamo porque ha escuchado la entrevista y vuestras canciones y parece que está interesado en conoceros y charlar con vosotros.

Ahora, las cejas arriba, los ojos abiertos y la boca de chimpancé se les pusieron a los cuatro chavales de Ceuta. La verdad, no sabíamos qué decir.

- Lo voy a llamar y habláis con él -nos dijo Mariano-.

Me puse al teléfono. Voz grave, acento sudamericano. Hablamos. Me dijo que le parecíamos un grupo interesante, con proyección y con cabida en el panorama nacional. Quiso vernos y así pasó. Quedamos para encontrarnos con ese productor ejecutivo tan importante... para nosotros.

Mañana, a las once de la mañana, nos espera en la boca de Metro de San Bernardo, con la maqueta. A ver...

Nos quedamos un poco aturridos, sobre todo por los comentarios de Mariano García y de los demás que por allí estaban. Todos conocían a Darío McBryan. Nos fuimos con muchas palmadas en la espalda y con los mejores deseos por parte de todos.

Joder, ¿tan fácil iba a ser?, ¿qué quería Darío?, ¿así de pronto?, ¿con una maqueta recién grabada en Málaga a toda prisa? (por cierto, sonido mediocre).

Nos fuimos muy contentos a nuestros callejones de ambiente variopinto y, con una cerveza en la mano, éramos los seres más felices del mundo sabiendo que Darío McBryan se interesaba por nosotros. Lo primero que hicimos fue buscar una cabina y llamar a Fajardo para contárselo, lamentando que no estuviera allí con nosotros.

Sí, lo celebramos bien. Pero llegó el momento de pensar en el día siguiente y nos fuimos a dormir, pero dormimos muy poco porque estoy seguro que aquella noche, aunque sólo fuera aquella, para los cuatro chavales de Ceuta que buscaban su camino, los sueños perdidos se encargarían de cumplir su gran misión. Así lo sentíamos.

Once de la mañana, Metro de San Bernardo. Resaca. La maqueta encima. ¿Cómo será este tío?. Él nos va a reconocer rápido pero, nosotros a él... Pasaba mucha gente pero nadie nos daba la impresión de ser un manager de bandas de Rock. Y escuchamos: "hola chicos, ¿sois los Tharna?". Nunca habiéramos imaginado que Darío McBryan fuera como era. Muy bien vestido, bajito y gordinflón (fisonomía, entre Danny DeVito y Pancho Céspedes), muy moreno, muy sudamericano, como su acento. Nos presentamos.

"Vamos a mi casa, está aquí al lado". Y fuimos a su casa. Su familia estaba allí pero nos llevó a su despacho y cerró la puerta para que nadie nos molestara. En el despacho había un sofá y un sillón. También un buen equipo de música. Lo demás era todo un museo del Real Madrid, con balones, camisetas, fotos...todo firmado por las estrellas merengues, sobre todo por Hugo Sánchez. Nos dijo que era íntimo amigo de Ramón Mendoza y así lo atestiguaba una gran foto con él en el palco del Bernabéu, presidiendo la pared.

Y empezamos a hablar. Bueno, empezó a hablar él. En un principio nos comentó lo que escuchó la noche anterior en el programa de Mariano García y confirmó lo que me dijo por teléfono, que éramos una banda interesante y con proyección. Íbamos bien. Perfecto. Luego, el casi monólogo del McBryan se centró en él, en su trabajo y, para terminar, su buque insignia, Sangre Azul. Nos hizo escu-

char a trompicones el *Cuerpo a cuerpo*, recién editado y nos habló de la agenda que había conseguido para su grupo. Un pedazo de gira. ¿Qué pretendía?, ¿por qué no hablábamos de nosotros?. Empecé a inquietarme. Pero llegó el momento.

-Bueno, a ver esa maqueta- nos dijo-.

Nosotros ya sabíamos que el McBryan, de Rock, sabía poco, lo detectamos en el transcurso de su casi monólogo.

Dame la cinta. Toma la cinta. Mete la cinta. Cierra la pletina. Play. Y, de pronto, en casa de Darío McBryan, prestigioso productor ejecutivo de bandas de Rock, suena a todo volumen una cople- ra malagueña cantando con voz de pito *El clavel* de Rocío Jurado. Imagínate como nos quedamos.

Le explicamos que veníamos de un estudio de Málaga y, seguramente, alguna cinta de otra artista que había grabado antes se había colado en las nuestras. Quizás en la cara B estén los temas. Rebobina. Play. La misma voz de pito, pero esta vez, por Marifé de Triana.

No sabíamos dónde meternos. Al vernos muertos de vergüenza, nos dijo: “no os preocupéis, lo que tenía que escuchar, ya lo hice anoche en el programa de Mariano”.

Nos fuimos de su casa casi sin poder hablar en condiciones, sin haberle podido preguntar qué quería de nosotros, sin poder decirle: “búscanos un concierto con Sangre Azul y luego hablamos”.

Sólo habló él y, así, nos dimos cuenta de que era un fantasma. Ya en la calle, después de tres horas en su casa, les dije a los demás: “a este tío no le interesamos”.

-¿Por qué?- me preguntaron-.

-No nos ha invitado a comer.

Lo volvimos a ver en Ceuta. Ya no lo dejé que me hablara más de él ni de Sangre Azul, lo saludé y me piré. Pero me quedó duran-

te mucho tiempo la sensación de sentirme un idiota al escuchar a la coplera en su casa. Tantas cintas escuchadas en tantas emisoras y en casa del McBryan salta la folclórica. Bueno, bien pensado, mejor que hubiera sido así. ¿Te imaginas en algún programa heavy de radio en directo y que, de pronto, hubiera sonado *El clavel* de Rocío Jurado?. Lo que verdaderamente me quemó durante mucho tiempo fue tener doscientas cincuenta maquetas en el albergue y a la casa del McBryan, sólo nos llevamos una. ¡Grrrr...!. Nunca me lo perdonaré.

Nuestro amigo Miguel trató de consolarnos diciéndonos que, dentro de lo malo, era muy importante lo que nos había pasado y que eso debería ser un motivo más que suficiente para no bajar la guardia y seguir trabajando. También coincidía con nosotros en el hecho de que era fundamental conseguir un concierto en Madrid. Pero eso era más difícil.

- Hablando de concierto -nos dijo- ¿qué tal si me acompañáis a Carabanchel?. Tocan los Niágara.

Rumbo a Carabanchel. El barrio estaba en fiesta con motivo de San Isidro y en una plazoleta, junto a un colegio que servía de backstage, un pequeño escenario y mucha gente que quería ver a esta banda que, por aquel entonces, emergía con fuerza, con un buen álbum, en inglés, buena imagen y buen futuro, en principio.

Disfrutamos del concierto y aprendimos viendo a los Niágara sobre el escenario. Yo lo observaba todo. Miraba al grupo actuando, miraba a la peña rockera que había a nuestro alrededor. Lo veía todo distinto a como lo hacíamos aquí, en Ceuta. Pero había algo en común, algo que ocurre siempre en cualquier lugar en un concierto de Rock: la conexión entre la banda que toca y el público tan especial que tanto da. La entrega de ambos "bandos" y la explosión metalera que te sube, te levanta y te hace olvidar quien eres y todos tus problemas. Te olvidas del tiempo y hasta de la folclórica. Eso pasa en todas partes. Así es un concierto de Rock.

Queríamos tocar en Madrid. Teníamos que tocar en Madrid. Pero, claro, tampoco era aval suficiente el single y la nueva maqueta. No. Para Madrid no era suficiente.

Está claro que Miguel era muy conocido en el ambiente rockero y metalero de Madrid. Aparte de su emisora de radio, por la que pasaban muchos grupos, cultivaba siempre una agenda repleta de buenos contactos y se hacía ver en cualquier sitio donde olier a Heavy Metal. Así que, invitados, entramos con él en backstage. Pudimos conocer a los Niágara y estuvimos un rato con ellos. La sorpresa vino cuando pudimos comprobar que la mayoría de los que por allí se encontraban, no pocos, nos conocían porque nos habían escuchado en los distintos programas de radio. Bueno, fue interesante que para todos ellos fuéramos los Tharna de Ceuta y, por eso fuimos bien recibidos.

Volvimos a Ceuta y, a pesar del chasco en casa de Darío, el balance fue positivo. Los madrileños nos escucharon, nos aceptaron, nos respetaron y querían vernos en directo.

Pero volvimos a Ceuta. Y aquí, poco podíamos hacer más que esperar otro concierto o si el McBryan, algún día, nos daba una sorpresa y se ponía en contacto con nosotros para demostrarnos ese interés que nos hizo ver en Madrid. Pero no llegó.

14.- CRÓNICA DE UNA MARCHA ANUNCIADA

La progresiva evolución de Iñaki como guitarrista y sus aportaciones en los nuevos temas iba creciendo. Fajardo seguía aportando pero cada vez nos íbamos inclinando más por los bocetos de Iñaki. Nos parecían más acordes a la propia evolución de Tharna. Eso para Fajardo empezó a ser casi una tortura. De ser prácticamente el único que creaba ideas para las canciones, pasaba a “competir” con Iñaki a la hora de traer la semilla de los nuevos temas que debían conformar el repertorio que la banda quería y necesitaba. Hay que decir que Iñaki, Gabriel y yo conectábamos mucho musicalmente y teníamos los tres un criterio definido y común a la hora de seleccionar el repertorio y el tipo de canciones que queríamos para Tharna. Tato estaba más centrado en la batería y en cumplir en cada momento pero también tenía voz y opinaba y era evidente que se inclinaba por la tendencia más fresca y renovada de Iñaki.

Creativamente, Fajardo fue perdiendo su sitio. Aunque no técnicamente. Sin embargo, sus frustraciones empezaron a aumentar hasta el punto de pensar que queríamos prescindir de él. No fue así. Sólo se trataba de evolución. Iñaki evolucionaba y, con él, Tharna. No sólo con la guitarra, en lo técnico, sino también en creatividad. Y a Gabriel, a Tato y a mí nos gustaba más la evolución de Iñaki que el estancamiento de Fajardo.

Un día de ensayo llegamos los cuatro y faltaba él. Lo esperábamos para empezar. Y llegó, pero para decirnos que se iba. Recogió sus cosas y después de una breve charla, se fue. Se marchó pensando que lo habíamos acorralado, que habíamos planeado una trama para aburrirlo y hacerle ver que sobraba en el grupo. De ninguna manera fue así, aunque también puede haber algo de verdad en el hecho de que nos agobiaban sus reacciones cuando rechazábamos algunas de sus ideas. Nos gustaban más las aportaciones de Iñaki. Creíamos que por ahí debía ir Tharna. Quizás, si Fajardo se hubiera dado cuenta de la evolución del grupo y hubiera aceptado el hecho de que Iñaki le arrebatara la primacía creativa, no hubiera tenido que irse. Pero no lo entendió y se fue.

No creíamos que fuera necesario volver a buscar otro guitarrista. Tharna pasó de quinteto a cuarteto.

Fajardo es un gran músico, un gran guitarrista. Todo lo que sabe es gracias a su talento y a su esfuerzo. Lleva muchos años tocando día tras día, hora tras hora. Ha tocado con muchos músicos de calidad y quizás no haya tenido mucha suerte a la hora de encontrar a compañeros de viaje que verdaderamente lo entiendan. Encontró refugio en su guitarra y en el jazz.

No nos dio miedo que Iñaki se quedara solo con las seis cuerdas. Más bien, al contrario.

15.- UN CUARTETO BAJO LA SOMBRA DE RAMSÉS

Sí, un cuarteto. Cuando Fajardo se fue, por supuesto, dejó un vacío, tanto en lo personal como en lo musical. Pero ese vacío había que llenarlo y pronto. No podíamos parar. ¿Cómo?. Sólo Iñaki podía hacerlo. Sólo Iñaki podía darle a Tharna el carácter y la personalidad que yo necesitaba para poder escribir buenas canciones. Fue, casi, una liberación, un decir “ahora sí, ahora vamos a ser nosotros”.

Después de los viajes a Madrid, de tantas buenas sensaciones, seguidas de tantas decepciones, volvemos a plantearnos la misma cuestión: ¿cómo coño salimos de Ceuta?.

Pero antes quedaba otra aventura, adaptar el repertorio a una sola guitarra y preparar el próximo concierto de la Semana de la Juventud de 1988.

Muchas novedades. La primera ya está dicha, Iñaki, solo a la guitarra. La segunda, importante, el cuartel del Revellín, templo de la música en directo de nuestra ciudad y testigo de noches gloriosas, dejaba de existir como centro de conciertos. Pasó a convertirse en mercado provisional. ¿Qué haría la Concejalía?. Yo creo que

hizo lo mejor. Aquel año se volcó con la semana grande juvenil e instaló el recinto de conciertos en la Gran Vía, aún en construcción. Toda la avenida fue adornada con columnas y esfinges egipcias, simulando la entrada a un templo. Esa imagen la recuerda toda una generación ceutí.

Recuerdo que se celebraron buenos conciertos como el de Germán Coppini o Tino Casal y los propios Sheilan, que también tuvieron una noche para ellos y se encomendaron a Ramsés para culminar una actuación importante y exitosa.

Y la tercera novedad, nos dan una noche para nosotros. La verdad, era la primera vez que tocábamos solos una noche de Semana de la Juventud. En el Revellín, o había concurso, o teloneábamos a alguien importante. Eso y la estructura del propio recinto, cuadrado y recogido, hacía que siempre estuviera lleno o casi. En la Gran Vía era distinto. Un espacio abierto, mucho más grande. Se necesitaba mucho público para medio llenarlo.

Nos dan el día grande, el sábado. Si te soy sincero, el concierto lo teníamos muy trabajado, confiábamos en nosotros. Incluso habíamos preparado una versión de Judas Priest, *Living after midnight*. Nunca se me dio bien cantar en inglés pero en aquel tiempo, nada me detenía. Me lo propusieron y acepté el reto. Mi amigo José Luís Santana me trajo la canción manuscrita, con su especial ortografía, en un folio y la montamos.

Pero seguíamos con la preocupación. “Van a venir cuatro gatos, este sitio es muy grande para nosotros”. No había marcha atrás, ni pretendíamos darla. Esa noche era muy importante. Habían cambiado muchas cosas y necesitábamos demostrarnos que podíamos hacerlo, que Tharna podía estar a la altura que nosotros esperábamos y quien no viniera, se perdería un gran concierto.

Habíamos trabajado mucho. Llegó el día. El escenario estaba situado en el extremo de la Gran Vía, junto a la fachada del

Ayuntamiento. El backstage se instaló en una caseta de feria privada de gente privilegiada de la ciudad, a la que sólo accedían los acaudalados, los influyentes y los lameculos de ambos. En esa caseta se construyó posteriormente lo que ahora es el nuevo palacio municipal.

Estábamos muy nerviosos. Era un concierto especial. Algunos amigos entraban y salían del camerino y nosotros sólo esperábamos el momento con serenidad, en silencio y ajenos a todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Entró José Luís Santana y le pregunté cómo estaba el ambiente fuera.

- Quillo -me dijo- la Gran Vía está a tope.

Yo pensé que me lo decía para animarme y que no pensara más en el asunto.

Cuando subimos al escenario no pudimos alucinar más. Era cierto lo que me dijo José Luís, la gran Vía estaba a rebosar. Todos habían ido a ver a Tharna, no sólo los heavys de Ceuta, todos.

Las columnas, las esfinges, el público, Iñaki, Judas... Tharna estaba más potente que nunca.

Gran noche, una noche que nos hizo recapacitar sobre nuestro futuro. ¿Estábamos preparados para dar el salto?. Nosotros trabajábamos todos los días de lunes a viernes, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Ceuta estaba conquistada. En Madrid nos conocían, al menos, por las promociones que hicimos de nuestros trabajos en las emisoras de radio.

Ramsés, con su sombra, nos acogió y nos dio alas para pensar en el próximo objetivo.

16.- CARA O CRUZ

Estábamos muy motivados. Nuestra participación en la Semana de la Juventud del 88 nos hizo creer más en nosotros. En ese momento fue cuando pensamos que, verdaderamente, éramos una banda de Rock que podíamos estar ahí y, al menos una temporada, cumplir nuestro sueño y recorrer escenarios por España disfrutando con nuestra música. Un sueño que nos acompañó desde que éramos niños.

Pero ya no éramos niños. Empezábamos a pensar, aunque nunca lo hablábamos, que si esto no funcionaba, ¿qué íbamos a hacer para convertirnos en hombres de provecho?, ¿seguiríamos más años en un local preparando semanas de la juventud?, ¿hasta cuándo íbamos a estar pegándonos caminatas para ir a ensayar?, ¿debíamos pensar en un plan B por si esto no salía bien?. Yo, al fin y al cabo, tenía mi plan B. Tato también. Pero quería cumplir mi sueño. No me hubiera costado renunciar a mis estudios por probar suerte. Era un riesgo que tenía que correr, si llegaba la oportunidad.

Estas cuestiones empezaban a rondarnos por la cabeza y aunque, como te he dicho, nunca hablábamos de ello, fue el detonante para sacar un día el tema a la luz y llegar a la conclusión de que teníamos que grabar un Lp.

Empezaba el “cara o cruz”.

Un Lp, eso era lo que necesitábamos, lo que nos iba a decir si estábamos en la lista de elegidos o si debíamos empezar a pensar en hacernos hombres de provecho y ya veríamos lo de colgar las botas.

Sabíamos que había material para hacer un buen álbum, pero también sabíamos que no teníamos dinero para financiar la producción de un disco. Nosotros, normalmente, no cobrábamos de Tharna cuando tocábamos. Es decir, cuando Tharna cobraba, no repartía, se quedaba con el dinero y lo empleaba, bien en comprar equipo, o en grabar maquetas y viajar a Madrid. Eso sí, lo que no olvidábamos nunca era reservar dinero para una cena en Los Pulpos de la Almadraba cada vez que cobrábamos alguna actuación.

El grupo Ángel y los vecinos del quinto había grabado poco antes un álbum en la capital, luego nos enteramos que lo produjeron con Julio Castejón, líder de Asfalto. Para nosotros, Julio Castejón representaba muchas cosas. Nos enseñó tanto a través de su música junto con Topo... Asfalto formaba parte de nuestras vidas.

El hecho de que hubieran grabado con Julio nos hizo hablar con Rafa Ibáñez, guitarrista de Ángel. Rafa siempre se portó muy bien con nosotros, nos hizo grandes favores. Murió demasiado pronto. Maldito cáncer.

Rafa nos contó cómo había sido todo y, lo más importante, nos facilitó la forma de contactar con Julio. Había que trazar un plan.

Necesitábamos un presupuesto para la producción, grabación y edición de quinientas copias de un Lp con ocho canciones. Debíamos saber si el estudio cobraba por horas de uso o por trabajo terminado. En definitiva, necesitábamos saber cuánto nos costaba viajar a Madrid los cuatro, alojarnos durante diez días, y tras duras jornadas de grabación, ver en nuestras manos el álbum de Tharna.

Contactamos con Castejón y, tras varias conversaciones, nos dijo que todo eso que queríamos nos costaría ochocientas mil pesetas.

Hicimos nuestras cuentas y calculamos que nos hacía falta un millón. Todo lo que se refería a grabar y editar, ya sabíamos lo que costaba, tendríamos que apañarnos con doscientas mil pesetas para vivir los cuatro esos días en Madrid.

Lo siguiente era seleccionar una lista con temas de nuestro repertorio y algunos que compondríamos para incluirlos en el álbum, si el plan marchaba como estaba previsto.

¿Cómo conseguimos tanto dinero?. El futuro de Tharna dependía de eso.

Diego Sánchez Baglietto, concejal de Juventud por aquel entonces, no fue un político destacado que brillara en el panorama local como otros que ostentaban concejalías de mucho más caché, más prestigio y más posibilidades de “atrincar tajá”. Él no era así aunque, por qué no decirlo, le gustaba también tener sus “momentos de gloria” y golfear un poco (en el buen sentido de la palabra).

Una mañana, previa cita, nos presentamos los cuatro en su despacho, en el Ayuntamiento. Sentados frente a él, nos miraba de reojo, se atusaba el bigote, se quería hacer el duro porque sabía a lo que íbamos, a pedir.

En un principio, mostró su parte granítica para tomar las riendas de la conversación. Pretendía hacer alarde de su invulnerabilidad. Un pequeño silencio sólo roto por el tac, tac, tac... de la máquina de escribir de Luis Fort, su secretario, que estaba sentado en una mesa junto a él y, aparentemente, ajeno a nuestra visita y al intercambio de saludos previos a uno de los momentos más importantes de Tharna. En realidad, nos jugábamos el futuro de la banda, nuestro futuro.

- Ya sé a lo que venís -nos paró de golpe- y, de antemano, os digo que no hay dinero.

Cruz.

Luis Fort, en sus asuntos, tac, tac, tac...

Aquello nos impresionó un poco, nosotros íbamos, sí, a pedir, pero a presentar un proyecto. En principio, hacíamos lo que teníamos que hacer, un grupo de jóvenes que trabajaban por la cultura de Ceuta, que siempre estaban cuando se les pedía estar, que no estaban drogándose por las esquinas y que, a pesar de nuestros pelos largos y nuestros vaqueros elásticos, éramos gente sana y comprometida con lo que hacíamos, no podíamos hacer otra cosa que pedir ayuda a nuestra institución, a la Concejalía de Juventud a la que, por otra parte, le habíamos dado tanto, para intentar, aparte de ver cumplido nuestro sueño, exportar música y cultura ceutí más allá del Estrecho. No íbamos pidiendo dinero, íbamos pidiendo ayuda aunque, en definitiva, el asunto fuera económico. Nosotros lo veíamos como una inversión en cultura por parte del Ayuntamiento de Ceuta.

Bueno, la situación, en el primer asalto, se presentaba complicada. Las palabras de Diego fueron un gancho directo a la mandíbula. Había que reponerse porque el combate sólo había empezado y había que ganarlo a toda costa. Sólo fue el primer asalto. Ahora me tocaba a mí.

Tac, tac, tac... Luis Fort seguía martilleando la Olivetti en el pequeño espacio de tiempo que tardé en reaccionar.

- Mira, Diego -le contesté- tú nos conoces de sobra, sabes quiénes somos y has visto muchas veces como nos hemos comportado en el trabajo que hacemos. Llevamos años encerrados en un local de ensayo y trabajando a diario. Tenemos un sueño que cumplir y te ha tocado este puesto y jugar este papel. Ya sabes lo que es Tharna en Ceuta y, aunque no entiendas mucho de este tipo de música, sabes, como nosotros, que estamos preparados para salir de aquí. ¿Qué pasa?, ¿no te gustaría que un grupo ceutí triunfara en el resto de España, llevando el nombre de Ceuta por todo el país y sentirte orgulloso de haber contribuido a ello?. Nosotros

no entendemos de política, ni del dinero del que tú dispones, nosotros entendemos de la música que hacemos. Hemos estado en Marruecos, en Algeciras, en San Roque, siempre hemos dejado el pabellón ceutí muy alto, orgullosos de ser de esta tierra fuera de aquí. Hemos estado en Madrid, hemos visto muchas muestras de interés por nosotros y en Ceuta lo hemos conseguido todo, quizás fuera también sea igual, quién sabe. Sólo necesitamos ese empujón y luego, un poco o mucha suerte para salir de aquí, pero necesitamos intentarlo, necesitamos un “salvoconducto”, necesitamos grabar ese disco. El tiempo va pasando, nos vamos haciendo mayores y, si no hacemos esto, de nada habrá servido tanto esfuerzo durante tanto tiempo, tendremos que dejarlo todo y pensar en buscarnos un trabajo cuando, en realidad, lo que queremos es ser músicos. Aquí, en Ceuta, de lo que hacemos no podemos vivir, no queremos tu dinero, queremos tu ayuda.

La estructura granítica de Diego empezó a transformarse en caliza.

Cara.

- Un millón, Diego -no podía dejarlo pensar-. Necesitamos un millón.

Volvió a atusarse el bigote y seguía el tac, tac, tac... que de vez en cuando se paraba. Luis Fort empezaba a interesarse por la conversación. Luego seguía machacando la Olivetti, pero con un oído puesto en nosotros.

- Mucho dinero -contraatacaba Diego-.

Cruz.

Seguimos discutiendo, yo intentaba en todo momento meter el dedo en su corazón, llegarle al alma, en definitiva, dejar a un lado el dinero y llevarlo todo al terreno de la cultura, de la música, de la posibilidad de que Ceuta tuviera un grupo en el panorama nacio-

nal y de la importancia de que el Ayuntamiento invirtiera en este tipo de proyectos, aparte de todos nuestros sueños como jóvenes músicos ceutíes. Me faltó derramar alguna lágrima.

Se paró el tac, tac, tac... y habló Luis Fort.

- Me vais a perdonar. Yo no quería meterme en este asunto pero, Diego, te voy a decir una cosa. Si yo fuera tú y Alberto me hablara como te ha hablado y me dice lo que te ha dicho, le doy el dinero ahora mismo. ¿Para qué está la Concejalía de Juventud?. Para ayudar a nuestros jóvenes y, tal como estos chavales han planteado la situación, yo los ayudaría. Vaya forma de presentarte el tema y vaya manera de dejarte callado. Si alguien se merece una ayuda, son estos chavales.

Cara.

La estructura caliza, antes granítica, de Diego empezó a convertirse en arenisca. Seguía atusándose el bigote pero ya, su mirada era distinta, ya no mostraba tanta invulnerabilidad.

Se me ocurrió de pronto otra alternativa, el golpe final que lo dejaría ko.

- Diego -le dije- no nos des dinero. Hagámoslo de otra forma. Sabes que nos tienes que contratar para algunos eventos futuros. Adelántanos el dinero de cinco conciertos a doscientas mil pesetas cada uno. Ahí está el millón. Nosotros te haremos esas actuaciones gratis, es decir, ya las hemos cobrado. No nos das nada, sólo nos das un anticipo, un adelanto.

La arenisca empezaba a erosionarse. Luis Fort dejó definitivamente la Olivetti y dijo: "Diego, te han pillado, no tienes escapatoria". Silencio, sin tac, tac, tac...

- Me hacéis cinco actuaciones que ya están pagadas - dijo - pero no le digáis a nadie que cobráis doscientas mil por cada una porque me matan.

¡CARA!

Reímos todos. Nos abrazamos.

Gracias, Diego. Nunca lo olvidaré ni te olvidaré, allá donde estés.

Habíamos conseguido el dinero para grabar el álbum de Tharna.

También fuimos a hablar con José Luis Godino, de Caja Madrid. Necesitábamos algún dinero más. Caja Madrid tenía un presupuesto para ayudas sociales y subvenciones y después de comentarle a Godino que el Ayuntamiento nos había subvencionado la producción del disco, le pedimos ayuda. Hay que reconocer que la ayuda de Carmen López Azuara, Flaki, fue inestimable. Nos gestionó una subvención de cien mil pesetas, todo un dineral. Al final, conseguimos trescientas mil para sobrevivir en Madrid.

En alguna ocasión, Tato me comentó, una vez pasados los años, que Diego nos dio ese dinero sólo porque él era novio de su hermana pero yo sé que con eso o sin eso, Tharna hubiera conseguido el millón, como así fue. De todas formas, ni ese parentesco fue nada comparado con la intervención que tuve ese día en el despacho del concejal. Cuando me inspiro, no hay quien me pare.

17.- A TRABAJAR QUE EL MOLAR MOLA

Rondaba octubre y seguíamos manteniendo contacto con Julio Castejón. Le anunciamos que teníamos el dinero y que necesitábamos un tiempo para preparar los temas que incluiríamos en el álbum. No era fácil y queríamos hacer un buen trabajo. Y para eso había que trabajar mucho. Fuimos muy ambiciosos a la hora de elegir las canciones.

El trabajo duro fue para Tato e Iñaki. Tato empezó a tocar con metrónomo. Quería la pulsación perfecta. Menudo coñazo el tic, tac de la maquineta. Sabía que tenía una gran responsabilidad. Se trataba de grabar nuestro álbum, la llave de alguna puerta y necesitábamos hacerlo bien y él trabajó duro, como siempre. Y lo consiguió.

Iñaki tuvo más tarea. Tenía que preparar varias guitarras distintas. Queríamos que las canciones llevaran su base armónica, distorsionada y seca, y su brillantez melódica por arriba. Iñaki se tuvo que currar dos discos distintos con dos guitarras, a veces tres, que se complementaban. Una vez que elegimos las ocho canciones, empezó el duro trabajo en el local.

Hacíamos dos repertorios diarios de los cuales, yo cantaba el primero. Este primero lo hacíamos con la guitarra base, rítmica y la voz. En el segundo era donde Iñaki trabajaba los arpeggios, las melodías y los solos.

Día tras día, ensayo tras ensayo, se iba forjando a fuego vivo *La invasión*.

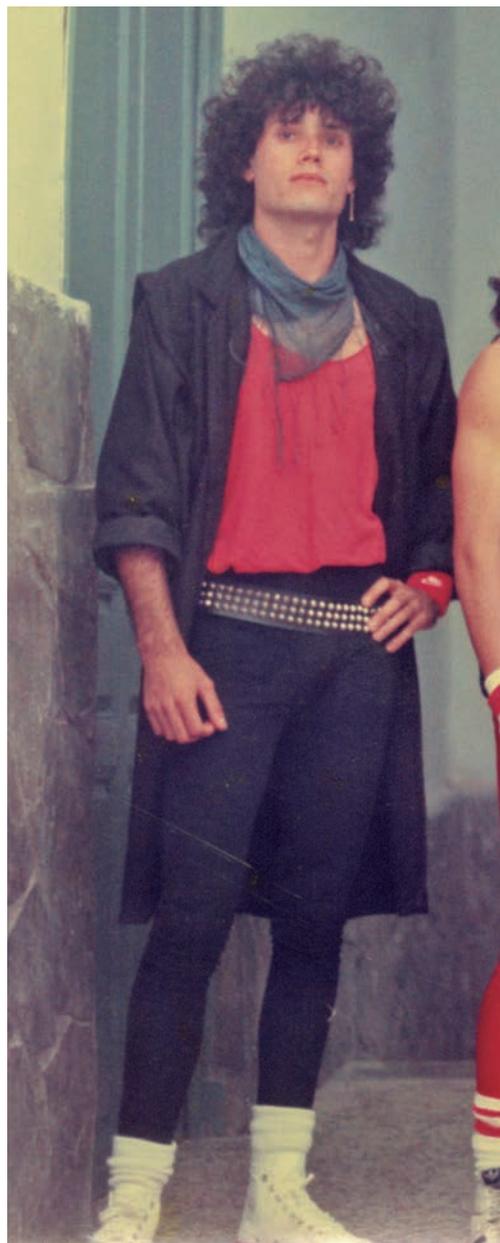
Quizás hubiera sido el momento de necesitar intimidad en el local y trabajar sin tanto trasiego de amigos que venían a los ensayos, pero eso a nosotros no nos importaba. Considerábamos más importante que nuestra gente viviera y compartiera esos momentos con nosotros. Bien es cierto que trabajábamos con comodidad porque nunca interferían en nuestro trabajo cuando discutíamos sobre algún problema en ciertas canciones.

Algo más, A dónde vas, A través del mar, Como el viento, Invasión, Nadie, Sin tu voz y Sueño, los temas elegidos.

No sé porqué, quizás por su ritmo de medio tiempo machacón, decidimos incluir *A dónde vas* cuando ya la habíamos grabado en la maqueta. De todas formas, siempre fue una de nuestras favoritas.

Lo mejor de todo era la ilusión que teníamos, el empeño en cada ensayo. ¿Renacerían los sueños perdidos?. Absurda pregunta cuando todos conocemos el final de la historia.

Listos. Estábamos listos. Tato e Iñaki estaban listos. Gabriel y yo también.





Nos quedaba un asunto importante antes de viajar a Madrid, la carátula del álbum y la contraportada.

Contactamos con Vicente Álvarez y lo invitamos a subirse a bordo de esta aventura proponiéndole que creara la portada de *La invasión*. Vicente Álvarez, aparte de las historietas que con tan-

to talento nos ofrece en la prensa diariamente, tiene un potencial artístico muy amplio. En aquellos años colaboraba mucho con la Concejalía elaborando carteles de eventos. Sabíamos que podía hacernos un buen trabajo.

Quedamos con él en su casa. Nos conocíamos un poco. Luego llegamos a ser compañeros en El Faro y amigos. A lo Darío McBryan, nos pasó a su estudio donde nos enseñó muchos trabajos inéditos y de mucha calidad.

-¿Queréis un whyskito?

-Venga

Calló la botella entera. Su mujer, casi nos echa de la casa, ya bastante tarde.

Le explicamos cuál era nuestra idea sobre la portada que queríamos. Un acantilado, nosotros de frente mirando al mar y Tharna esculpido en la roca.

Nos hizo varios y uno de ellos nos encantó y nos lo llevamos a Madrid. Gracias, Vicente.

Necesitábamos una foto del grupo para la contraportada y, en una de esas mañanas que íbamos al Ayuntamiento para gestionar lo de la subvención, nos topamos con Pepe Gutiérrez, funcionario municipal que estaba al corriente de todo este asunto del disco. Pepe era un gran amante de todos los ceutíes que intentaban hacer algo, valientes, los que peleaban duro. Él mismo fue el que se ofreció a hacernos la foto. Lógicamente, nos encantó la idea. Una tarde llegó al local, nos hizo varias y elegimos la de la escalera en blanco y negro. Gracias, Pepe.

Antes de partir a Madrid, un día antes, tuvimos concierto. No recuerdo el motivo. Quizás fuera un "regalito" de la Concejalía. Concierto con algunas bandas de Ceuta, entre ellas, Culto al Silencio, con Sergio Muela al mando y nosotros. Cerrando cartel,

Seguridad Social. La novedad estuvo en el lugar donde se celebró el evento, el Parque de San Amaro. Ambientazo y muchos nervios sabiendo que al día siguiente nos íbamos a Madrid. Yo estaba fatal. Me pilló encima un fuerte catarro. No estaba a gusto. Nunca solté tantos gallos como aquella noche. Salí cabreado del escenario y estuve borde en los camerinos. Me fui, me acosté y... no pude dormir.

Esa noche cumplimos una actuación para la concejalía. Ya debíamos menos.

Todo preparado para volver a cruzar el charco. Esta vez se nos notaba, era todo distinto. Otras veces habíamos ido con un trabajo hecho y ahora íbamos a hacerlo allí. Era nuestro viaje más importante. Al menos, hasta el momento.

Nos acompañó otro Tharna, José Luis Santana. No quiso perderse aquella experiencia y la vivió como nosotros. Es un lujo haber tenido a gente como Rafa y José Luis a nuestro lado.

El expreso Algeciras-Madrid nos dejó en Chamartín donde nos esperaba Julio Castejón (todo un logro sin móviles). En un principio, deambulábamos por la estación buscando con la mirada a esa persona tan importante. Pero no aparecía. Nervios. Por fin, ahí está. Para nosotros fue algo impactante estar frente a él y en esa situación. Íbamos a trabajar con él, con Julio, el de Asfalto. Tiene la misma voz hablando que cantando, pensé.

El estudio de grabación se encontraba situado en una urbanización de chalés, instalado en el sótano de uno de ellos, junto a la A-1, la carretera de Burgos. La población más cercana era El Molar, un pueblo feo, aburrido, silencioso y agobiante. Bueno, al principio. Luego nos convencimos de que era lo mejor para nosotros, teniendo en cuenta la razón que nos había llevado hasta allí. No nos interesaba un sitio donde hubiera de todo. Ya me entiendes.

Julio se encargó de buscarnos alojamiento. Era un hostel en el pueblo. Dos habitaciones y almuerzo. Bien. Nos instalamos, nos

dimos una vuelta por el pueblo y pudimos constatar que realmente era feo, aburrido, silencioso y agobiante.

Comíamos bien, todos los días y las noches que podíamos. Encontramos un restaurante-asador donde nos ponían buenas carnes. La primera vez que fuimos, al terminar de comer, se nos acercó la camarera y nos dijo: “la casa os invita a un licor de manzana que elaboramos nosotros mismos”. En un principio, nadie quería probarlo. Licor...y de manzana. Eso no existía como ahora. Llenamos los vasitos, nos mojamos los labios y pasamos la lengua. Nos miramos. “Coño, qué bueno está esto”. Cayó la botella que dejó en la mesa y antes de pagar, le dijimos a la camarera que nos trajera dos botellas más de ese licor para llevar. Siempre que íbamos nos llevábamos algunas.

Grabábamos por la tarde hasta la hora que hiciera falta y una de esas noches que terminamos pronto fuimos a cenar y luego nos dimos una vuelta por el pueblo. Estaba todo muerto y nosotros, con varias copas de licor de manzana encima. De pronto, a lo lejos, vimos una luz que destacaba en la oscuridad de un callejón. ¿Será un garito?. Conforme nos acercábamos, comprobamos que, efectivamente, era un local de copas. Lógicamente, entramos y, tras pedir algo de beber y sentarnos, en una televisión y con vídeo VHS nos pusieron *El muro* de Pink Floyd. Vaya, no nos esperábamos eso en El Molar, la verdad.

Una mañana, paseando por la calle principal del pueblo, nos encontramos con una visita casi esperada. Al fondo de la calle vimos acercarse un tipo con pinta rara, atípico en aquel lugar, con pantalones bombachos, sandalias un poco mugrientas, camisa ancha y un bolsito raído donde guardaba unas llaves, dos mil pesetas, el DNI, un paquete de Fortuna y una china.

¡Mira quien está ahí!. No podía ser otro. Pedro Fajardo nos visitaba. ¡Qué alegría!. Lo invitamos a comer y se vino con nosotros al estudio. No sé si fue la china o el licor de manzana... o ambos, pero

para quien no lo conociera, era un tipo raro. Lo mismo se ponía a cantar cuando no debía que se tumbaba en la moqueta del estudio y meditaba con los ojos cerrados. Julio llegó a preguntarnos: “¿de dónde habéis sacado a este?”. No recuerdo ni cuándo ni cómo volvió a Madrid.

Mientras, yo seguía con mi catarro que me traje de Ceuta, pero parecía que el néctar de los dioses, aquel licor, aparte de grados, también tenía poderes terapéuticos. Aun así, tuve que claudicar y ponerme en manos de la farmacéutica del pueblo.

Ahora que pienso en todo esto y recuerdo lo vivido, comprendo el esfuerzo que hicimos en Ceuta antes de entrar en el estudio. Íbamos muy preparados y el trabajo se hizo intenso pero reconfortante al ver que todos cumplíamos con lo nuestro. Julio se percató de ello, se lo pusimos fácil.

Empezamos con la batería, grabando toda la base rítmica con la percusión. Le tocaba a Tato abrir fuego. Llevábamos las canciones muy trabajadas con metrónomo, la claqueta respondía a los tempos previstos. Gabriel lo apoyaba con el bajo, sirviéndole de guía para controlar la estructura de las canciones. Las dificultades que encontró las superó hasta que, por fin teníamos las bases de tambores y platos grabadas.

Le tocaba a Gabriel que, en la misma cabina, junto a Julio, al igual que posteriormente Iñaki, fue metiendo los bajos a todos los temas. Sin ninguna dificultad, fue completando el repertorio, quedando establecida la base, con batería y bajo, de todas las canciones.

Le tocaba a Iñaki con las guitarras. Eso fue un espectáculo. Con la serenidad que siempre tenía, completó la base de todos los temas. Las canciones iban sucediéndose y muy poco, casi nada, había que pinchar o corregir. Lo llevaba todo muy trabajado y no le intimidaba estar en el estudio grabando su disco.

Una vez metidas las bases de guitarra, le tocaba enriquecer las canciones grabando los arpegios, las melodías y los solos. Igual. Las canciones iban pasando e Iñaki, impertérrito, seguía poniendo los tabiques en el disco. Julio llegó a decir: “¿este tío no se equivoca nunca?”. Pues no, no se equivocaba.

Llegó mi momento. Ellos ya, con su trabajo hecho. Ahora había que cantar. Bueno, lo hice como mejor pude aunque ahora, después de treinta años, lo hubiera hecho de otra forma. No obstante, salí satisfecho y orgulloso de mi aportación. Me queda la satisfacción de que *Sueño* está grabada sin cortes, sin pinchazos, la canté entera, la escuchamos y así se quedó.

Y vinieron los coros. Cantamos juntos y disfrutamos, sobre todo, con *Nadie*, donde doblamos tres veces las voces en el estribillo, quedó genial. Julio colaboró con alguna voz en *Como el viento*. Un honor tener la voz de Asfalto en *La invasión*.

Cuando está todo terminado y te sientas a escuchar lo grabado en la cabina, aunque no esté definitivamente mezclado, se vive un momento único. Somos nosotros y esto va a ser nuestro disco.

Sentimos mucha satisfacción al terminarlo. Mezclamos, aunque Julio nos dijo que ya revisaría él algunos detalles con más tranquilidad.

Una de esas tardes que íbamos a grabar, cuando cruzábamos arriesgadamente la autovía y caminábamos por el arcén, llegamos al estudio y nos encontramos al Dioni. Sí, ese que se hizo famoso cuando robó el furgón. Tras cumplir condena, quiso darle un pellizco a la fama y dedicarse a la música. Grabó un disco con Julio y, cuando llegamos, estaban haciendo una audición. Las canciones eran insufribles y el Dioni cantando, peor que Paquirrín. Julio nos miraba como queriendo decir: “me paga”.

En 1988 hubo un intento de recuperar la esencia de Asfalto y Topo con la reunión, tras años de caminos distintos, de Julio

Castejón, José Luis Jiménez y Lele Laina. Anteriormente, Castejón y Cajide siguieron con Asfalto, mientras que Jiménez y Laina tomaron otro rumbo creando Topo.

Pero se unieron y nosotros tuvimos la suerte de ser testigos directos de aquel reencuentro. Sólo faltaba Cajide a la batería pero en su lugar, otro grande, Terry Barrios, ese gordito pelirrojo, simpático y bonachón pero con una tendencia a la mala vida fuera de lo normal, murió tres años después de aquel reencuentro.

Aquello no era ni Asfalto ni Topo. Fue un proyecto llamado la Rockorquesta. Hacían otras canciones, muchas versiones. Recuerdo *La carta* (*The letter*) que inmortalizaron, allá por 1967 The Box Tops y que luego sería tan versionada en todo el mundo.

Una tarde que sabíamos que estaban ensayando en el estudio, llegamos intencionadamente más temprano. Para nosotros fue impresionante verlos juntos tocando en aquel sitio. No nos lo creíamos. Cuando terminaron, Lele Laina nos preguntó: “¿quién es el guitarrista que nunca se equivoca?”. Estuvo hablando con Iñaki y le dijo que Julio le había comentado que era muy buen músico. Puso sus guitarras a su disposición para que las usara en lo que le quedaba por grabar.

- Muy raro –dijo Julio-, Lele nunca le presta a nadie sus guitarras. Le has caído bien.

Usó una Jackson en el arpegio de *Nadie* pero prefirió terminar su trabajo con su Ibáñez Artist 300.

La Rockorquesta se estrenó en Alcalá de Henares, se celebró un festival y ellos cerraban cartel, Julio nos prestó un coche y, sin GPS, llegamos al sitio. Otro logro.

Había bastante público y los Asfalto-Topo habían creado mucha expectación. Lo de la Rockorquesta (por cierto, vaya nombrecito) extrañó a todos pero la gente quería escucharlos.

A la tercera canción llegó la confusión, la gente esperaba los viejos temas de Asfalto y Topo pero la propuesta de la Rockorquesta no era, precisamente, esa. Era otra cosa. El público comenzó a enfadarse y se empezaron a oír los primeros abucheos. Al final, todos les gritaban recriminándoles lo que estaban tocando. Querían oír *Días de escuela, Ser urbano, Vallecas...*

Tuvieron que dejar de tocar. La bronca fue tremenda. José Luis Jiménez se acercó al micro y dijo: “¿dónde estabais cuando de verdad, Topo y Asfalto os necesitaban?”.

Siguió la bronca hasta tal punto que los echaron del escenario. Nosotros vivimos un momento de apuro. Lo pasamos mal. No lo veíamos justo. Esa gente se merecía mucho respeto. Y de pronto, en medio de toda la bronca, volvió a salir Julio Castejón con una guitarra acústica y empezó a interpretar *Canción para un niño*. Los calló a todos. Eso sí lo aceptaban. Era lo que querían. Tocó muchas más pero no les quitó el sabor amargo que supuso tener que abandonar el escenario por ser abucheados.

Una noche que grabábamos apareció por el estudio un señor, amigo de Julio y citado por éste. Era el editor, un tal Vicente Blanco. Nos sentamos para hablar de la portada. Llevábamos la nuestra, la de Vicente Álvarez. Al verla, le gustó, le pareció interesante la idea, pero nos decepcionó su comentario. Según él, el material con el que estaba confeccionado no era el más idóneo para imprimirlo como portada. Los colores no se plasmarían como en el original. Nos argumentaba que los rojos saldrían anaranjados y los azules, verdosos. Era necesario hacer otra portada con la técnica del serigrafado que era lo que, de verdad, estaba dando resultado y garantizaba la calidad del color.

Nos quedamos contrariados. Nos gustaba la nuestra. Era una gran portada, la que queríamos, y nos hacía mucha ilusión que fuera de Vicente, un artista ceutí. En Ceuta, cuando nos la enseñó y la puso en nuestras manos para llevarla a Madrid, le prometi-

mos que esa sería la portada de *La invasión*. Lo siento, Vicente, no pudimos cumplirlo.

- Yo os puedo hacer una con la técnica que os comento -nos dijo-. Naturalmente, no incrementa el precio del disco, os lo hago gratis y, tranquilos que es lo mejor que podéis hacer, teniendo en cuenta que usar la vuestra sería destrozar la portada.

No teníamos ni idea del grado de sinceridad de sus palabras. No entendíamos de eso. Sólo queríamos lo mejor. Se ofreció a traernos una propuesta en unos días basada en la idea original. Nos pareció bien. A los dos días se presentó con lo que, finalmente, fue la portada del álbum. Y no es que nos gustara más que la de Vicente, en absoluto. Sinceramente, no la vimos mal del todo y teníamos la seguridad de que los colores iban a ser exactamente los que veíamos en aquello que teníamos en las manos.

Darí­a lo que fuera por volver a ver aquel trabajo que nos hizo Vicente Álvarez. No sé dónde fue a parar.

La foto de Pepe Gutiérrez sí entró en la contraportada.

Es curioso, en este momento que escribo, acabo de darme cuenta de que hacía muchos años que no miraba la parte trasera de la carpeta de *La invasión*. La tengo delante y me ha llegado el recuerdo de pedir en el estudio un papel y un bolígrafo para escribir algo que debía ir impreso. Algo que dice: *Este disco existe gracias a nuestro esfuerzo y, ¡cómo no!, a la ayuda que siempre nos han prestado los que han confiado en nosotros. No sabemos si esto servirá de mucho, pero nos sentiremos satisfechos de haber conseguido algo por lo que siempre hemos luchado.*" THARNA.

Bueno, ya está todo hecho. Volvemos a Ceuta.

18.- TODO LO QUE SUBE, BAJA

La experiencia en El Molar fue grandiosa. Grabar un Lp para un grupo en esa época era como una licenciatura. Haciendo un símil con el toreo, era tomar la alternativa. Tener un Long play grabado y a punto de estar en el mercado suponía entrar en el panorama nacional y la afición heavy española estaba hambrienta de nuevas bandas y nuevos sonidos. Era un buen momento, la brecha que abrieron Barón Rojo y Obús fue ancha y motivadora para todos los grupos rockeros que brotaban por todo el país. También en el norte de África.

Volvimos a Ceuta ilusionados con todo lo que habíamos vivido y con lo que nos esperaba a partir de ese momento. Para empezar, comenzaba a programarse la siguiente Semana de la Juventud, otra. Al cabo de un tiempo, nos dieron la gran sorpresa, tocábamos el sábado con Sangre Azul. Venía a Ceuta el grupo rockero de moda y, por fin, íbamos a compartir escenario con ellos.

No tuvimos ningún contacto con sus miembros. Apenas nos cruzamos. Llegaron más tarde a backstage y no coincidimos. Tampoco nos importó ni nos preocupó.

Aquel concierto lo recuerdo con un especial cariño y, por qué no, con cierta tensión. Compartir noche con Sangre Azul era importante y, además, en nuestra casa, con nuestra gente. Estábamos esperando la edición de *La invasión* y, aunque no había salido aún, fue prácticamente, la presentación del disco.

Estuvimos realmente bien, sin complejos, sin miedo y con mucha seguridad. Dominábamos el escenario y controlábamos con experiencia la ejecución de todos los temas. Gran noche, *una noche más*, en el cuartel del Revellín.

Como era lógico, me encontré al McBryan. Estaba entre el público con un fajo de octavillas en la mano. Se alegró de verme y me dio un fuerte abrazo. Entre otras cosas me dijo: “Me he enterado que habéis hecho un gran trabajo con Julio. Enhorabuena, tío. Espero que todo os vaya bien. Ya nos veremos en Madrid y charlaremos”.

- Gracias, Darío. Nos vemos... -y punto-.

Sólo teníamos en la cabeza el disco. Sólo hablábamos de eso. Cada dos días llamábamos a Julio Castejón para que nos informara de cómo iba la cosa. Al principio, se ponía siempre al teléfono. “Tranquilos, está en la fábrica y la portada, en la imprenta”, era lo que nos solía decir.

Pasaban los días y ya contestaba menos a las llamadas. O no cogía nadie el teléfono o me decían que en ese momento no estaba. No queríamos, en un principio, sospechar nada raro. Queríamos convencernos de que estaría ocupado y que la cosa marchaba, aunque empezamos a notar que iba lenta.

Un día nos enteramos que en Comercial Africana, una tienda de discos de Ceuta, habían llegado diez ejemplares de *La invasión*. Los diez se vendieron en un día. Pero nosotros no sabíamos nada. ¿Cómo, Julio no nos había informado sobre la edición del disco y estaba vendiéndolos sin saberlo nosotros?, ¿y si, lo mismo que los ha mandado a Ceuta, los está vendiendo por toda España?.

Llamábamos a Julio y ya, nunca estaba. No podíamos hablar con él. Estaba claro que nos esquivaba. No cabía en nuestra cabeza que Julio Castejón pudiera estar estafándonos y vender nuestro disco por su cuenta sin que nosotros lo supiéramos. Al final, tampoco fue así.

Después de salir por segunda vez en la revista Heavy Rock, con todas nuestras nuevas noticias, empezó a haber demanda del disco de Tharna por el país. Nos llamaron desde Pamplona interesados por el disco y para distribuirlo por Navarra. Contactaron con nosotros desde Murcia. Miguel Ruiz, locutor de radio, tenía un programa en el que los oyentes elegían sus discos favoritos y *La invasión* invadió Murcia. Estuvimos un tiempo siendo número uno. Murcia era nuestra. Y nosotros, ni idea de nuestro disco.

Bueno, había que echarle agallas y volver a Madrid a enterarnos de lo que estaba pasando y a recuperar nuestros vinilos, fuera como fuera.

De vuelta a la capital pero, esta vez, el sabor de boca era distinto, los pensamientos eran distintos. Incluso, los latidos de nuestros corazones eran distintos. Llegamos a Madrid y, como sabíamos que Julio acudía asiduamente al sindicato de músicos de UGT, fuimos a la sede. Preguntamos por él y nos dijeron que solía ir los miércoles. No había tiempo de esperar al miércoles. Continuábamos llamándolo desde Madrid pero seguía siendo imposible hablar con él. Nunca estaba en ningún sitio, ni en su casa, ni en el estudio. Pero insistíamos una y otra vez.

En una de esas llamadas, pude hablar con Paco, un técnico de sonido que trabajaba con Julio en el sello discográfico Libélula.

- Mira, Paco -le dije- hemos venido de Ceuta porque nos están quitando la oportunidad de tener nuestro disco. Le hemos pagado ochocientas mil pesetas a Julio y no sabemos nada del Lp. Sólo sabemos que se está vendiendo pero desconocemos por qué nos

esquiva y no da la cara. No es justo, Paco. Por favor, dime dónde puedo encontrarlo para hablar con él.

Después de un momento de silencio, me dijo: "Si quieres encontrar a Julio y tus discos, están en un chalé, número tal de la calle tal de Madrid, pero yo no te he dicho nada".

Joder... no sabía si reír o llorar. Una rabia contenida afloró de mis entrañas.

- Vamos a ese sitio. Los discos los recuperamos, por mis cojones - sentencié-.

Tato me calmó.

- Hay que ir, pero así no. Vamos a relajarnos y no perdamos la calma. Si lo vemos, hablamos con él y, a ver qué nos dice.

No fuimos todos, sólo Gabriel y yo. Calle tal, número tal. Encontramos el chalé. Llamamos al timbre. Nada. Llamamos repetidamente. Nada. Yo tenía claro que de allí no me movía hasta recuperar mis discos que estaban ahí mismo. Nos sentamos en el bordillo de la acera de enfrente. Un cigarrito. Llamamos de nuevo. Nada. Otro cigarrito. Volvimos a pegar. Nada. Y así, toda la mañana. Pero no nos movíamos de allí. Pasó un largo tiempo y, de pronto, cuando menos lo esperábamos, sonó la persiana del garaje. Nos levantamos y vimos cómo iba subiendo, mostrándonos dos figuras humanas que desvelaban progresivamente su identidad. Ahí estaban los dos, Julio Castejón y Vicente Blanco, el editor. Habían aguantado dentro de la casa el "acoso tímbrico" al que los sometimos. Se habían atrincherado en el chalé y supongo que pensaron que nos habíamos ido, aburridos de esperar. Pero no, aguantamos y, al final, allí estaban, frente a nosotros. La verdad, se acojonaron. Cuando nos vieron allí, se les cambió la cara. No se lo esperaban e intentaron mostrar una actitud amigable, aunque hipócrita.

- Hola chicos, qué tal -nos dijo Julio-. Qué alegría me da veros. Perdonad, pero he estado muy liado y no he podido llamaros.

-¿Dónde están los discos? - le dije con aspereza. No podía engañarnos porque las cajas estaban en el garaje y las veíamos apiladas-.

- Precisamente están aquí, pero no os preocupéis que vamos a empezar a distribuirlos y ya os mantendremos informados.

Eso nos dijo Julio Castejón, nuestro ídolo.

- No hace falta. Dámelos que ya veremos nosotros cómo los distribuimos.

Se calló, nos dejó entrar y los cogimos. Dieciséis cajas con treinta discos cada una, en medio de la calle. Fuimos a un centro comercial que había cerca y compramos dos transportines con ruedas y dos pulpos (las gomas con gancho). Cargamos las dieciséis cajas y volvimos a la pensión de Huertas. Los que no vinieron, cuando nos vieron aparecer, sintieron satisfacción pero, al sentarnos en el filo de la cama y ver las cajas con nuestros discos apiladas y dispuestas a venirse a Ceuta con nosotros, sentimos un sabor amargo, de esos que jamás se olvidan.

Y volvimos con los discos. Ya en el tren, rotos por dentro, decepcionados, desilusionados, tristes... hablamos de muchas cosas, pero ya sentíamos que los sueños, efectivamente, se estaban perdiendo.

Aun así, nos levantamos y dimos otro golpe en la mesa. No era momento de lamentos ni de tristeza. Algo había que hacer con el álbum recién editado.

Carlos Pina, cantante de Pánzer y locutor del programa *Rompehielo*, que se emitía en RNE, la madrugada del sábado, para toda España, se puso en contacto con nosotros para hacernos una entrevista telefónica y presentar nuestro disco. Después de muchas vicisitudes para encontrar un sitio donde hablar por teléfono a las dos de la madrugada con el Pina en su programa, José Luis Santana se la jugó y nos llevó a su casa para hacerlo en su habitación. La sorpresa de sus padres fue lógica.

Las respuestas de los oyentes, con sus llamadas, después de escuchar algunos temas de Tharna nos hicieron pensar que no todo estaba perdido.

Y volvimos a Madrid con el Lp bajo el brazo, nuestra licenciatura. Por suerte, los Tharna ya eran conocidos en la capital y ahora, con *La invasión*, el interés por nosotros se renovaba. Visitamos a los de siempre. El Pirata, Mariano García, Miguel Jiménez y otros locutores madrileños que se interesaron por tenernos en sus ondas. Habíamos concertado un programa con Carlos Pina en su *Rompehielos* pero esta vez, en el estudio. Compartimos programa con Jona, bajista de Legión, una banda barcelonesa que empezaba a emerger. Gran entrevista y grandes sensaciones cuando Carlos abría el turno de llamadas y recibíamos elogios de toda España de chavales que escuchaban el programa y les gustaba Tharna.

Una vez acabado el programa, Carlos nos lo dijo claro y ahí empezamos a ver la realidad de toda esta historia.

- Chicos -nos dijo-, para triunfar en esto y ser número uno hacen falta dos cosas. La primera es calidad y la tenéis. Este disco demuestra que podéis estar bien arriba en el panorama nacional. Y la segunda es cuarenta mil pesetas todos los meses para que Tharna suene en *Rompehielos* hasta la saciedad. Sonando, viene todo lo demás.

Mariano García nos dijo lo mismo: "¿queréis sonar?. Eso cuesta dinero. Si queréis, os hago número uno de los Cuarenta Principales. Pero eso hay que pagarlo".

Ya, vale... ahí entendimos que no era cuestión de calidad, de talento ni de nada de eso, aunque con esto no quiero decir que nosotros tuviéramos esa calidad o ese talento que se necesitaba para estar ahí. Todo era cuestión de dinero, el puto dinero y de eso no teníamos. Teníamos otra cosa.

Esto se acaba y no me apetece contar esos sentimientos y esas sensaciones al volver a Ceuta. *La invasión* es un gran álbum. De

esos que, cuanto más lo escuchas, más te gusta porque siempre hay cosas por descubrir en alguna escala de Gabriel, en algún riff oculto de Iñaki o en alguna frase de sus letras. El último tren de Tharna, el de vuelta a casa. Una vuelta amarga, el principio del fin.

Esa vuelta en tren se puede comparar con ese sol que cada tarde se oculta tras la Mujer Muerta, como ese último trago, ya caliente, de la copa que tienes en tus manos, como esa última calada a un cigarro que se ha consumido. Esa vuelta en tren, aunque hablamos de muchas cosas, fue el final de Tharna, el final de toda la aventura. Pasaron más cosas pero, pa ti y pa mí, este es el final. *Lo demás prefiero, sin darme cuenta, olvidar. Echar marcha atrás no vale la pena. Sé que estoy en paz.*

Estoy orgulloso de todo lo que viví y de todo lo que te he contado. Esto acaba con una frase de Tharna: *Alguien dice que el pasado es la pesadilla de mi libertad. Y yo digo que el futuro y el paso del tiempo me perdonarán.*

Todo lo que sube, baja. Los sueños, al final, se perdieron. Este es el final de Tharna. No hay otro.



LAS CANCIONES

No es fácil hablar de ellas y poder explicar con palabras lo que cada una encierra. Todo tiene sentido, todo encaja, se podría decir, aun pecando de atrevido, que existe un hilo conductor, la cuerda de un collar que lleva ensartadas las cuentas que representan cada historia, cada vida, cada canción.

Yo siempre he escrito canciones y conozco mejor que nadie el nivel de mis letras. Ciertamente, no me considero un buen letrista pero hay algo que sí me valoro: mi sensatez, mi sinceridad y mi elegancia con la pluma en la mano. Pero eso no me hace bueno.

Sería imposible tenerlas todas, aunque me gustaría. Pero sabes que hay canciones de las que hay que hablar. En realidad, son historias, vidas y, a veces, me atreví a contar fantasías. Quizás cuente cosas que no imaginabas de alguna canción. Quizás haya alguna cuyo significado lo conozca sólo yo.

Lo que sí es cierto, y de eso me he dado cuenta con el paso del tiempo, es que todas esas historias, todo lo que cuento, tiene un sentido, tiene un fondo y existirán mientras suenen. Yo nunca dejo de escuchar Tharna. Quizás sea por eso. Quizás sea porque pienso que una canción, mientras suene, aunque sólo sea en mis oídos, nunca dejará de existir. Yo no quiero que las canciones de Tharna mueran porque, mientras estén vivas, Tharna estará vivo, nosotros estaremos vivos en esa música. Escuchar Tharna me transporta a todos los momentos que te he relatado y, ¿sabes?, es mi vida, es mi pasado, mi presente y también mi futuro porque soy quien soy gracias, entre otras cosas, a todo eso. Yo no reniego de Tharna. Mientras Tharna suene en algún sitio, en algún momento, yo estaré vivo.

He aquí la verdad de nuestras canciones.



Volverán los sueños perdidos



La canción que le da título a esta historia. Siempre me he preguntado cómo, con todas las ilusiones que ya te he contado y con hambre de comérmelo todo, pude hacer una letra como esta. La primera profecía. No entiendo cómo pude tener ese tipo de sensación y escribir que los sueños se habían perdido y que vivíamos *en un mundo ciego de impotencia y frustración* cuando todavía no había empezado nada. Claro, luego lo quiero arreglar diciendo que no nos rendiremos y que lucharemos sin darnos por vencidos.

Bueno, en realidad, lo interesante de esto es que, en mi interior, había una confrontación entre lo que me decía mi corazón y lo que me decía mi cerebro. Esta canción, que es de las primeras de aquella etapa que ya conoces, reflejaba mi inquietud, ese caminar por una cuerda hacia no se sabe dónde y siempre con la incertidumbre de lo que nos depararía tanto esfuerzo y tantas ilusiones.

SUEÑOS PERDIDOS

*Viven sumergidos
en un mundo ciego de impotencia y frustración.
Los sueños perdidos
se encargarán de nuevo de cumplir su triste misión.
Y no se rendirán,
y siempre lucharán sin darse por vencidos.
La música estará presente hasta el final.
No habrán sueños perdidos.
Tal vez sin sentido,
buscan en el cielo la respuesta de su adiós.
Sueños que se han ido
volverán de nuevo a cumplir su gran misión.
La realidad es muy distinta aquí.
Nuestro futuro se derrumbará.
Estoy seguro que me ayudarás
pero está claro que no es suficiente.
De su círculo cerrado no saldrán.
Sueños, melodías y algo más
llenan las paredes de la habitación.
Sólo son fantasmas de cartón.
Volverán los sueños perdidos.
Tocarán temas conocidos.
Brillarán las estrellas que dejaron su luz en el camino.*



¿Qué derecho tienes tú de juzgar a los demás?



Esta canción tiene nombre y apellidos pero no merece la pena desvelarlo después de haber vivido tanto y de haberme encontrado a tantos como él. Alguien me traicionó. Me dolió y nació esta letra desde lo más profundo de mi corazón.

Con el paso del tiempo te das cuenta de que, verdaderamente, pocos son los hombres que terminaron su camino habiendo pedido perdón alguna vez. Para eso hay que ser valiente.

Viendo más tarde la aceptación por parte de nuestro público, se convirtió en uno de los temas que más nos representó e identificó. Decir Tharna era decir *Pobre diablo* y viceversa.

Lástima que, tanto ésta como *Sueños perdidos* suenen tan mal en el single. Eran otros tiempos. Pero es historia del Rock ceutí.

POBRE DIABLO

*Pocos son los hombres que terminaron su camino
sin necesidad de pedir perdón.
Y ahora vienes tú juzgando sin pensar
que cualquier día puedes caer.
De nuevo he levantado mi corazón
y aquí me tienes frente a ti.
Las garras de la vida son
cuchillos afilados invisibles
Las garras de la vida son
una alambrada que no ves y atrapa.
¿Qué derecho tienes tú de juzgar a los demás?
si, en el fondo, eres un pobre diablo
que vive engañado pensando en tu bienestar.
Hablas muy bien, cargado de ironía y maldad
y usas la mentira como en la comida se usa el pan.
Puede que mañana te arrepientas y, al final,
sientas la envidia comerte por dentro
y, de nuevo, el recuerdo martirice tu ansiedad.
Y al estar frente a ti, siempre recordaré tu rencor.
¿Cómo fuiste capaz de decir lo que a mí me pasó?
Hoy no puedo imaginarte aquí.
Tu tiempo ha pasado para mí.
No te guardaré ningún rencor.
Seguiré cantando rock 'n roll porque es mi vida hoy.*



Aposté todo pensando en ti



Fue uno de los temas que incluimos en aquella famosa maqueta que no pudimos escuchar en casa del McBryan, aunque sí sonó en todo Madrid.

Esta canción tiene todo su sentido. Eran momentos en los que Tharna tenía sus adeptos y sus detractores. Hasta ahí, todo bien. No pasa nada. No le podemos gustar a todo el mundo. Hasta que me di cuenta de que a muchos detractores, que se inclinaban por alguna otra banda, también les gustábamos, aunque algunos no quisieran reconocerlo. Qué tontería.

A nosotros, eso nos daba igual. Sólo queríamos tocar y cada vez mejor.

Y esta letra, que puede parecer otra cosa, está dedicada a ellos, a los rockeros de Ceuta que no les caíamos bien y que, de cara a la galería, no les interesábamos y nos criticaban, aunque se apoyaban en algún muro del Revellín y no se perdían ni un sólo compás en nuestros conciertos. No es un reproche, no es un lamento, se trata, en realidad, de tender una mano.

TODO ES DISTINTO

*Cuéntame si soy distinto aquí.
En realidad, así quiero estar.
Para ti vivo sin descansar
y no me muero sin lograr
hacer contigo lo mismo que haces tú
en este momento
por dar sentido al mundo que escogí
jugándome la piel.
Aposté todo pensando en ti,
arriesgué sin descansar
y sólo ves pura frivolidad,
que estoy vacío y algo más.
Y hago contigo lo mismo que haces tú
en este momento
dando sentido al mundo que escogí
jugándome la piel.
Sin embargo estás aquí
Y dispuesto a soportar.
Todo es distinto si no estás
cerca de mí.
Abre tus manos sin pensar
que estoy aquí.
Hoy necesito respirar
tu aliento.*



De pronto se alejó y no lo vimos más



No está grabada. Algún día lo haré.

Pepe Alba hablaba poco. En realidad, cuando estaba en el local de ensayo, hablaba a través de su Gibson Les Paul. A Iñaki, Gabriel y a mí nos quería. Alguna vez nos llevó a su casa, en el Patio Hachuel. Casa pequeña, vieja y decorada al estilo hippy. En su casa sí hablaba, sobre todo de Frank Zappa.

Pepe llegó de Madrid con el maldito veneno dentro. Le pilló en la capital toda la Movida. Intentó rehacer su vida en Ceuta. Trabajaba en la empresa de limpieza y tocaba con nosotros. Su mujer y su hijo venían a los ensayos. Pero él, con trabajo, familia y un techo, siguió envenenándose. Nosotros, en un principio, no lo sabíamos hasta que empezamos a ver cosas raras.

Un día se fue. Ya no lo vimos más. Y otro día cualquiera, falleció en Madrid y fue un duro golpe para nosotros.

TRAMPA INFERNAL

*Apareció una tarde solo y sin hablar,
con largo pelo y ganas de tocar.
Y lo aceptamos sin ninguna condición
y todos juntos orientamos nuestro rumbo.
Y hoy, no sé dónde andará.
De pronto se alejó
y no lo vimos más.
También cayó en la trampa infernal.
Le faltó valor
y no lo vimos más.
Nos hizo ver otras maneras de salir
de los atascos en las notas que sobran.
Sus dedos eran invisibles para mí
Y oyendo su guitarra no pasaba el tiempo.*



Y todo esto es para ti



Cuando entré en el rincón de la inspiración, bolígrafo en mano, a darle vida a las ideas que me proponían y, teniendo en cuenta que le había escrito a los que no les caíamos muy bien, me vino de pronto la idea de escribirle a los nuestros, a los que de verdad les importábamos y se entregaban en nuestros conciertos, que no eran pocos.

De alguna manera tenía que expresar mis frustraciones y mis premoniciones. En vez de disfrutar el momento de estar contigo, ya te estaba echando de menos para cuando todo acabara. En realidad, esa frustración me acompañó todos esos años.

UNA NOCHE MÁS

*Una noche más sintiendo una nueva tensión
por nuestras venas.
Cada vez más fuerte y nada nos detiene.
Nos impulsa el amor.
Una noche más, mi vida tiene sentido
mi alma se eleva.
Pero tú estás lejos y ha pasado el tiempo.
¿Qué será de ti?. Es una noche más.
Presiento que tras el sueño vendrán
amargas horas en soledad
y siento hoy
la tensión de estar sin ti.
Viviendo la noche, inmerso en el mundo del Rock.
Y todo esto es para ti
como imaginé,
una noche más contigo sintiendo tu calor.
Tus ojos miran lo irreal,
tus manos quieren alcanzar
la magia que esta noche llevo dentro
y todo es para ti.
Una noche más, el sueño llega a su fin.
Ya nada es cierto.
Todo en un momento se va desvaneciendo
¿Qué será de mí?
Viviendo la noche, inmerso en el mundo del Rock.*



Ya no siento deseos de salir corriendo...



Vuelvo a lo mismo, oscuridad. En vez de disfrutar el presente, me lamentaba del futuro, aún por llegar. A veces pienso que eso se debía a la falta de confianza en mí mismo, por el miedo a no ser la voz que Tharna necesitaba. Algo así como un sentido de culpabilidad por anticipado.

El álbum, la llave que creíamos que nos iba a abrir todas las puertas que ambicionábamos, empieza con un epitafio. No me preguntes cómo pude empezar *La invasión* con nuestra pena de muerte. No sabría contestarte.

Esta canción fue escrita para decirla ahora o un poco antes, pero una vez acabado todo. Quizás, otra premonición, otra profecía y no sería la última. Es curioso como hablando en presente, me traslado al futuro. Es lo que diría yo ahora con el paso del tiempo. En aquel momento, claro que quería correr y moverme y seguir peleando. Fue algo así como una letra adelantada a su tiempo. La escribí en el siglo XX para tomar sentido en el XXI porque cuando la hice, no tenía ninguno. Está cargada de pesimismo y se vuelve a lo mismo, algo no conseguido cuando aún seguíamos buscando. Algo así como el que va a pescar y, antes de encarnar el anzuelo, empieza a lamentarse porque no va a conseguir ningún pez. Y, fíjate que, incluso cuando debía estar pensando en levantar el vuelo, me da por pensar en el carajazo que me iba a pegar.

ALGO MÁS

*A pesar del tiempo intentando no naufragar,
sólo destacar algunos recuerdos.*

Lo demás prefiero, sin darme cuenta, olvidar.

Echar marcha atrás no vale la pena.

Sé que estoy en paz.

Ya no siento

deseos de salir corriendo hacia un desierto.

No pretendo moverme más de aquí. No.

Ya no vuelan sobre mi corazón

deseos de buscar

viejos sueños que me hicieron mejor

cuando aún era un niño.

Todo me ha servido para aprender algo más.

No conviene estar con la mente en vuelo.

Corres el peligro de no bajar nunca más

o de reventar antes con el suelo.

Sé que estoy en paz.



Como el viento regresaré a tu corazón



De alguna manera quise contar aquella amarga experiencia en Madrid, en el año 86 y aquella ruptura entre Gabriel y Damián, a partir de la cual, no solamente volvimos Iñaki y yo, sino también Gabriel.

En realidad, *Como el viento* hace alusión a su vuelta, no la de Iñaki o la mía. Me inspiré en él para escribirla, aunque la “aliñé” un poco dándole pinceladas de amor. Quizás fuera porque yo sí tenía un corazón al que regresar.

Regresamos y empezamos de nuevo. A una caída, una levantada.

COMO EL VIENTO

*Después de tanto tiempo en soledad,
viviendo tan lejos de aquí,
pude sentir que, si no estás,
aquello es un infierno, se confunden los momentos
esperando una oportunidad.*

*No es nada fácil escapar de aquí
pero ahora es inútil seguir
si, en realidad, no estoy mejor.*

*Ahora lo comprendo y sé bien que es el momento
de coger el primer tren.*

*Como el viento
regresaré a tu corazón.*

*Tu recuerdo
está siempre aquí
entre el humo y el alcohol.*



Solo ella puede oír tu voz



Tharna se merecía su canción. Debíamos contar aquella historia. Por muy ficticia y tópica que fuera, todos hemos necesitado alguna vez a alguien que nos sacara de un apuro, que nos salvara del olvido o que nos mostrara un camino. Nosotros también la necesitábamos. Inconscientemente, la llamamos.

Nosotros pensamos en ella como un talismán que nos guiara por un camino que ciertamente, no conocíamos o conocíamos muy poco. Tharna debía venir a salvarnos del ostracismo al que nos condenaba esta ciudad y el Estrecho por delante. Tenía que venir y guiarnos para que las cosas salieran bien.

Ya sabemos todos que, cuando más la necesitamos, no llegó. No se lo reprocho, para que algo suceda, no basta con desearlo. Eso sólo pasa en los cuentos y en las películas. En la vida real intervienen muchos factores, entre otros, la suerte.

No. No llegó. Yo nunca diré que nos merecimos otro final, estoy seguro que cometimos errores, quizás, uno de ellos fue el estilo de música que elegimos. Tal vez, si hubiéramos hecho otra cosa, sin renunciar al Rock... tal vez, si Gabriel e Iñaki se hubieran quedado en Madrid..., tal vez si lo hubiéramos intentado una vez más.... Eso nunca lo sabremos. Pero ella, Tharna, no llegó.

INVASIÓN

Aquí están.

Es el momento de pedir ayuda.

Pensad en ella y volverá.

Otra vez

el bien y el mal se enfrentan en la lucha.

Se acerca una trampa infernal.

No hay otra solución.

Sólo ella puede oír tu voz, desde tu corazón.

Cruzará el cielo azul

sobre su fiel guerrero bajo el sol.

Huracán

no queda tiempo para detener

el odio y la maldad que nos acechan

y nuestra tierra morirá.

Invasión

y ella no pretende regresar

y se hace tarde.

Invasión

sólo ella puede oír tu voz, pero no está.

El cielo está cambiando de color.



Hay alguien junto a mí y yo no veo nada



Digna de un programa de Iker Jiménez. ¿Alguna vez le has prestado atención a la letra?

Quien me conoce sabe que soy totalmente escéptico. Me rijo por las leyes empíricas y sólo creo en lo que capto a través de mis sentidos.

No sé realmente qué me empujó a escribir algo así. No querría pensar que algo ajeno a mi voluntad me empujara a hacerlo, sería absurdo, qué yuyu. Es broma.

La verdad, cuando he hablado del contenido de la letra con algunos amigos, en un principio, muy pocos me han dado muestras de entender el mensaje, aunque tampoco es algo complicado. El caso es que escribí sobre un fantasma.

Solo en casa y escucho un llanto en otra habitación, es algo que me atormenta pero no sé por qué lo hace, sé que lo que escucho es real, pero también sé que estoy solo. Me llama y tengo que saber de dónde viene el llanto y de quién es.

Me monté mi paranoia. ¿Quién sabe si era ese miedo que tenía en mi interior a que los sueños, al final, se perdieran y no volvieran?.

Al escribir la letra, recuerdo que me quedé atascado para completar la última estrofa. Estaba bloqueado y no daba con las frases que necesitaba. Al día siguiente, José Luis Santana, en un papel manuscrito con su, insisto, especial caligrafía, me trajo la estrofa.

-Mira si te vale -me dijo-.

La leí y rápidamente me di cuenta que, realmente, era lo que le faltaba a la canción. Claro que valió. Y así quedó *Nadie*, con letra compartida. Gracias, José Luis.

NADIE

Puedo oír

*el eco de una voz a través de la pared
y cada vez está más cerca.*

Hora tras hora, alguien que llora.

Lo estoy sintiendo, hora tras hora.

Quedo en pie

*hundido en la ansiedad de poder saber quién es
quién grita tan amargamente.*

Hora tras hora, alguien que llora.

Lo estoy sintiendo, hora tras hora.

Quiero saber por qué me atormenta.

Sé que es real y que estoy solo aquí.

*Aunque, tal vez, sin darme cuenta,
mi mente está muy lejos de aquí.*

Debo subir la escalera.

Mentira o verdad, sé que me espera.

Nada, nadie, nada.

Hay alguien junto a mí y yo no veo nada.

Y otra vez

volverá a estallar la tormenta sobre mí.

Ella está cada vez más cerca.



Y soy feliz con mi pasión



Otra paranoia. Tampoco sé cómo se me pudo ocurrir escribir algo así. Supongo que sería una fantasía de mi subconsciente y me pilló un día tonto. De todas formas, me encanta esa paranoia.

Me duermo y me hago invisible. Y, claro, la típica y tópica fantasía. Voy por la calle buscando una presa.

Y la sigo hasta su casa. Ella no puede verme, pero sí sentirme. Pasan cosas pero, al final, todo es un sueño.

Esta canción no es fácil de cantar. Quizás, la más complicada de *La invasión*. Es áspera. La melodía de la voz tiene mucha similitud con el electrocardiograma de alguien que odia a un viejo amigo y, de pronto, se lo encuentra de frente en la misma acera. Subidones y bajones. No es mi caso.

Cuando me tocó cantarla en la grabación del álbum, la empecé y la terminé, la escuchamos y, sorprendentemente, así la dejamos. Solo me pasó con ella. Siempre había algo que pinchar, pero *Sueño* está tal cual.

SUEÑO

*Sueño algunas veces
que mi cuerpo nadie puede percibir.
Ando entre la gente
y mi sombra vuela entre sus caras.
Y siempre hay
algún rostro que excita mi alma cautiva.
Siempre hay
una buena razón para amar en secreto.
Y yo conozco su vida.
Yo respiro su aliento.
Puedo sorprenderte
en tu casa, si estás sola y junto a mí.
Aún no puedes verme
pero sientes que algo te abrasa por dentro.
Y yo respiro tu aliento.
Y soy feliz con mi pasión
soñando que tú estás aquí.
Pero despierto y tu calor
lo siento muy lejos de mí.
Quiero protegerme
y escapar del sueño que me hace sufrir.
Quiero conocerte
y es inútil porque no eres nada.
Y siempre hay
una noche de amor si estoy solo en mi cama.
Siempre hay todo un día pensando cómo era tu cara.*



No sería mala idea comenzar de nuevo la invasión



Como otras, tiene sus dos caras. Musicalmente es muy buena. Su ritmo, su estructura y las guitarras de Iñaki la hicieron una gran canción. La letra parece tónica: que te vas, que me dejas, bla, bla, bla... Pero, en realidad, tiene su doble sentido. Algo así como una idea oculta. El tema parece oscuro pero, quizás, haya sido algo que me acompañara toda mi vida. El caso es que busco refugio en la soledad y, a partir de ahí, comienza todo de nuevo.

Y una vez más, sacudirse el polvo y a seguir peleando.

A DÓNDE VAS

*Siento frío en tu mirada.
Siento que una luz se apaga y yo
no quiero mirar
la tensión que hay en tu cara,
la maldad que habita en tu interior
y te aleja de mí.
No voy a pedirte nada.
No te quedes ahí sentada.
Yo me alejo de ti.
Es extraño como acaba
todo un sueño hecho realidad entre tú y yo.
A dónde vas.
Por favor, no te vayas.
A dónde vas.
Un adiós es algo más que el fin.
Estoy acabado sin tu amor.
Me siento quemado sin tu amor.
Solitario entre la niebla,
la ciudad pretende hablarme y yo
me dejo llevar.
No sería mala idea
comenzar de nuevo la invasión
y empiezo por ti.
No voy a pedirte nada.
No te quedes ahí sentada.
Yo me alejo de ti.
Es extraño cómo acaba
Lo que aquella noche comenzó
entre tú y yo.*



Sin tu voz es todo distinto...



La camuflé, la disfracé intencionadamente. Esta canción me la hice a mí mismo. Me hablo a mí como si fuera otra persona. La disfracé porque feminizo al receptor. Vayamos por partes. Piensa en lo que digo en la canción y ponme a mí de receptor.

Es una forma de hablar conmigo y recapacitar sobre todo lo que estaba pasando. Hablo de recuerdos, de los que me quisieron torturar. Los recuerdos, por supuesto, continúan vivos y, la verdad, no me torturan. Más bien, me reconfortan, si no fuera así, no hubiera escrito esto. Hablo de *sentada en el suelo... acompañada de aquellos fantasmas...* y es donde feminizo al receptor.

Alguna vez lo hice, sentarme en el suelo de mi habitación rodeado de posters y fotografías de mis ídolos. Sólo eran eso, fantasmas de cartón.

Pero en ese momento, algo habitual en mí, me encontré conmigo y me abrí la puerta con ansias de recapacitar un poco y respirar serenidad. Y encontré calor en mí mismo, no sé qué hubiera sido de mí si, en ciertos momentos de mi vida, no me hubiera encontrado con Alberto.

Ya no es lo mismo pero estoy cantando. Quizás sea una deuda que tenía conmigo o, quizás sea el deseo de demostrarme que puedo, después de una amarga experiencia donde no se confió en mí. Yo sí confío. Mis compañeros de Espiral también.

SIN TU VOZ

*Te espero esta noche.
Es el momento de recordar
los viejos temores
que te quisieron torturar.
Algunos creyeron, ingenuos de la realidad,
que no podrías llegar hasta el final.
Sin embargo tú,
sentada en el suelo, en medio de la habitación,
acompañada
de aquellos fantasmas de cartón.
Es una aventura poder encontrar
tu puerta esta noche abierta.
Quiero llegar
a desnudar tu pasión.
La noche es larga pero tu casa da calor.
Sin tu voz
no encuentro el camino.
Por favor... no
Sin tu voz
es todo distinto... sin tu voz.
Todo está bajo control.
Es el momento de la decisión.
Es sólo un espejismo pero búscalo.
Vale la pena estar de nuevo aquí.
Vivo en un infierno
y encuentro el cielo junto a ti.*



Si me sigues cambiaré



Vuelta a la frustración. Esta vez no podía faltar el mar que nos separa. Junto a la soledad y a la oscuridad de un futuro incierto, se presenta la barrera que suponía el Estrecho.

Y vuelta a empezar. Cansado de soñar cuando empezábamos a abrir la puerta.

Es una obsesión que siempre me acompañó y no tenía otra forma de expresarla más que a través de mis letras.

Quizás, yo conocía el final de toda esta historia antes de que empezara. Así lo demuestran casi todas las canciones que escribí.

Seguramente, si hubiera habido un segundo álbum, todo hubiera sido distinto y hubiera escrito otra clase de canciones. Quién sabe.

A TRAVÉS DEL MAR

*A través del mar,
perdido en las sombras de la noche eterna,
suena una canción
y siento que nadie puede estar aquí conmigo.
Y no sé qué me pasa.
Parezco estar cansado de soñar.
Vuelvo a recordar
que el tiempo no espera a conseguir los sueños,
pasa sin parar
y luego golpea fuerte en medio del camino.
Cada día que pasa
y no perdona dormir en la estación.
Debo empezar a correr.
Si me sigues cambiaré.
En la oscuridad,
las sombras son frías, necesito ayuda.
Pienso en regresar,
volver a empezar de nuevo y esta vez contigo.*

Hay muchas más letras y muchas más historias, pero sólo están en mi memoria y también en mi corazón. Son parte de mi vida.

*Hablas muy bien
cargado de ironía y maldad
y usas la mentira como en la comida se usa el pan.
Hoy se abre para mí
esa puerta que siempre quise cruzar.
Y lo haré por mí.
Nuestra lucha nos hará ver el final.
Tú nunca sabrás que ese final
pudo robar tu tiempo y yo,
que sólo fui tu salvación,
debo guardar silencio.
Nada, nadie, nada...
Hay alguien junto a mí y yo no veo nada.
Una noche más, el sueño llega a su fin,
ya nada es cierto.
Todo en un momento se va desvaneciendo.
¿Qué será de mí?.
En la oscuridad, las sombras son frías, necesito ayuda.
Pienso en regresar, volver a empezar de nuevo
y esta vez contigo.
Todo es distinto si no estás cerca de mí.
Abre tus manos sin pensar que estoy aquí.*

*Hoy necesito respirar tu aliento.
Nunca llegaremos al fin, pero mi vida es tuya.
Siempre intentaremos vivir con esta locura.
Siempre, siempre... estarás en mí.
Alguien dice que el pasado
es la pesadilla de mi libertad.
Y yo digo que el futuro y el paso del tiempo
me perdonarán.
Y qué más da si es así como busco la felicidad.*

Sólo por esto, al menos, recordaré con cariño y, sobre todo con respeto, a todos mis amigos, hermanos de Tharna. A todos os agradezco vuestro trabajo y el haberme hecho tan feliz durante esos años. Ya sabemos que todo esto de la vida pasa muy rápido y hay ciertos asuntos, ciertos temas que no merecen la pena llevarlos en la mochila, con la edad que tenemos.

Las canciones, nuestras obras, las construimos juntos, entre todos. Siempre serán el nexo que, queramos o no, nos mantendrán unidos. No se puede renegar de lo vivido porque estamos donde estamos y somos lo que somos, precisamente, por haber tenido nuestro pasado.

Gracias, compañeros, por haberme hecho escribir canciones, nuestras canciones, las que nos unirán para siempre, queramos o no. Prefiero pensar en lo que nos une más que en lo que nos separa.



YO, MI, ME, CONMIGO...

Yo nunca me consideré un buen cantante de rock. Nunca lo fui. No tenía recursos vocales para darle a Tharna lo que yo hubiera querido. De todas formas, entiendo que la voz en un grupo es su identidad, le da personalidad a la banda y no es raro que esa banda nos guste más o menos, en la medida de lo que nos transmita su cantante.

Yo siempre vivía en la cuerda floja. Mi instrumento era mi garganta, algo muy vulnerable, siempre preocupado por estar bien en los ensayos y en los directos. Cualquier catarro, cualquier atisbo de fiebre, cualquier pequeño dolor de cabeza suponía para mí una gran preocupación. A veces, pasé hasta pánico al ver que se aproximaba un concierto y no tenía mi instrumento a punto. Un fallo en directo del guitarrista, del bajista o, incluso, del batería, no tiene tanta repercusión (a veces, ninguna, nadie se da cuenta) como el fallo de un cantante. El cantante pelea sin escudo, a pecho descubierto, y eso pesa. Con el tiempo me doy cuenta de que hay gente que no ha aprendido eso: apoyar a su cantante.

Y a mí me tocó librar esa batalla. Era algo muy íntimo, yo nunca transmitía esas sensaciones al resto de la banda, es más, pienso que

ellos veían normal que yo cantara diariamente y lo hiciera bien. No sé si llegaron a ser conscientes de la dificultad que entrañaba cantar día tras día un repertorio de Tharna. De todas formas, alguna vez se hizo un ensayo instrumental debido a algún problema de voz. Muy pocos.

Componíamos siempre al límite de mi tesitura, yo no tenía tregua. Cada canción suponía un gran esfuerzo para mis cuerdas vocales (las mías no eran de acero) pero siempre me esforcé por intentar estar a la altura. Créeme, no me fue nada fácil cantar para músicos de la talla de Iñaki, Fajardo o Gabriel.

¿Qué fue lo que me hizo seguir?. Mi valentía, mi arrojo, mi esfuerzo y mis ganas de superarme día a día. Siempre me gustaron los retos y cantar en Tharna fue uno de los más difíciles de mi vida.

Me salvó mi capacidad para escribir, para completar los temas, para hacer canciones con los retales que me daban. Las canciones las hacíamos entre todos, eran de todos, pero no nacían hasta que yo no salía del rincón de la inspiración con el papel en la mano. Es así.

No. Yo nunca fui cantante de Rock. Aun así, fui el cantante de Tharna.

Las canciones. Eso es lo único importante que queda, que no es poco, las canciones que nos unen a los Tharna, queramos o no, y a vosotros. Esas nunca morirán, al menos, eso espero.

Yo supe llevar una doble vida. Algo que, al cabo del tiempo, cuando lo pienso, me produce satisfacción. Por un lado, mi vida de joven rockero, cantante de un grupo, marchoso y juerguista, asiduo a la Plaza Vieja en los tiempos del Ortega, el Zampo y el Submarino. Y por otro, mi vida de estudiante, madrugando para asistir a clase y estudiando por imperativo personal... y familiar, con mi novia y sin dar guerra en mi casa. Bueno, alguna que otra.

La gran suerte de mi vida fue ser hijo de Milagros, mi ángel de la guarda, la que, con serenidad y sensatez, guió mi camino y yo,

me dejé llevar. Soy maestro de Música. Maestro, por Milagros; de música, por Tharna.

Ahora que escribo esto, treinta y tantos años después y recordando esta historia, tengo la sensación de que fue una aventura y sé que nunca ha habido un grupo musical en Ceuta que se tomara tan en serio la aventura de triunfar.

Cuando escucho Tharna de vez en cuando, me doy cuenta de que ahora, después de tantos años, tengo menos voz. Normal, ¿no?. Pero también sé que canto mejor. El hecho de bajarle un tono y medio a las canciones de *La invasión* no me hace cantar como Leonard Cohen. Simplemente, me hace cantar mejor, me hace transmitir mejor, me hace sentirme mejor y hace mejor a la banda, valga la intencionada redundancia. ¿Entiendes, mi rey?. Guiño al Goñi.

Siempre he admirado mucho a todos mis compañeros.

Admiro a José A. Fajardo porque es un buen músico, porque se ha hecho a sí mismo y siempre se ha dedicado a su guitarra en cuerpo y, sobre todo, en alma. Aunque a veces no coincidamos musicalmente, no dejo de admirar su técnica y su creatividad.

Admiro a Tato Díaz por su valor, por su entrega y por su inteligencia. Por ser un gran batería y lo fue porque supo, en todo momento, cuál era su papel. Y su papel era darle caña a tambores y platos y hacer funcionar la maquinaria. No fue tarea fácil pero con su empeño y algo más, se ganó su sitio. A pesar de su juventud, también aportaba ideas para las canciones y, sobre todo, para los proyectos. Era joven pero muy sensato, en la actualidad somos buenos amigos y disfrutamos cuando echamos un rato de charla.

Admiro mucho a Iñaki León. Es al que más admiro. Ha sido el mejor músico de Tharna y, para mí, el mejor guitarrista de la Historia de la Música de Ceuta. No sé si alguna vez lo has hecho, yo muchas. Escuchar las guitarras de Iñaki en el álbum *La invasión* es sentir la esencia de Tharna. Es el mejor. Las guitarras de *Algo más*

le hicieron estar entre los cuatro primeros guitarristas nacionales, según la revista Heavy Rock, en 1989. No ha tenido suerte. En realidad, nunca la tuvo. Se acercó al veneno y, poco a poco, fue descolgándose la guitarra. En la actualidad, somos muy buenos amigos. De vez en cuando voy a verlo.

Admiro a Gabriel León porque es un gran músico, por lo que aportó a Tharna y porque es muy buen bajista.

Admiro a Rafa Tineo, un Tharna más y le agradezco todo lo que aportó a esta historia. Siempre estuvo a nuestro lado y nunca pidió nada. Él era uno de los que disfrutaban viendo nacer canciones y ponía a nuestra disposición su furgoneta y su esfuerzo en cualquier concierto. Habló siempre cuando tuvo que hablar y todo por el bien del proyecto y sin esperar nada a cambio. En la actualidad, somos grandes amigos y seguimos manteniendo contacto. Hemos disfrutado muchos momentos juntos y grandes conciertos y... hasta lo casé.

Admiro a José Luis Santana, otro Tharna. Uno de mis más viejos amigos. Estudiamos juntos y se puede decir que estuvo siempre, desde Chopo. Vivió en primera persona el nacimiento de Tharna y la grabación de *La invasión*. Siempre nos apoyó y, al igual que Rafa, sin pedir nada a cambio. En la actualidad, somos grandes amigos y compañeros en el I.E.S. Siete Colinas.

Admiro a todos aquellos que fueron tomando el testigo, aquellos chavales que, a la sombra de Parking y Tharna, entre otros, se atrevieron a entrar en este mundo (algunos no volvieron a salir).

Admiro a los Sheilan, Carlos Jiménez, Chico Palenzuela, Emilio Sánchez y Pepe Lázaro que, tan jóvenes, se ganaron su sitio y, si no me equivoco, son la banda más longeva de la historia de la música ceutí. Han hecho cosas muy importantes. Todos mis respetos.

Admiro a Espino, Rufino Carpio, José Andrés del Moral, Francisco Marruecos, José Antonio Ivars, Javi Kubalita, Luis Luna

y otros, por su aportación al Rock ceutí y por haber vuelto en 2018 con un interesante disco.

Admiro a David León, Salvador Díaz, Juanjo Fernández, José Aliaga, Manolo Lázaro, Enrique Lepiani, Luis Miguel de Juan, Manolo Márquez, Damián Ríos, Luis Zapater, José Biosca, José Duarte, los hermanos Garuncho, la Shica, Nazaret, Miguel Ángel Reyes, Sergio Muela, Antonio Mesa, Rafa Ibáñez, Ángel González, los Desertores y a tantos y tantos más. Está claro que se quedan muchos nombres en el tintero. Mis disculpas.

Admiro a todos los músicos de Ceuta porque, entre todos, hemos conseguido mantener viva la llama de la música en nuestra tierra. Y no me puedo olvidar de los Barones, Juan Alonso, Paco Tineo, Pedro Ramírez, José Luis Fernández Medina, Jimmy. Ellos, sin saberlo, me metieron el veneno en las venas desde muy pequeño.

Admiro a la Asociación Séptimo Infierno por no dejar de luchar por el Rock y por esta forma de entender la música. Los admiro por su constancia en una ciudad donde no se entiende bien esta forma de ser.

Admiro a Jorge Sánchez por todo lo que hizo por el Rock en Ceuta.

Y admiro, por supuesto, a Antonio Jurado, José Luis Corrales, Rogelio Mateo Pitalúa y Luis Zapater por ser tan buenos músicos y tan buenas personas. Les agradezco enormemente que me admitieran en Espiral. Después de treinta años, fíjate. La verdad, no me lo esperaba. Fue todo de repente. Disfruto mucho con ellos.

Admiro también a los viejos cantautores de Ceuta, Pedro Fajardo, Francisco Luis Jiménez (Chiqui), Ramón Tarrío, Paco y Pepe Benítez. Entre todos fundamos la Buhardilla de cantautores y aprendí mucho porque nos esforzábamos componiendo. Pedro Fajardo y Chiqui, además de eso, trabajaban en El Faro de Ceuta y siempre encontramos mucho apoyo por su parte. Cubrían todas

las noticias del grupo y siempre intentaban hacer las crónicas y las entrevistas con mucho cariño. Lo conseguían.

Admiro a Manolo Alba, un hombre y un nombre ligado siempre a la Historia de la música ceutí. Lo admiro porque una vez le echó coraje a la vida, se fue de la fábrica de harina y se la jugó fundando SONALBA. Ha hecho de todo y le ha pasado de todo pero nunca se ha rendido y poco a poco, fue consolidando su empresa siendo cómplice de históricos conciertos en nuestra ciudad. Le ha cedido el testigo a su hijo, Óscar Alba que ha heredado el oficio y pelea por estar a la altura en cualquier espectáculo aportando su equipo de sonido y luz.

Admiro a Miguel Soria porque, de la nada, ha creado algo que solamente es posible con mucho trabajo, mucha inteligencia y mucha picardía. Bohemia, Plaza Vieja... y más.

Admiro a Francis Aliaga porque es un gran tipo, va de frente y siempre ayuda a quien se lo pide poniendo su estudio y todo su equipo a disposición de los músicos de Ceuta.

Si te soy sincero, no sé por qué he hecho esto. No sé si le interesa a más de cuatro, no sé si querrás tener este libro. Ni siquiera sé si tendrás interés en leerlo entero.

Una cosa sí sé. El esfuerzo ha merecido la pena. Parodiar a un escritor ha sido una divertida aventura porque me ha hecho volver al pasado, revivir momentos maravillosos de mi vida y acordarme de mucha gente.

No pretendo nada con esto que no sea compartir recuerdos y... me apetecía escribir un libro.

Cuando estudiaba Magisterio, en clase de manualidades, encuaderné un pequeño libro con las hojas en blanco. Un día decidí escribir las canciones de Tharna en él. Lo tenía en el local y en cualquier hueco en los ensayos, copiaba las letras de las viejas cancio-

nes y de las nuevas. Estuve muchos años sin él. Alguien se lo llevó, lo perdí. Un día lo recuperé y ahora mismo lo tengo en mis manos. No están todas, no me dio tiempo, la hojeo despacio, leo cosas.

*Y soy feliz con mi pasión
soñando que tú estás aquí.*

Me asaltan imágenes, recuerdos.

*La música estará presente hasta el final.
No habrán sueños perdidos.*

El hombre solitario, desde su terraza, mira al horizonte.

*Y se le puede ver
mirando hacia el mar, con su soledad.*

*Y se le puede ver
con su libertad, lejos de la Humanidad.*

Y me vienen viejos recuerdos. Y no tan viejos.

*¿Qué derecho tienes tú de juzgar a los demás?.
Si, en el fondo, eres un pobre diablo
que vive engañado pensando en tu bienestar.*

Y, claro, algo que siempre me ha acompañado y, aunque no me tortura, se encarga de vez en cuando de darme un toquecito en la espalda, el inexorable paso del tiempo.

*Vuelvo a recordar
que el tiempo no espera a conseguir los sueños.
Pasa sin parar
y luego golpea fuerte en medio del camino,
cada día que pasa.
Y no perdona dormir en la estación.*

No le debo nada a nadie y no recuerdo que nadie me deba nada a mí.

Gracias a todos y a todas por haber aportado algo a mi vida. Lo bueno me ha hecho disfrutar y lo malo me ha hecho aprender.

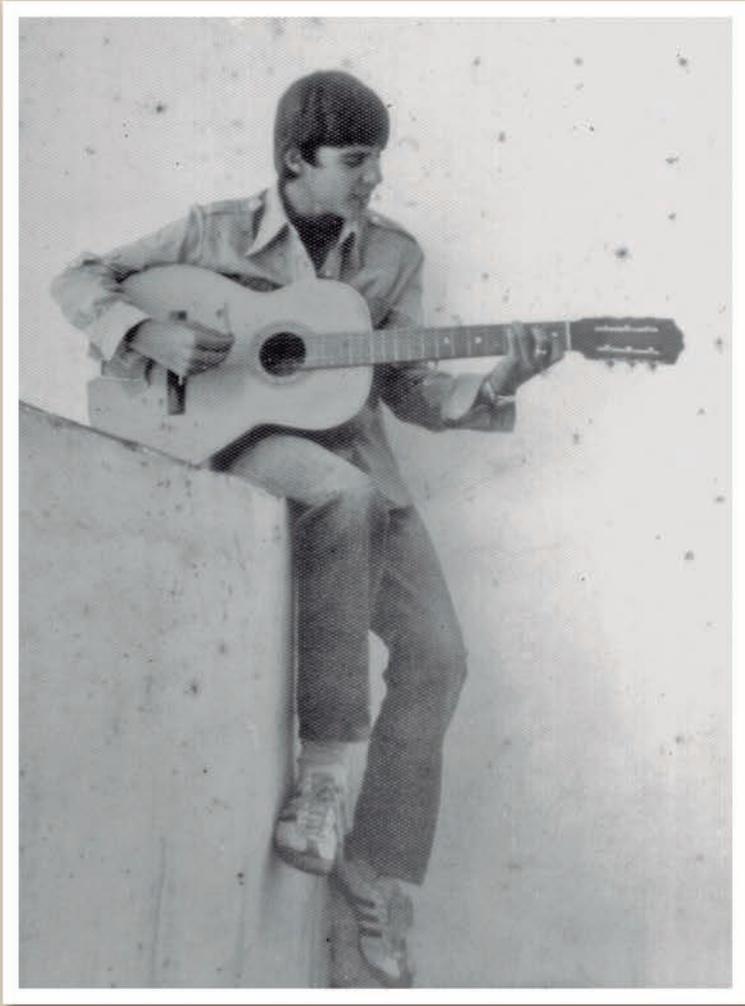
Hoy es 10 de septiembre de 2018. Dentro de quince días se cumplen treinta y dos años de aquella noche cuando creímos alcanzar la gloria, cuando ganamos el CeutaRock'86. Dos días después cumpliré cincuenta y cinco, más de media existencia (no pienso durar 110). Escribir esto me ha servido para pensar en todo lo vivido y aprender que, en la vida, tan efímera, no merece la pena guardar los momentos amargos, que los hubo.

Para mí, aquí termina la historia de Tharna. Hubo algún intento de revivir el cadáver pero, al final, todo apestó más. Y ya está.

Me quedo con la amistad, el aprecio y el respeto de mucha gente, de muchos amigos con los que aún tengo contacto. Cincuenta y cinco años. Casi toda una vida y no odio a nadie. Nadie me ha hecho daño y, quien lo ha intentado, no lo ha conseguido. Te he contado una aventura de juventud. No la cambiaría por ninguna otra y te puedo decir que, cuanto más escucho Tharna, más me gusta.

Le ladraré a la Luna, pero con buenas intenciones.

Gracias por tener este libro entre tus manos.



Con catorce años. La primera guitarra que me compró mi padre, la cuchara de palo. Empezaba a vivir y tenía claro que la música iba a rondarme siempre. Tener esa guitarra en mis manos era como decir, imitando al gran Bruce, “¿para qué sirve este botón?”.

Sentado en ese muro en mi casa de Los Barrios, empezó todo en mi vida. Ese do Mayor dio paso a muchas aventuras y a grandes momentos. Quizás, la música me apartó de otras cosas que empezaban a verse en la calle, aunque tampoco fui un niño difícil. Pero ese fue mi refugio. Mi guitarra y mis discos. Luego vino todo lo demás.



Primera Semana de la Juventud, 1983, en la Caseta Popular de la Feria, instalada en la Gran Vía. Teloneé a Pablo Guerrero. La Ovation que toco me la prestó él. Qué buen tío. Cuando salió a cantar, le dio un repaso a todas sus más conocidas canciones. Cuando empezó con los primeros acordes de uno de sus mayores éxitos, *Tiene que llover*, créetelo, de pronto empezó a caer un chaparrón de los grandes. Todos alucinamos viendo a Pablo entonar “*tiene que llover a cántaros*” mientras nosotros nos empapábamos escuchándolo.



Noviembre de 1986, en la Escuela de Magisterio, donde yo estudiaba. Una de mis participaciones con la Buhardilla de cantautores. Fueron momentos muy bonitos y eso me permitió acercarme a Pedro Fajardo, un gran amigo con el que sigo manteniendo mucho contacto, pese a la distancia. También gané otra gran amistad con Chiqui que nos hizo compartir grandes momentos en Carnaval y en El Faro de Ceuta, donde fuimos compañeros durante algunos años. Curiosamente, a la derecha aparece sentado Gabriel León acompañándome al bajo.

La vida gira y gira.



26 de mayo de 1984. Festival de Primavera. En ese tipo de encuentros nos dábamos cita todas las bandas locales de Ceuta. Como siempre, en el templo, el Revellín. Fue mi debut con Chopo, la primera vez que me subía a un escenario con un grupo. Siempre lo había hecho solo, con mi guitarra. Imagínate el miedo que tenía encima. Salí contento. En mi bautismo, todo salió bien... creo. >>



Detrás mía se ve a Pepe Alba con su Gibson Les Paul negra y con su posturita tan típica en él. Acostumbraba a llevar ese chaleco de terciopelo color vino tinto. Más a la derecha, Antonio Bravo, teclista de Chopo y de los primeros tiempos de Tharna. Iñaki, con su Ibanez pegada a la axila y su peto (no sé si iba de mecánico o de granjero). Conforme le fue creciendo el pelo, se fue bajando la guitarra.



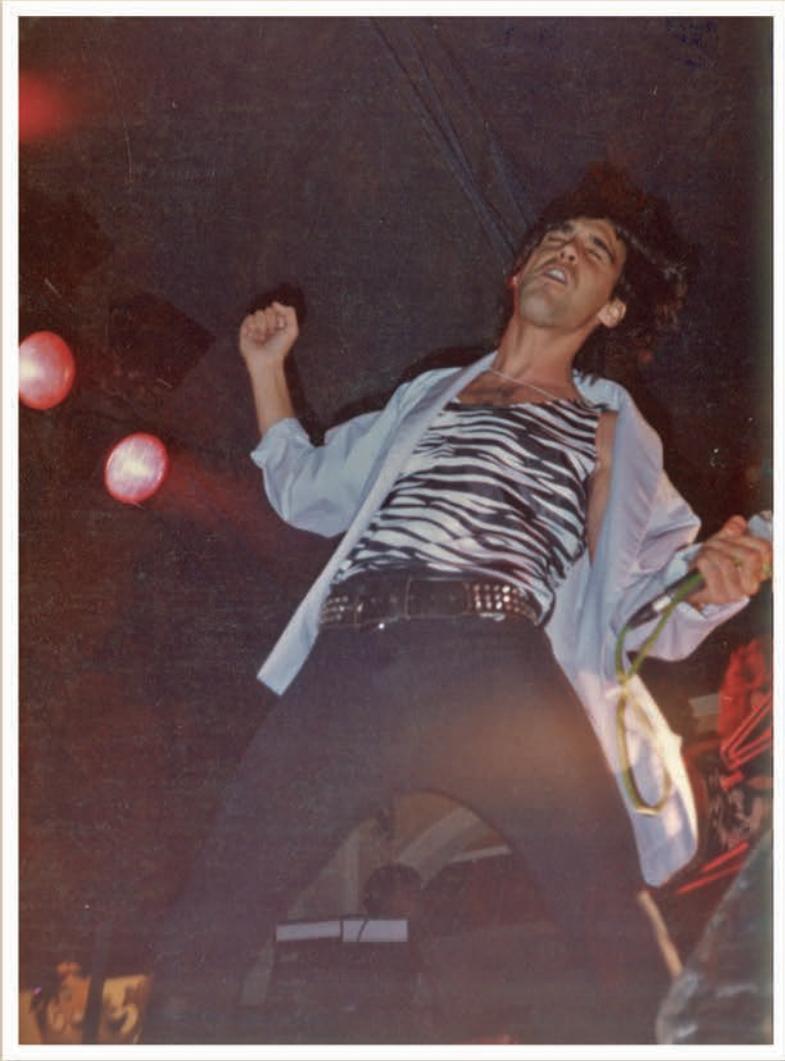
11 de julio de 1984. Concurso Nacional de Rock. La noche que no dejaban entrar a Pepe Alba en el Revellín por la pinta que llevaba que, la verdad, no era para tanto. Aquella fue la noche de Parking. Ganaron el concurso y el privilegio de ser el primer grupo de Rock que grababa un vinilo. Nosotros hicimos una gran participación y salimos muy satisfechos, pero Parking arrasó. Después de ese concierto empezamos a sentir la necesidad de cambio, de romper con todo y comenzar la aventura.



El primer concierto de Tharna. Semana de la Juventud de 1985. La misma formación de cuando la movida de Madrid, Damián Ríos, Antonio Bravo, Gabriel León, Iñaki León y yo. No lo hicimos mal pero estaba claro que aquello no era el cambio que queríamos. Nos faltó decisión, convencimiento, creer en nosotros, conexión con el público y algunas cosas más, pero aprendimos. Siempre aprendíamos de todo, y mejoramos.



22 de diciembre, 1985. Fue una noche muy importante. Esa noche nació Tharna. Nos desprendimos de muchos complejos. Dimos un golpe en la mesa y le dijimos a los rockeros de Ceuta: “¡aquí estamos!”. Esa noche nos dimos cuenta de que el escenario había que disfrutarlo, que era el premio. Antes, un concierto era un examen. Ya no.. >>>



A partir de ese día, nos dimos cuenta de que se trabajaba para disfrutar del privilegio de estar arriba y hacerlo, que subir era ser alguien y que sentir el calor de un aplauso, de un puño en alto y de muchos ojos que te estaban mirando y que querían algo de ti, era un momento de satisfacción. Simplemente eso.

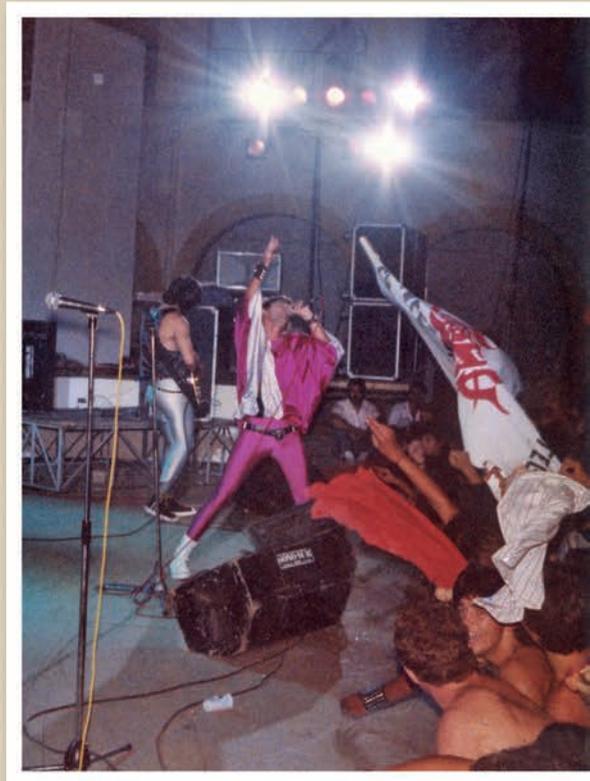


De izquierda a derecha, Antonio Ruiz, Iñaki León, Gabriel León, yo y José A. Fajardo. Después de ganar el concurso y en espera de grabar el disco, el premio, nos hicimos algunas fotos para la contraportada del single. Esta es, simplemente, una de ellas. Vaya pintas. Ahí, sin darnos cuenta, también estábamos en plena metamorfosis, aunque perdimos toda una tarde haciéndonos fotos, no dejábamos de ensayar diariamente.



Septiembre, 1986. CeutaRock´86, el concurso. Como ya te he contado, una de las noches más importantes de mi vida. Si pudiera borrar algo, eliminaría mi ropa. Joder, iba vestido de color fucsia. Ya me vale.

Esa pancarta que se ve, decía: “Los Rosales está con Tharna” y puedes ver cómo los rockeros de Ceuta se entregaron aquella noche y nos transmitieron toda la energía para hacer un buen concierto y ganar el concurso. Entre el público, con la cara un poco tapada por una camisa, está Tato Díaz que, poco tiempo después, se incorporó al grupo.





La Semana de la Juventud, no sólo era Rock. Yo, en aquel tiempo mantenía viva mi faceta de cantautor. Hubo un tiempo en que Iñaki me acompañó. Así recordábamos aquellos días en las calles de Madrid y a las dos guapas señoras que tan amablemente nos dieron el billete de quinientas. Hicimos el dúo Tripin. En la Semana de la Juventud del 85 actuó en el Revellín Javier Krahe y nosotros tuvimos el privilegio de ser sus teloneros. La verdad, con Tharna teníamos bastante pero yo no quería dejar esa actividad. Era bonito y muy excitante ponerme delante de un público, sin parapeto. Sólo con mi guitarra y cantarle mis canciones. Por esta faceta, tuve un día la oportunidad y la suerte de conocer a un maestro que siempre admiré y nunca dejaré de hacerlo, Hilario Camacho.





María José Navarro, concejala de Juventud, entregándome la placa que nos hacía ganadores del CeutaRock´86. La expresión de mi cara lo dice todo. La de ella también. Aquello fue un triunfo de todos. Los miembros de la Concejalía se entregaron con nosotros. La afición, más. Todo salió mucho mejor de cómo lo habíamos soñado. Una de las mejores noches de nuestras vidas, sin duda. Esa noche también nos colocamos, lo celebramos bien, hasta el amanecer. No recuerdo cómo llegué a mi cama pero sé que Milagros y Antonio, mis padres, se levantaron cuando llegué a casa y me abrazaron, aunque ya vivieron todo en el Revellín. Creo que lloramos los tres. Ellos sabían lo que significaba todo aquello para mí. Mi padre me dijo una frase muy típica de él que me repitió muchas veces a lo largo de mi juventud: “Anda, acuéstate que traes los ojos como dos “tajás” de carne”.



Noviembre de 1986. De camino a Málaga para grabar el single, nuestro primer disco. De izquierda a derecha, Iñaki León, Antonio Ruiz, yo, José Fajardo y Gabriel León.

Fue un viaje inolvidable, una aventura. En Málaga pasaron muchas cosas que no he relatado. Fue un descojone. Antonio nos dio un show en todos los sentidos con la caja de pasteles, con el Fortuna sin aliñar y vomitando en Pedregalejo. Estuvo completo. Pero lo importante fue el motivo del viaje y todo el trabajo en el estudio. Nos lo tomamos muy en serio.



En Málaga, la habitación de la pensión. Gabriel mosqueado, yo colocado. Él quería dormir y yo acababa de llegar de un concierto en la plaza de la Malagueta con Tato y Fajardo. Lo despertamos y se enfadó. Al día siguiente se le pasó. Sólo se nos ve a nosotros pero los demás están detrás de la cámara muertos de risa, menos Iñaki que vomitó en el lavabo que había en la habitación y lo atascó. Todo flotando. Más risas. Alguien le dio una patada a un botijo y lo rompió. Nos íbamos al día siguiente y por la mañana salimos volando de allí, pero a Fajardo se le olvidó el DNI y tuvo que volver. Lo pagó todo, la bronca y el botijo.



Junio del 86. A las cuatro de la tarde nos veíamos en el Mixto para ir a ensayar al local que teníamos en el Sarao. Subíamos y volvíamos a pie. El rollo de papel que llevo en la mano son nuevas letras de canciones que había escrito y debíamos trabajarlas ese día.



27 de mayo de 1986. El concierto en el patio del IES Siete Colinas. En un principio fue algo desagradable. Estar allí montando todo el equipo para una gente que no nos entendía, ni siquiera nos conocía. No sé qué coño pintábamos allí. Afortunadamente, los heavys de Ceuta la liaron en la entrada y abrieron la puerta. Entraron todos. Culparon a Tharna de todo aquel follón pero nos dio igual. Final feliz para los rockeros y caras largas de los organizadores.

THARNA





Iñaki y yo en la plaza de toros de Algeciras, antes de probar sonido. Queríamos desconectar de todo el follón que había abajo y nos subimos a la grada. Desde allí veíamos todo lo que pasaba en el escenario. Decidimos inhibirnos un rato. Esa noche en Algeciras nos acompañaron algunos amigos de Ceuta, entre ellos algunos compañeros de Sheilan.

Touchar en una plaza de toros es algo especial. Cuando estás en el escenario y ves esas gradas y la gente mirándote y escuchándote te hace sentir bien. Lo que ya te dije, el premio. La estructura de una plaza redonda como auditorio es algo distinto. Ese día soñé con que nos llegara el momento de hacerlo algún día en Las Ventas. Muy pretencioso por mi parte. Demasiado. En la foto de la izquierda, Iñaki, Tato y yo a punto de tomar el barco rumbo a la ciudad hermana al otro lado del Estrecho.



JHARNA



Día de fotos en el local. Nos disfrazamos de machacas y nos pegamos un buen rato posando para no sé quién. Intentábamos, como todo el mundo, buscar la imagen que nos definiera y que expresara la personalidad de la banda. La que más nos gustó está en el interior del libro. Lo más importante era la capacidad que teníamos para disfrutar de cualquier momento, por ejemplo, ese día. No se ven, pero detrás de la cámara hay muchos amigos nuestros, los que nunca se perdían un ensayo, ni siquiera una sesión de fotos.



Otro día de fotos, pero con los amigos. En esta ocasión, con José Luís Santana, autor del prólogo de este libro y, por supuesto, otro Tharna, apoyando desde el principio. Detrás de ese telón negro con el anagrama del grupo, que nos acompañaba en nuestros conciertos, tenía yo mi rincón de la inspiración. Esa cortina negra escondía el origen de las canciones de Tharna. Ahí nacieron los temas de *La invasión* y muchos más. Emocionantes recuerdos. Esa noche acabábamos de dar el concierto en la Plaza Vieja. El local fue nuestro camerino.



1987. Cuartel del Revellín. Momentos previos al concierto que dimos para el cuerpo de Regulares que celebraba el día de su Patrona. Esa noche pisaron los Sheilan un escenario por primera vez. Conciertazo de los dos grupos, los niños venían echando cojones. Me sentí bien al ver que chavales más jóvenes tomaban el testigo y presentaban otra opción al panorama rockero ceutí. De hecho, empezaron a ganar adeptos y entre ellos y nosotros se creó una rivalidad sana que, en el fondo, era positiva para los dos grupos, nos enriquecía. La familia empezaba a crecer. Después de la desaparición de Parking, hacía falta savia nueva, la que trajeron los Sheilan.



De izquierda a derecha, Pepe Lázaro, bajista de Sheilan, con una África Star en la mano y jersey rosa; Tato, Juan Miguel López, Rafa Tineo, yo, el Godoy, Iñaki y Gabriel. Abajo, Fajardo. Después de hacérselas nosotros, ahora con los amigos.

Lo bueno que tenía nuestro local era que, aparte de ser un lugar de trabajo, era un centro de reunión de amigos. Allí escuchábamos música, jugábamos a las cartas, bebíamos cerveza y ligaillo del Ortega y quemábamos hierbas aromáticas. También había un colchón debajo de la tarima... algunos teníamos novia.



Primavera del 88. Albergue Juvenil de la Casa de Campo de Madrid, cuando fuimos a promocionar la maqueta. Un día nos visitó. Estábamos justo en el puente de la foto cuando, a lo lejos, la vimos aparecer. Ana, la mosqui, vino a vernos. Bueno, al final, nos pegamos todo el fin de semana con ella. Nos llevó a su casa asegurándonos que su madre no estaba. Me puse a freír papas con huevos y de pronto apareció. No hacíamos nada malo pero me imagino la sensación de esa mujer entrando en su casa y viéndola invadida por cuatro desconocidos melenudos. Nos largamos rápido pero no sin antes comernos las papas con huevos.



Contraportada de *La invasión*, obra de Pepe Gutiérrez. Está hecha en la escalera del local de ensayo de la curva del plátano (por cierto, se llamaba así porque los motoristas se la pegaban contra una valla que había en la curva. Yo me la pegué una vez). Esa fue la escalera que bajamos en estampida cuando apareció la Policía y me apuntaron al pecho.



3 de octubre de 1987. Concierto de la Semana de la Juventud, en el Revellín. Fue la noche que compartimos cartel con Luz Casal, todo un honor. Creo que fue la última vez de Fajardo con la banda. Más tarde nos convertimos en cuarteto. Esa noche tuvo la oportunidad de tocar con la Gibson Les Paul de Pepe Alba. Qué bien lo pasamos.



Concierto en el Revellín organizado por el cuerpo de Regulares. Esa noche, como ya sabes, una banda mítica de Ceuta, Sheilan, se subía a un escenario por primera vez. Ya hubiera querido yo haber estado como ellos la primera vez que lo hice. Grandes sensaciones.



Enero, 1989. En mi casa componiendo. Mi cuarto fue siempre mi refugio. Rodeado de mis fantasmas de cartón, le daba rienda suelta a mi imaginación. En momentos como ese descubrí que las canciones son como mariposas que revolotean a tu alrededor y tú intentas atrapar alguna. No se dejan tan fácilmente pero, con empeño, al final, alguna cae presa. En ese momento, cuando nace la canción, tienes la sensación de que ya existía y lo único que has hecho es descubrirla, sacarla a la luz, darle pulso.



Caras serias pero ilusionadas. Conscientes del largo camino que nos quedaba, aparte de las caminatas de los ensayos. Sabiendo que no iba a ser fácil pero deseosos de afrontar los retos, como así fue. *Lo demás prefiero, sin darme cuenta, olvidar.* Sensaciones y más sensaciones relacionadas en esta historia que, como sillares en un muro, fueron construyendo nuestras vidas e hicieron de nosotros lo que somos.

THARNA



Esta foto es la que publicó la revista Heavy Rock en 1989. Nos la hizo Eugenia Díaz, Gay, en Calamocarro. El disco empezaba a tener repercusión a nivel nacional y Heavy Rock, por segunda vez, nos incluía entre sus páginas. Nos faltó un poco de suerte. No era fácil escapar de aquí sin dinero y sin ningún apoyo externo. Lo intentamos.



Cuando yo trabajaba en El Faro supe que un grupo de jóvenes metaleros de la ciudad viajaba a la Península para asistir a un concierto. Fui a verlos a la Estación Marítima junto a Quino Sánchez, fotógrafo del periódico, quien les hizo esta instantánea que fue publicada. Hay caras muy conocidas, entre ellos, Paco Roelas, guitarrista de Leyenda Negra; Chico Palenzuela, batería de Sheilan; Carlos Bermejo, bajista de Inferno; Carlos Lorda y Pepe Lázaro, guitarrista y bajista de Sheilan, respectivamente; Miguel Ángel Borrego. Abajo a la derecha, Jorge Sánchez, un hombre que le dio mucho a la música ceutí y más concretamente al Heavy Metal. Fue uno de los primeros, de los pioneros. No fue músico, ni se subió a un escenario pero aportó a toda esta historia mucho más que algunos músicos. Nos dejó pronto, demasiado pronto, pero dejó su huella.



Verano de 1993. José Luis, Mariló, Tato (seguramente fue el que hizo la foto) y yo fuimos a La Coruña al Concierto del Milenio. Fueron tres días en el estadio de Riazor viendo a gente tan grande como Sting, Bob Dylan, Robert Plant, Jerry Lee Lewis, Wilson Picket, Chuck Berry y Neil Young, entre otros. Se ve, por las bolsas que tenemos, que íbamos bien preparados. No nos faltó de nada. Incluso fuimos a Santiago a comernos una buena mariscada. Ay... quién pudiera.



Navidad de 1997. Don Antonio Mateos, mi padre. Él me compró mis primeras guitarras, mi primer equipo de música y mi primer micrófono. Él, junto con Milagros, mi madre, fueron los pilares que sostuvieron lo que yo más tarde construí... mi vida. También, aunque a veces a regañadientes, iba a los conciertos de Tharna. No me decía mucho, pero en sus ojos, siempre vi honestidad y orgullo de verme luchar por mi sueño. Él nunca quiso que dejara mis estudios y así hice. Por eso, también fue constructor de mi vida. Este libro también va por ti, papá.



Un día cualquiera en mi cuarto, con mi sobrina Graciela. Tanto ella como sus hermanos, Milagros y José Pablo, me han demostrado siempre mucho cariño y son muy importantes para mí.

Milagros y Graciela entraban en mi cuarto cuando yo no estaba y rebuscaban entre mis discos. Un día descubrieron uno de Luz Casal y me lo desgastaron de tanto escucharlo. Yo hacía como el que no me daba cuenta. En realidad, me gustaba que lo hicieran.

Desde muy pequeñas, Graciela y Milagros iban a todos los conciertos de Tharna. De eso se encargaba la otra Milagros, la abuela.



Algunos colegas del Mixto, nuestro territorio. Se podría decir que el barrio del Mixto tenía su chirigota y su banda de Rock.

Arriba de izquierda a derecha, Iñaki, Rafa Tineo, yo, Gabriel. Abajo, Paco Ponce, Manolo Rojas, Cristóbal Tineo (el Carne), y José el Espor.

El Mixto era nuestro punto de encuentro, de ahí partíamos y ahí llegábamos en nuestras largas caminatas cuando ensayábamos. Tato no. Era del Morro, más concretamente, de Las Carmelitas.

Todos los jóvenes del barrio nos apoyaban en los conciertos y muchos iban a los ensayos en la curva del plátano. Siempre estuvieron a nuestro lado y todavía recuerdan con cariño aquellos tiempos.



Todo no iba a ser tocar y tocar. A veces teníamos nuestros momentos para disfrutar con nuestra gente. Mariló y yo nos fuimos a Granada para estar unos días con Lucía, mi cuñada, que por aquel entonces, trabajaba allí.

Momento bonito en el Albaicín.



24 de diciembre de 1986, en la Mazmorra, un mes después de grabar nuestro primer disco. Nos merecíamos una Nochebuena extraordinaria y esa noche disfrutamos de una gran fiesta con nuestros amigos.

De izquierda a derecha, Ramón Teruel, el Ramonín; Iñaki, José Luis y yo. Fiestorro de Navidad. Imagínate. Éramos muchos más pero estaban por ahí. La Mazmorra era muy grande.

Por cierto, para los más jóvenes, la Mazmorra era una discoteca que había en las Murallas Reales, antes llamado Ángulo. Así se respetaba antes el Patrimonio Histórico de Ceuta.

JHARNA JHARNA JHARNA



Y para cerrar, doña Milagros Miranda. He hablado ya mucho de ella, aunque todo lo que se diga es poco. Ya sabes algo sobre el apoyo que nos prestó desde el principio. Ella me hizo, me moldeó y yo... me dejé hacer.

A lo largo del libro le he dado las gracias prácticamente, a todo el mundo. Y este último agradecimiento es para ella.

GRACIAS, MAMÁ.

Mi agradecimiento a
La Despensa de Marta y Academia Ecos
por su desinteresada colaboración
en la edición de este libro.

Alberto Mateos Miranda

Este libro no estaría completo sin ofrecerte las canciones de las que tanto te he hablado. Por eso contiene este cd que incluye el lp *La Invasión*, el single, y la maqueta.

- 1.- Algo más.
- 2.- A dónde vas.
- 3.- A través del mar.
- 4.- Como el viento.
- 5.- Invasión.
- 6.- Nadie.
- 7.- Sin tu voz.
- 8.- Sueño.
- 9.- Sueños perdidos.
- 10.- Pobre diablo.

- 11.- Una noche más.
- 12.- A dónde vas.
- 13.- Todo es distinto.

También incluye cuatro versiones que grabamos Iñaki y yo con la colaboración de Chico Palenzuela y Manolo Lázaro grabado en el estudio Tritón, con la producción de Francis Aliaga.

- 14.- Una noche más.
- 15.- Como el viento.
- 16.- Pobre diablo.
- 17.- Todo es distinto.

LOS SUEÑOS PERDIDOS

Alberto Mateos Miranda,



músico ceutí nacido en La Línea. Cofundador del grupo Tharna, del que fue su cantante y letrista. Ha participado en numerosos proyectos musicales en Ceuta, alternando su actividad en el grupo con otras relacionadas con la composición.

En la actualidad, es profesor de Música en el I.E.S. Siete Colinas, donde ejerce su profesión, contribuyendo a la formación musical de los jóvenes ceutíes.

Con este trabajo, plasma lo que él mismo ha llamado la “aventura” de aquel mítico grupo que tanto aportó y aporta a la Historia de la Música de Ceuta. Los sueños perdidos es una visión personal del autor sobre la historia de Tharna, donde los hechos que se narran van acompañados de valoraciones subjetivas, aunque sin perder la objetividad y veracidad de todo lo que relata.